

Federico Schiller

MARÍA ESTUARDO

TRAGEDIA

PERSONAS

ISABEL, reina de Inglaterra.

MARÍA ESTUARDO reina de Escocia prisionera en Inglaterra.

ROBERTO DUDLEY, conde de Leicester.

JORGE TALBOT, conde de Shrewsbury.

GUILLERMO CECIL, barón de Burleigh, gran tesorero.

EL CONDE DE KENT.

GUILLERMO DAVISON, secretaria de Estado.

AMIAS PAULETO, caballero, carcelero de María.

MORTIMER, su sobrino.

EL CONDE DE L'AUBESPINE, embajador de Francia.

EL CONDE DE BELLIEVRE, enviado extraordinario de Francia.

OKELLY, amigo de Mortimer.

ORUGEON DRURY, segundo carcelero de María.

MELVIL, mayordomo de la casa de María.

BURGOYN, su médico.

ANA KENNEDY, su nodriza.

MARGARITA KURL, su camarera.

El Sherif del condado.

Un oficial de guardias de Corps.

Caballeros franceses e ingleses. Guardias. Criados de la Reina de Inglaterra. Hombres y mujeres al servicio de la Reina de Escocia.

ACTO I

Una sala del castillo de Fotheringhay

ESCENA PRIMERA

ANA KENNEDY, nodriza de la Reina de Escocia, disputando con viveza con PAULETO, que se empeña en abrir un armario. DRUGEON DRURY, con una palanqueta de hierro.

ANA. ¿Qué hacéis, sir? ¡Qué nueva indignidad!... Dejad este armario.

PAULETO.—¿De dónde proceden estas joyas arrojadas del piso superior para seducir al jardinero? ¡Maldita sea la astucia mujeril! A pesar de mi vigilancia y mis atentas investigaciones, todavía encuentro objetos preciosos y tesoros escondidos. (*Echa abajo las Puertas del armario.*) Sin duda, hay otros aquí.

ANA.—Retiraos, temerario. Aquí se guardan los secretos de mi señora.

PAULETO.—Que es precisamente le que busco. (*Saca algunos papeles.*)

ANA.—Papeles insignificantes, ejercicios de escritura para hacer más llevadero el triste ocio de la prisión.

PAULETO.—En el ocio, suele tentarnos el enemigo malo.

ANA.—Son escritos en francés.

PAULETO.—Peor que peor; esta es la lengua de nuestros enemigos.

ANA.—Estos son borradores de cartas a la Reina de Inglaterra.

PAULETO.—Yo se los remitiré: ¿pero qué veo brillar aquí? (*Aprieta un resorte secreto y saca una joya de un cajoncito oculto.*) ¡Una diadema real con piedras preciosas y adornada con las flores de lis de Francia! (*La entrega a su segundo.*) Júntala a los demás objetos, Drury y guárdala. (*Drury se va.*)

ANA.—¡Tan afrentosa violencia se nos fuerza a soportar!

PAULETO.—Mientras algo posea, algo podrá hacer en nuestro daño, porque todo se convierte en arma en sus manos.

ANA.—Sed compasivo para con ella, sir, y no le arranquéis el último ornato de su existencia. La desgraciada se regocija aún de cuando en cuando a la vista de las insignias de su antiguo poder, pues cuanto tenía se lo habéis arrebatado.

PAULETO.—Se halla en buenas manos, y os será devuelto a su tiempo.

ANA. ¿Quién diría, al aspecto de estos muros, que aquí vive una reina?... ¿Dónde se halla el dosel, que la cobijó en su trono? ¿Cómo su delicado pie, habituado a hollar blando tapices, podrá acostumbrarse al duro suelo? Se le sirve a la mesa con grosera vajilla de estaño, que desdeñaría la más humilde esposa del último gentil-hombre.

PAULETO. Así trataba ella a su marido en Sterlyn, mientras bebía en copas de oro en los brazos de su amante.

ANA.—¡Ni un espejo tenemos siquiera!

PAULETO.—Mientras le sea dado contemplar su vana imagen, abrigará en su pecho esperanza y osadía.

ANA.—Ni un libro para entretenerse.

PAULETO.—Le hemos dejado la Biblia, para corregir su corazón.

ANA.—¡Hasta el laúd le habéis quitado!

PAULETO.—¡Cómo se servía de él, para entonar canciones amorosas!

ANA. ¿Esta es la suerte que reserváis a quien fue educada con delicadeza, reina desde su cuna, crecida entre los placeres de la corte brillante de los Médicis? ¿No basta haberle arrebatado su poder, y hay que envidiarle sus humildes pasatiempos? En la desgracia, los nobles corazones vuelven al recto camino, pero es siempre muy triste hallarse privado de las menores corrodidades de la vida.

PAULETO.—Sólo sabéis convertir su corazón hacia la vanidad, cuando debiera ponerse sobre sí y arrepentirse; la voluptuosidad y el desorden se expían con las privaciones y la humillación.

ANA.—Si cometió alguna flaqueza en su juventud, sólo a Dios y a su alma debe dar cuenta de ella. No existe en Inglaterra quien pueda juzgarla.

PAULETO.—Pues se la juzgará en los mismos lugares en que fue culpable.

ANA.—¡Culpable!... ¡Si sólo ha vivido aquí entre cadenas!

PAULETO.—Y sin embargo, entre cadenas tiende aún la mano al mundo, agita la tea de las discordias civiles, y arma contra nuestra Reina, aue Dios proteja, cuadrillas de asesinos. ¿Por ventura, desde esta su cárcel, no impelió al execrable regicidio, a Parry y a Babington? ¿Fueren obstáculo los hierros de esta verja, á que sedujera el noble corazón de Norfolk? Por ella cayó bajo el hacha del verdugo la mejor cabeza del reino, sin que este deplorable ejemplo atemorizara a los insensútos que se disputaban el honor de precipitarse en el abismo por ella. Levántase sin cesar el cadalso para las nuevas víctimas que se sacrifican por ella. Y esto no tendrá fin, hasta que ella sea también castigada, ella, la más culpable de todos. ¡Oh! Maldito sea el día en que la hospitalaria costa de nuestra isla recibió a esta nueva Helena.

ANA.—¿Y qué hospitalidad ha recibido en la isla? ¡Desgraciada! Apenas llegó a este país, desterrada e implorando el auxilio de su parienta Isabel, fue detenida contra el derecho de gentes y la dignidad real; y en un calabozo, entre lágrimas, se consumen los mejores años de su juventud. Y ahora, después de haber sufrido cuantas amarguras trae consigo la prisión, vedla obligada a comparecer ante un tribunal, como un criminal vulgar, vilmente acusada de un crimen de Estado... ella... una reina.

PAULETO.—Llegó a estas comarcas, perseguida de su pueblo, por homicida, arrojada de su trono que manchó con horribles acciones; llegó aquí, después de haber conspirado contra la felicidad de Inglaterra, aspirando a renovar el sangriento reinado de la española María, a convertirnos al catolicismo, a entregarnos a los franceses. ¿Por qué se negó a firmar el tratado de Edimburgo, y abdicar con él sus pretensiones al trono inglés y abrirse con un rasgo de pluma las puertas de la prisión? Prefirió seguir estando prisionera y expuesta a malos tratos, antes que renunciar al vano esplendor de un título. ¿Por qué ha obrado así? Porque espera conquistar, con sus astucias y culpables conspiraciones y artificios, a Inglaterra entera, desde el fondo de su calabozo.

ANA.—Os mofáis, sir Pauleto; a la crueldad añadís la amarga ironía. ¿Cómo alimentará semejantes sueños, ella, sepultada en vida entre estas paredes, sin que llegue a sus oídos ni una sola frase de consuelo, de su cara patria? Ella, que de mucho tiempo no vio otra figura humana que el sombrío rostro de su guardián, y desde que vuestro arisco pariente se encargó de custodiarla, ha visto aumentarse los cerrojos.

PAULETO.—Ninguno de ellos basta a defendemos de sus astucias. Ignoro siempre, si durante mi sueño liman los hierros de sus ventanas; si este suelo, estos muros sólidos al parecer, están minados para dar paso a la traición. ¡Maldito cargo el mío! ¡Custodiar a esta mujer hipócrita, que cavila sin cesar funestos proyectos! El terror me arroja a veces del lecho; durante la noche, vago como alma en pena, para asegurarme de la resistencia de los cerrojos, o de la fidelidad de mis guardias; despierto cada día, sobresaltado, creyendo realizados mis temores. Pero por fortuna, espero que esto acabará pronto. Preferiría velar a las puertas del infierno custodiando a una turba de condenados, a ser el guardián de esta Reina artificiosa.

ANA.—Ella sale.

PAULETO.—Con el crucifijo en la mano, y el orgullo y la lascivia en el corazón.

ESCENA II

MARÍA, cubierta con un velo, y un crucifijo en la mano. Dichos.

ANA.—(*Yendo a su encuentro.*) ¡Oh, Reina! nos pisotean; la tiranía y crueldad con que nos tratan no tienen límites, y cada día viene a acumular sobre vuestra real cabeza nuevos ultrajes, nuevos padecimientos.

MARÍA.—Cálmate, y dime qué ha pasado de nuevo.

ANA.—Ved, han forzado este armario, nos han quitado vuestros papeles, el último tesoro salvado con tantos esfuerzos, y el último resto de vuestros adornos nupciales de Francia; estáis completamente despojada... nada os queda de vuestria dignidad real.

MARÍA.—Tranquilízate, Ana; mi dignidad real no consiste en estas niñerías. Pueden tratarnos con vileza, nunca envilecernos. He aprendido a sufrir en Inglaterra, y puedo soportar lo que me dices. Sir, os habéis apoderado con violencia de lo que precisamente quería hoy mismo entregaros; una carta hay entre mis papeles, destinada a mi real hermana de Inglaterra: os suplico que me déis palabra de remitirla fielmente a sus propias manos, y no al pérfido Burleigh.

PAULETO. Pensaré lo que debo hacer.

MARÍA.—Puedo revelar su contenido, Pauleto. Pido en ella un gran favor; una entrevista con la Reina en persona, a quien no he visto jamás. Se me ha obligado a comparecer ante un tribunal de hombres que no conozco por iguales míos, y no me resigno a comparecer ante ellos. Isabel es de mi familia..., igual a mí en jerarquía..., de mi sexo. Como hermana, como reina, como mujer, sólo en ella puedo poner mi confianza.

PAULETO.—Señora, con harta frecuencia habéis confiado el honor a hombres que eran menos dignos de vuestra estimación.

MARÍA.—Pido además una segunda gracia, que sería inhumano rehusarme. De mucha tiempo acá, me veo privada en este calabozo de los consuelos de mi religión y del beneficio de los sacramentos. Quien me arrebató la corona y la libertad, quien amenaza hasta mi existencia, ro querrá cerrarme las puertas del cielo.

PAULETO.—El capellán del castillo atenderá vuestras súplicas.

MARÍA.—(*Interrumpiéndole con viveza.*) Nada quiero de él; yo quiero un sacerdote de mi religión. Quisiera también, a mi servicio un escribano, un notario a quien dictar mi testamento. Minan mi vida el pesar y las prolongados padecimientos, y temo que mis días están contados; me contemplo a mí misma como a una agonizante.

PAULETO.—Hacéis bien; éstas son ideas adecuadas a vuestra situación.

MARÍA.—¡Quién sabe si una mano rápida acelerará la obra lenta de la pena!... Quiero hacer mi testamento y disponer de cuanto poseo.

PAULETO.—Podéis hacerlo; la Reina de Inglaterra no quiere enriquecerse con vuestros despojos.

MARÍA.—Me han separado de mis camareros, de mis criados... ¿dónde están? ¿cuál es su suerte? Puedo prescindir de sus servicios, pero necesito saber para mi tranquilidad, que mis fieles servidores no padecen, no sufren privaciones.

PAULETO.—Hemos cuidado de ellos. (*Hace que se va.*)

MARÍA.—¿Os váis, sir? ¿Me abandonáis de nuevo, sin aliviar de los tormentos de la duda a mi inquieto y amedrentado corazón? Estoy separada del mundo entero; gracias a la vigilancia de vuestros espías, ninguna noticia llega hasta mí a través de los muros de mi cárcel; mi suerte se halla en manos de mis enemigos. Ha transcurrido lenta y penosamente todo un mes, desde el día en que mis cuarenta jueces vinieron a sorprenderme en este castillo y se constituyeron con inconveniente precipitación en tribunal. Sin preparación ninguna, sin abogado que me defendiera, contra toda regla de justicia, fui llamada a responder a severas y artificiosas acusaciones, sorprendida y turbada como me hallaba, sin haber tenido siquiera tiempo para poner en orden mis recuerdos. Entraron aquí como fantasmas y desaparecieron del mismo modo. Desde entonces, todo ha enmudecido para mí. En vano intento leer en vuestra mirada si ha prevalecido mi inocencia y el celo de mis amigos, o los malvados consejos de mis enemigos. Romped en fin vuestro silencio; decidme qué debo temer o qué debo esperar.

PAULETO.—(*Pausa.*) Arreglad vuestras cuentas con Dios.

MARÍA.—Confío en su misericordia, y cuento con la rigurosa justicia de mis jueces de la tierra.

PAULETO.—Se os hará justicia, no lo dudéis.

MARÍA. ¿Ha terminado mi proceso?

PAULETO.—Lo ignoro.

MARÍA. ¿He sido condenada?

PAULETO.—Lo ignoro, señora.

MARÍA.—Aquí gustan de obrar con rapidez. ¿Se presentarán de improviso los verdugos como los jueces?

PAULETO.—Figuraos siempre que así será y os hallarán en mejores disposiciones.

MARÍA.—Nada puede sorprenderme; me figuro qué sentencia puede pronunciar el tribunal de Westminster, gobernado por el odio de Burleigh y los esfuerzos de Hatton. Sé también de qué es capaz la Reina de Inglaterra.

PAULETO.—Las soberanos de Inglaterra sólo respetan su conciencia y su Parlamento. El fallo de la justicia se ejecutará sin temor, a la faz del mundo.

ESCENA III

Dichos. Sale MORTIMER, sobrino de PAULETO, y sin hacer caso de la Reina, se acerca a su tío.

MORTIMER.—Tío, os llaman. (*Se retira como salió.*) (*La Reina le mira manifestando desagrado y se dirige a PAULETO que se va.*)

MARÍA.—Pauleto... otra súplica. Cuando tengáis algo que decirme... de vos puedo soportar muchas cosas, porque respeto vuestras canas, pero no me siento con fuerzas para sufrir la insolencia de este joven; os suplico que me evitéis el espectáculo de sus groseros modales.

PAULETO.—Precisamente lo que en él os repugna, le da precio a mis ojos; no es por cierto uno de aquellos hambres débiles e insensatos, a quienes enternecen las mentidas lágrimas de una mujer. Ha viajado mucho; llega de París y de Reims, pero su corazón ha permanecido fiel a la vieja Inglaterra. Todos vuestros artificios serán vanos con él. (*Vase.*)

ESCENA IV

MARÍA. ANA KENNEDY.

ANA. ¿Cómo se atreve a hablaros así ese grosero? ¡Oh! ¡esto es cruel!..

MARÍA.—(*Abismada en sus reflexiones.*) En los días de esplendor, prestamos el oído complaciente a la lisonja; justo es que ahora, mi buena Kennedy, soportemos la voz austera de la reprobación.

ANA.—¿Cómo se muestra hoy tan humilde y resignada la señora... antes tan alegre! ¡Si me consolabais a mí, y antes hube de reprocharon la indiferencia que el abatimiento!

MARÍA.—¡Ah! la reconozco... la sombra ensangrentada de Darnley que deja irritada la tumba para turbar mi reposo, hasta colmar la medida de mis tormentos.

ANA.—¡Oh!... ¡qué ocurrencias!

MARÍA.—Tú lo has olvidado, Ana, pero mi memoria es más fiel. Hoy es el aniversario de esta fatal acción y el solemnizo con el ayuno y el arrepentimiento.

ANA.—Dejad en paz este funesto recuerdo; harto habéis expiado ésta acción con tantos años de arrepentimiento, y tantas pruebas a que os sujetó la desgracia. La Iglesia que por cada falta tiene una absolución, la Iglesia y el cielo os han perdonado.

MARÍA.—A pesar de este perdón, alcanzado tanto tiempo ha, esta falta surge todavía de la entreabierta tumba, con manchas de sangre, que se diría reciente. Ni el son de la campana, ni la mano poderosa del sacerdote, pueden hundir en la huesa la sombra de un esposo pidiendo venganza.

ANA.—No fuisteis vos quien le mató; otros son los autores de este crimen.

MARÍA.—Pero yo sabía que iba a cometerse y dejé que se cometiera; yo le atraía con suaves palabras hacia el lazo donde debía hallar la muerte.

ANA.—Los pocos años os disculpan. Erais tan niña...

MARÍA.—Tan niña, y apenas empezaba, echaba sobre mi vida el peso de un crimen.

ANA.—¡Apuré de tal modo vuestra paciencia este hombre con sus sangrientas injurias, y su conducta insolente! él, sacado de la nada como por divina mano, traído por vos a vuestro lecho nupcial, al pie del trono; él, a quien prodigasteis vuestros hechizos, a quien disteis vuestra corona. ¿Podía olvidar que debía a la generosidad de tal amor su brillante carrera? ¡Pues lo olvidó... el indigno! Os ultrajó con sospechas injuriosas, ofendió vuestra delicadeza con sus groseros modales; se hizo insoportable. Desvanecido el encanto que os había fascinado os vimos huyendo colérica de los brazos del infame, y librarle al desprecio. ¿Intentó por ventura reconquistar vuestro favor? ¿Os pidió perdón? ¿Se arrojó arrepentido a vuestras plantas con propósito de enmienda? ¡Ah! ¡no... cruel! Por el contrario... desafió vuestro poder, y quien fue vuestra hechura... ¡pretendía ser tenido por soberano! Hizo matar en vuestra propia presencia al hermoso trovador Riccio... ¡Ah!... no hicisteis más que vengar con su sangre este horrible crimen.

MARÍA.—Y será vengado a su vez con sangrienta condenación. Cuando pretendes consolarme; pronuncias mi sentencia.

ANA.—Ocurrió el hecho, en época que no erais dueña de vos. Y el delirio y ceguera de la pasión os hizo esclava de un terrible seductor, el desgraciado Bothwel. Su arrogante voluntad os dominó con el terror; extravió vuestra mente con filtros mágicos e infernales artificios.

MARÍA.—No hubo otra magia que su firme voluntad y mi flaqueza.

ANA.—No, repito; llamó en su auxilio al espíritu de perdición y cogió en sus redes vuestra alma inocente. Sorda a los consejos de la amistad, olvidada de los preceptos del decoro, abjurasteis la púdica reserva, y en aquel rostro, que veló hasta entonces casto rubor, llameaba el fuego de las pasiones. Arrojasteis el manto del misterio; así triunfaba de la timidez la insolente lascivia de un hombre; así con altiva frente disteis vuestra deshonra en espectáculo. Permitisteis que aquel asesino, paseara por las calles de Edimburgo la real espada de Escocia, seguido de las maldiciones de la multitud. El Parlamento fue sitiado por vuestras tropas, y allí, en el mismo templo de la justicia, forzasteis a los jueces, gracias a una insolente farsa, a que absolvieran del crimen al culpable. Hicisteis más todavía... ¡Dios!...

MARÍA.—Acaba. Le di mi mano en el altar.

ANA.—¡Oh! sepultad esta acción en eterno silencio, por atroz, por repugnante... digna de una pérdida... y sin embargo, no lo sois. Os nutrí y eduqué desde niña, y os conozco perfectamente; vuestro corazón es débil, pero no desprovisto de pudor...; la ligereza es vuestro único delito. Pero hay seres malvados que en cuanto ven un alma sin defensa, se establecen en ella un instante, la empujan al crimen, y después huyen al infierno dejándola sumida en el horror de la mancha del pecado. Nada censurable habeis hecho desde aquella época, que cubrió con sombrío velo la vida de María...; he sido testigo de su conversión. Así, pues... ¡valor!..., reconciliaos con la propia conciencia. Ni sois culpable en Inglaterra, sean las que fueren vuestros remordimientos, ni Isabel y su Parlamento tienen derecho a juzgaros. Sois víctima de la opresión, y debéis comparecer ante este tribunal ilegal con el valor que da la inocencia.

MARÍA.—¿Quién llega? (*Sale MORTIMER.*)

ANA.—El sobrino de vuestro carcelero. Retiraos.

ESCENA V

Dichos. MORTIMER adelantándose con precaución.

MORTIMER.—(*A la nodriza.*) Id, y vigilad junto a la puerta. Tengo que hablar a la Reina.

MARÍA.—(*Con firmeza.*) Ana, aguarda.

MORTIMER.—No temáis nada, señora; vais a conocerme mejor. (*Le entrega un papel.*)

MARÍA.—(*Lee y retrocede sorprendida.*) ¡Ah!... ¿qué es esto?

MORTIMER.—(*A la nodriza.*) Id, Kennedy; y cuidad de que mi tío no nos sorprenda.

MARÍA.—(*A la nodriza que vacila y mira a la Reina.*) Ve, ve; haz lo que te ha dicho. (*Ana se va manifestando sorpresa.*)

ESCENA VI

MORTIMER. MARÍA.

MARÍA.—¡De mi tío el cardenal de Lorena... de Francia! (*Lee.*) “Fiad en sir Mortimer, portador de esta carta, porque es el amigo más fiel que poseéis en Inglaterra.” (*Contempla a MORTIMER Con sorpresa.*) ¿Es posible?... ¿no es engañosa ilusión? Cuando me creía abandonada del mundo todo, hallo tan cerca un amigo..., un amigo en el sobrino de mi carcelero que tenía por el más cruel enemigo.

MORTIMER.—(*De hinojos.*) Perdonadme, señora, si tomé este odioso disfraz, a pesar de la lucha que hube de sostener para resolverme a ello; mas yo me felicito ahora de esta resolución, que me ha permitido acercarme a vos, para prestaros auxilio y traeros la libertad.

MARÍA.—Alzad. Me sorprendéis, sir Mortimer... no me es posible pasar de un salto, del dolor a la esperanza. Hablad; persuadidme de que es verdad mi dicha, para que os crea.

MORTIMER.—(*Se levanta.*) El tiempo vuela, y pronto vendrá mi tío, acompañado de un hombre execrable. Antes que os sorprendan con su terrible comisión, oíd cómo el cielo ha preparado vuestra libertad.

MARÍA.—La deberé a un milagro de su omnipotencia.

MORTIMER.—Permitidme que empiece hablando de mí.

MARÍA.—Hablad, sir Mortimer.

MORTIMER.—Contaba veinte años, señora; había sido educado en severos principios, me había nutrido con el odio al papado, cuando un invencible deseo me llevó al continente. Dejé a mi espalda las sombrías

predicciones de los puritanos, y abandonando mi país natal, crucé rápidamente Francia, y corrí con ardor a visitar la famosa Italia. La Iglesia celebraba, por entonces, solemnes fiestas: hallé los caminos que hube de atravesar, atestados de peregrinos; las imágenes de los santos, coronadas de flores; parecía que la humanidad entera se dirigía en peregrinación al cielo. El torrente de esta muchedumbre de fieles me arrastró consigo, y me condujo a Roma. Ignoro qué fue de mí, señora, cuando vi elevarse ante mis ojos aquellas columnas, aquellos pomposos arcos..., cuando el esplendor del coliseo cautivó mi alma y el genio de la escultura desplegó en torno sus maravillas. Yo no había sentido nunca la magia de las artes; la religión en que había sido educado las desdeña, y no tolera imágenes ni nada que hable a los sentidos; sólo quiere la palabra seca y escueta. ¿Cuál sería, pues, mi emoción, al entrar en la iglesia y oír la música que parecía descender del cielo..., al ver en los muros y bóvedas aquella multitud de imágenes representando al Todopoderoso, al Altísimo, que parecían moverse a la vista... Contemplé arrobado los cuadros divinos de la Salutación del Ángel, el Nacimiento del Salvador, la santa Madre de Dios, la divina Trinidad y la brillante Transfiguración..., presencié por fin el sacrificio de la misa, celebrado por el papa, que en todo su esplendor bendecía al pueblo. ¡Ah! ¿qué valen comparados con tanta magnificencia, el oro y las joyas de los reyes del mundo? Sólo él se ofrece ceñido de divina aureola; su palacio parece el reino de los cielos; que lo que allí se ve, no es cosa de este mundo.

MARÍA.—¡Oh! ¡por Dios! no paséis adelante; atended a mi situación; no prosigáis desenvolviendo a mi vista el cuadro sonriente de la vida... ¿no veis que soy desgraciada y prisionera?

MORTIMER.—También vivía prisionero, señora, y mi cárcel se abrió, y mi alma, libre de súbito, rindió homenaje a los encantos de la vida. Juré desde entonces odio profundo a la mezquina y sombría interpretación de la Escritura..., prometí coronar mi frente de flores, y unirme alegremente a los alegres. Algunos nobles de Escocia y una turba de amables caballeros de Francia se unieron a mí, y me presentaron a vuestro noble tío el cardenal de Guisa. ¡Qué hombre!... ¡qué aplomo! ¡Cómo se comprende al verle, que ha nacido para gobernar a los demás! ...No ví en mi vida tan perfecto dechado de un sacerdote rey, de un príncipe de la Iglesia.

MARÍA.—¡Ah! ¿le habéis visto? ¿habéis visto a este varón sublime. a este amigo caro que me sirvió de guía en mi tierna juventud?... ¡oh! ¡habladme de él! ¿Se acuerda de mí? ¿le es fiel la fortuna?... ¿sigue sonriéndole la vida? ¿sigue siendo en todo su esplendor columna de la Iglesia?

MORTIMER.—Este hombre excelente se dignó descender de las alturas de su doctrina, para disipar las dudas de mi ánimo; mostróme cómo las sutilezas de la razón conducen siempre al error, que los ojos deben ver lo que el corazón debe creer, y la Iglesia tiene necesidad de un jefe visible... que el espíritu de la verdad presidió a las sesiones de los concilios... Las locas presunciones de mi adolescencia se desvanecieron ante su persuasión y victoriosos argumentos. Entré en el seno de la Iglesia católica y abjuré en sus manos mis errores.

MARÍA. ¡Sois, pues, uno de estos millares de seres que, tocados de la magia celestial de sus palabras, parecidas a las del sublime sermón de la montaña, alcanzaron la salvación!

MORTIMER.—Poco después, cuando los deberes de su cargo lo llevaron a Francia, me envió a Reims, donde la Compañía de Jesús con piadoso celo fundó algunos seminarios para la iglesia de Inglaterra, y allí encontré a Morgan, viejo escocés, a vuestro fiel Lessley, el sabio obispo de Ross; todos sufren en tierra de Francia triste destierro. Contraí con tan venerables sujetos estrechas relaciones de amistad, y me afirmé en mis nuevas creencias. Un día que me hallaba en casa del obispo, como me entretuviera en mirar en torno mío, me sorprendió súbitamente un retrato de mujer, de patética expresión, de maravilloso encanto. Aquel cuadro me cautivó, y estuve contemplándole sin poder dominar la emoción que me causaba, cuando me dijo el obispo: —“No en vano os conmueve este retrato; la más bella mujer que existió jamás, es también la más desgraciada; sufre persecución por nuestras creencias, y por cierto en vuestra patria.”

MARÍA.—¡Oh!.. ¡corazón leal! No: no lo he perdido todo, pues conservo en mi desgracia un amigo como éste...

MORTIMER.—Entonces me explicó con patético lenguaje vuestro martirio, y la sanguinaria crueldad de los perseguidores; me enseñó vuestra genealogía y origen, que se remonta hasta la ilustre casa de los Tudor; por fin probome que solo vos teníais derecho al trono de Inglaterra, y no esta falsa Reina, fruto del adulterio, y rechazada como hija ilegítima por su propio padre Enrique. No quise fiarme de su único testimonio; consulté a algunos jurisconsultos, estudié las antiguas genealogías, y cuantos documentos pude recoger confirmaron a mis ojos la justicia de vuestros derechos. Supe también que precisamente en tales derechos consiste vuestro crimen en Inglaterra. Este reino, donde languidecéis prisionera e inocente, debería ser vuestro.

MARÍA.—¡Oh! ¡Este desdichado derecho es la única causa de todos mis males!

MORTIMER.—Supe al propio tiempo que habíais sido trasladada aquí, del castillo de Talbot, y confiada a la custodia de mi tío. Creí reconocer en esta ocasión que se me ofrecía, la mano omnipotente y salvadora de la Providencia; parecíame que la voz del destino me llamaba con estrépito a libertaros. Mis amigos me animan en mi designio; el cardenal me aconseja, me bendice, me enseña el difícilísimo arte de la

disimulación. Concibo rápidamente mi plan, y regreso a mi patria, a donde, como sabéis, he llegado hace ocho días. (*Pausa.*) Os veo al fin, ¡oh Reina! a vos en persona, y no vuestro retrato. ¡Ah! ¡qué tesoro guarda este castillo!... ¡no es una cárcel, no..., es un templo..., un templo más brillante que la real corte de Inglaterra! ¡Feliz aquél, a quien le fue concedido respirar el mismo aire que vos! Razón tiene quien os oculta aquí profundamente; si los ingleses pudieran ver un instante a su reina, la juventud de Inglaterra se sublevaría, ni una sola espada dormiría ociosa en la vaina, y la revolución, alzando su gigantesca cabeza, trastornaría la paz de la isla.

MARÍA.—Así pensáis vos, ¿pero pensarían así todos los ingleses?

MORTIMER.—Sí, si como yo fueran testigos de vuestras penas, y de la dulzura y noble firmeza con que sufrís tan indigna suerte. Porque ¿no habéis soportado, como reina, estas pruebas a que os condenaron vuestros padecimientos? ¿Por ventura la vergüenza de veros encarcelada pudo empañar el esplendor de vuestra hermosura? Desprovista de cuanto es ornato de la vida, la luz y la vida no han cesado de inundaros; jamás pisé este suelo sin sentir rasgado el corazón, mas tampoco sin embriagarme del placer de contemplar vuestro rostro. Se acerca el momento decisivo y terrible, el peligro apremia y crece a cada instante; no me atrevo, pues, a diferir por más tiempo la revelación del terrible...

MARÍA.—¿Han pronunciado ya mi sentencia?... decidlo con toda franqueza; puedo oírlos.

MORTIMER.—Está pronunciada, Cuarenta y dos jueces os declaran culpable, y la cámara de los lores, la de los comunes, la ciudad de Londres, todos instan vivamente la ejecución. La Reina la retarda, no por humanidad, no por clemencia, sino por cruel astucia, a fin de verse forzada a ello.

MARÍA.—(*Con firmeza.*) Sir Mortimer, ni me sorprendéis ni me atemorizáis; de mucho tiempo acá había fortalecido mi ánimo para recibir semejante noticia. Conozco a mis jueces; después de los duros tratos empleados contra mí, claro que no querrán concederme la libertad, y sé a dónde quieren dirigirse. Quieren condenarme a perpetua prisión y sepultar en las sombras de un calabozo mis derechos y mi venganza.

MORTIMER.—No, Reina, no. No se detienen aquí; la tiranía no quiere hacer la obra a medias. Mientras viviréis, vivirá también el temor en el corazón de la Reina de Inglaterra. No hay calabozo donde encerraros profundamente: sólo vuestra muerte puede asegurarla en el trono.

MARÍA. ¿Osaría decapitar a una reina?

MORTIMER.—Osaría; no lo dudéis.

MARÍA. ¿Así arrastraría por el polvo su propia majestad y la de todos los reyes? ¿No teme la venganza de Francia?

MORTIMER.—Concluye con Francia un tratado de paz, y cede al duque de Anjou su trono y su mano.

MARÍA. ¿Y el rey de España no tomará armas?

MORTIMER.—Mientras se halle en paz con su propio pueblo, nada temerá del mundo entero.

MARÍA. ¿Querrá dar este espectáculo a los ingleses?

MORTIMER.—Más de una vez, señora, en estos últimos tiempos, han visto los ingleses a otras reinas descender del trono para subir al cadalso. La misma madre de Isabel sufrió esta suerte, y Catalina Howard y lady Grey ceñían también. corona.

MARÍA.—(*Pausa.*) No, Mortimer; os ciega el temor; el propio celo, la fidelidad, os inspiran tan vanos terrores. No el cadalso, otros medios temo..., otros medios misteriosos que la Reina de Inglaterra podría emplear para ahogar la inquietud que mis derechos le causan. Antes de hallarse un verdugo para mí, bien podría comprar un asesino. Esto es lo que me hace temblar por mi vida; nunca llevo a mis labios una copa, sin estremecerme de terror, sin pensar que tal bebida puede ser prenda de la afección de mi hermana.

MORTIMER.—No se atentará a vuestra existencia, ni abiertamente, ni en secreto. Tranquilizaos, porque todo está preparado. Doce jóvenes gentil-hombres de Inglaterra han firmado conmigo un pacto; esta mañana han recibido la santa comunión y prometen arrancaros con valor de este castillo. El conde de l'Aubespine, el embajador de Francia, conoce nuestra conjuración y la segunda; en su propio palacio nos reunimos.

MARÍA.—Me hacéis temblar, sir Mortimer, y por cierto no de alegría, porque un siniestro presentimiento surge en mi corazón. ¿Habéis reflexionado bien lo que vais a emprender? ¿No os espantan las ensangrentadas cabezas de Babington y de Tishburn, expuestas en el puente de Londres como un aviso, ni la perdición de tantos infelices que hallaron la muerte en semejantes tentativas, sin haber logrado más que agravar el peso de mis cadenas? Desgraciado iluso mancebo, huid, huid si es tiempo todavía..., si el receloso Burleigh no conoce ya vuestros proyectos y no introdujo entre vosotros un traidor. Huid pronto de este reino...; pensad que no fue dichoso ninguno de cuantos quisieron proteger a María Estuardo.

MORTIMER.—Ni me aterrorizan las ensangrentadas cabezas de Babington y de Tishburn, expuestas en el puente de Londres como un aviso, ni la perdición de tantos infelices que hallaron la muerte en semejantes tentativas. ¿Acaso no alcanzaron al propio tiempo gloria inmortal?... ¿No es una dicha morir por libertaros?

MARÍA.—Es inútil; no han de conseguirlo ni la fuerza ni la astucia. Mis enemigos son vigilantes, y el poder se halla entre sus manos. No es Pauleto, ni la turba de sus carceleros los que guardan mi calabozo, sino Inglaterra entera. Sólo Isabel puede abrirlo.

MORTIMER.—¡Oh! ... nunca lo esperéis.

MARÍA.—Sólo un hombre entonces podría hacerlo.

MORTIMER.—Decidme su nombre.

MARÍA.—El conde Leicester.

MORTIMER.—(*Retrocede sorprendido.*) ¡Leicester!, ¡el conde Leicester... el más cruel de vuestros perseguidores, el favorito de Isabel, de él.

MARÍA.—Si he de ser libertada, sólo de él lo espero. Id a verle y abridle vuestro corazón, y en prueba de que sois mi enviado, presentadle este escrito que contiene mi retrato. (*Saca un papel de su seno, MORTIMER retrocede y titubea.*) Tomadlo... hace mucho tiempo que le llevo conmigo. La rigurosa vigilancia de vuestro tío no me dejaba medio alguno de comunicarme con él, pero mi ángel bueno os ha enviado aquí.

MORTIMER.—Señora... ¿este enigma!... explicadme ...

MARÍA.—El mismo conde de Leicester os lo explicará; fiad en él y él fiará de vos... ¿Quién llega?

ANA—(*Entrando precipitadamente.*) Sir Pauleto se acerca con un señor de la corte.

MORTIMER.—Es lord Burleigh. Serenaos, señora, y oid con firmeza lo que viene a anunciaros. (*Vase por una puerta lateral. ANA le sigue.*)

ESCENA VII

MARÍA. Lord BURLEIGH (*gran tesorero de Inglaterra*). El caballero PAULETO.

PAULETO.—Hoy mismo me expresabais el deseo de conocer con certeza vuestra suerte. Su señoría lord Burleigh viene a anunciároslo; soportadla con resignación.

MARÍA. Espero que sabré soportarla con la dignidad que conviene a la inocencia.

BURLEIGH.—Vengo aquí como diputado del tribunal.

MARÍA.—Lord Burleigh habrá consentido con gusto en ser el órgano de un tribunal al que ya había infundido su espíritu.

PAULETO.—Habláis como si conocierais ya la sentencia.

MARÍA.—Puesto que me la trae lord Burleigh... la conozco... Al grano, sir...

BURLEIGH.—¿No os sometiste, señora, al fallo del tribunal de los cuarenta y dos? ...

MARÍA.—Escusadme, milord, si os interrumpo desde el principio. ¿Suponéis que me sometí al tribunal de los cuarenta y dos? No; no me he sometido a él en modo alguno. ¿Hasta tal punto hubiera podido olvidar mi categoría, la dignidad de mi pueblo, la de mi hijo, la de todos los príncipes? Las leyes inglesas ordenan que todo acusado sea juzgado por sus iguales. ¿Y quién es mi igual en esta asamblea?... Sólo los reyes son mis iguales.

BURLEIGH.—Oísteis el acta de acusación y contestasteis a ella ante el tribunal...

MARÍA.—Sí; me dejé extraviar por las astucias de Hatton. Llevada del pundonor y confiando en la fuerza de mis pruebas, atendí a cada acusación y demostré su nulidad. Obraba así por respeto a la noble personalidad de los lores, mas no aceptando su jurisdicción que recuso.

BURLEIGH.—Esta recusación, señora, es una vana formalidad que no puede detener el curso de la justicia. Vivís en Inglaterra, gozáis de la protección y del beneficio de las leyes, y estáis sometida a su imperio.

MARÍA.—Vivo en una cárcel de Inglaterra... ¿A esto se llama en Inglaterra vivir y gozar del beneficio de las leyes? Ni las conozco, ni me obligué jamás a observarlas. No es esta mi patria; yo soy una reina libre de país extranjero.

BURLEIGH. ¿Y presumís por ventura, que un título real os otorga el derecho de sembrar impunemente sangrienta discordia en tierra extraña? ¿Qué fuera de la seguridad de los Estados, si la espada de la justicia no alcanzara así a la cabeza de un huésped real culpable, como a la del mendigo?

MARÍA.—No he pretendido sustraerme a la justicia; sólo recuso a los jueces.

BURLEIGH.—¡Los jueces!... ¡Cómo, señora! ¿Son por acaso estos jueces, miserables salidos de la plebe, o indignos falsarios que venden la justicia y la verdad, consintiendo en ser órganos de la opresión? ¿No son los primeros del reino, asaz independientes para ser veraces, y sustraerse a la influencia de los príncipes y de la corrupción y la vileza? ¿No son los mismos que gobiernan un noble pueblo con justicia y libertad, y cuyo solo nombre impone silencio a toda duda; a toda sospecha? Figuran a su cabeza el pastor del pueblo, el primado de Cantorbery, el prudente Talbot, guardasellos del Estado, Howard, jefe de la armada del reino. Decid si la Reina de Inglaterra pudo hacer más de lo que hizo, eligiendo para jueces de este real proceso, a

los más nobles personajes de la monarquía. Si cabe suponer que uno entre tantos, cede a la pasión de partido, no es posible que cuarenta individuos de tal modo elegidos, voten la misma sentencia, llevados de la misma pasión.

MARÍA.—(*Después de un momento de silencio.*) Con sorpresa escucho el elocuente lenguaje de esta boca, tan funesta para mí. ¿Cómo he de medir mis fuerzas, yo, pobre e ingnorante mujer, con tan hábil orador? Sí; si estos lores fueran tales como los pintáis, me vería obligada a guardar silencio, y en el caso de declararme culpable daría mi causa por perdida. Mas a estos hombres que nombráis con elogio, cuya autoridad debe aplastarme, se les ha visto, milord, representando muy diverso papel en los sucesos de este reino. Veo a la alta nobleza de Inglaterra, a los miembros de este majestuoso Senado, adular como esclavos de un serrallo los tiránicos caprichos de mi tío Enrique; veo la noble cámara de los lores, tan venal como la venal cámara de los comunes, formular y después derogar las mismas leyes, romper y acomodar matrimonios según sea la consigna del amo, desheredar hoy y deshonorar con el título de bastarda a la hija del rey de Inglaterra, y proclamarla reina al día siguiente; veo a estos dignos pares, de volubles convicciones, mudar cuatro veces de religión en cuatro reinados.

BURLEIGH. Os decíais ajena a las leyes de Inglaterra, mas conocéis al menos perfectamente nuestras desventuras.

MARÍA.—¡Y estos son mis jueces! Lord tesorero... quiero ser justa para con vos... sedlo para conmigo. Dicen que vuestras intenciones son buenas, y que en el servicio del Estado y de la Reina sois incorruptible, vigilante, infatigable... Quiero creerlo... No os inspira el interés personal, sino el celo por vuestra Reina y por vuestra patria; mas en tal caso, guardaos, milord, de confundir el bien del Estado con la justicia. Entre mis jueces, se sientan a vuestro lado nobles varones, no lo dudo, pero son protestantes, celosos defensores de Inglaterra, y han de juzgarme a mí, reina escocesa y católica. El inglés, dice un antiguo proverbio, no puede ser justo cuando se trata de un escocés. Y conforme a una costumbre observada por nuestros mayores, un inglés no puede declarar como testigo contra un escocés, ni un escocés contra un inglés. La fuerza de las cosas estableció esta extraña ley; encierran las antiguas costumbres profundo sentido que debemos respetar, milord. Naturaleza arrojó estas dos naciones ardientes en medio del Océano, sobre una tierra dividida con desigualdad, y les llamó a disputársela. El estrecho cauce del Tweed separa a estos pueblos irritables, y la sangre de los combatientes enrojció más de una vez sus aguas. Mil años ha que espada en mano, se miran y amenazan acampados en ambas orillas. Nunca se vio atacada Inglaterra sin que el enemigo tuviera por auxiliar a Escocia; y nunca ardió la guerra civil en las ciudades de Escocia sin que Inglaterra llevase a ella la discordia. ¡Odios que, no se extinguirán, hasta que el Parlamento reúna ambos pueblos en fraternal abrazo! ¡hasta que la isla entera sea gobernada por un solo cetro!

BURLEIGH. ¿Y una Estuardo será quien asegure esta dicha al reino?

MARÍA.—¿Por qué he de negarlo? Sí, lo confieso; alimenté la esperanza de reunir libre y felizmente las dos nobles naciones, bajo el ramo de olivo. Lejos de presumir que sería víctima de sus odios, esperaba extinguir para siempre el terrible foco de discordia y poner fin a tan prolongada rivalidad. Del modo que mi antecesor Richmond reunió las dos rosas, tras sangrientos combates, esperé reunir pacíficamente las coronas de Escocia y de Inglaterra.

BURLEIGH.—Elegisteis para llegar a este fin el peor camino; quisisteis incendiar el reino para subir al trono a través de las llamas de la guerra civil.

MARÍA.—No; no era esto lo que yo quería, ¡por el cielo! ¿Cuándo concebí semejante propósito?... ¿Dónde están las pruebas?

BURLEIGH.—No he venido aquí a sostener este debate; vuestra causa está definitivamente juzgada. Por cuarenta votos contra dos, se ha declarado que violasteis el bill del año pasado, e incurrido en las penas que señala la ley. Hace un año se decretó: “Que si ocurría en el reino un motín con la mira de sostener los derechos de un pretendiente a la corona, éste sería perseguido judicialmente como reo de Estado.” Y como se ha demostrado que . . .

MARÍA.—Milord de Burleigh; no dudo que puede aplicárseme una ley, promulgada precisamente para mí, y con el intento de perderme. ¡Ay de la víctima, cuando unos mismos labios formulan la ley y pronuncian la sentencia! ¿Podréis negar, milord, que esta ley fue promulgada con el intento de perderme?

BURLEIGH.—Debíais ver en ella un aviso, y la convertisteis en lazo para vos. Visteis el abismo que se abría a vuestras plantas y os arrojasteis a él, a pesar de haber sido lealmente advertida. Estabais de acuerdo con el traidor Babington y sus cómplices asesinos; sabíais cuanto ocurría y dirigisteis vos misma la conjuración desde este calabozo.

MARÍA. ¿Cuándo hice esto?... ¡Vengan las pruebas!...

BURLEIGH: Poco ha se os pusieron de manifiesto en el tribunal.

MARÍA.—Algunas copias escritas por mano desconocida... probadme que yo misma dicté aquellas cartas, y que las dicté tales, absolutamente tales, como son.

BURLEIGH.—Babington ha reconocido antes de morir que eran las que había recibido.

MARÍA. ¿Por qué mientras vivió no fue traído a mi presencia? ¿Por qué acelerasteis su ejecución, antes de sujetarle a un careo conmigo?

BURLEIGH.—Vuestros mismos secretarios Kurl y Nau afirman también bajo juramento, que aquellas son las cartas que dictasteis.

MARÍA.—¿Y me condenáis bajo el testimonio de mis propios servidores! ¡y fiáis de las declaraciones de quienes hacen traición a su propia reina, y violan su juramento de fidelidad, en el punto en que declaran contra mí!

BURLEIGH.—Vos misma habéis asegurado otras veces que tenáis por muy virtuoso y honrado al escocés Kurl.

MARÍA.—Por tal le tuve, pero la hora del peligro es la piedra de toque de la virtud humana. La prueba del tormento pudo imponerle tal temor, que dijo y confesó lo que no sabía, creyendo así libertarse de la tortura sin perjudicar a su reina.

BURLEIGH.—Afirmó el hecho bajo juramento, sin coacción.

MARÍA.—Pero no delante de mí. ¡Cómo, milord! ambos testigos viven todavía; traedlos a mi presencia y hacedles repetir en mi presencia sus declaraciones. ¿Por qué me rehusáis una gracia, un derecho que no se rehúsa al asesino? Talbot, mi anterior carcelero, me dijo que durante el gobierno actual se había promulgado una ley que ordenaba la comparecencia del acusador ante el acusado... ¿No es así?... ¿Lo entendí mal? Sir Pauleto, os he tenido siempre por honrado: dadme una prueba de ello, diciéndome en conciencia si no es así... si existe o no en Inglaterra semejante ley.

PAULETO.—Es así, señora; es de derecho entre nosotros. Yo debo decir la verdad.

MARÍA.—Pues bien, milord, ya que con tanto rigor se aplican contra mí las leyes que me perjudican, ¿por qué queréis sustraerme al imperio de las que me favorecen? Decidlo. ¿Por qué no compareció a mi presencia Babington, puesto que la ley lo ordena? ¿Por qué no obligáis a comparecer a mis dos secretarios, que viven todavía?

BURLEIGH.—No os irritéis señora; vuestra inteligencia con Babington, no es el único motivo...

MARÍA.—Es el único que me coloca bajo la espada de la ley, el único que me obliga a justificarme... Milord, no os salgáis de la cuestión.

BURLEIGH.—Está probado que tuvisteis tratos con Mendoza, el embajador de España.

MARÍA.—(*Con viveza.*) No os salgáis de la cuestión, milord.

BURLEIGH.—Está probado que concebisteis el proyecto de derribar la religión del reino, y que habéis excitado a todos los reyes de Europa a declarar la guerra a Inglaterra.

MARÍA.—Y aunque tal hubiese hecho... —no lo hice; supongo sólo que lo hice, milord—; se me detiene aquí prisionera, contra el derecho de gentes. No vine a estos reinos con las armas en la mano; vine a invocar los derechos sagrados de la hospitalidad, a echarme en brazos de la Reina mi parienta, y he sido víctima de la violencia, y he sido encadenada en el mismo lugar donde esperé encontrar apoyo. Decidme, ¿qué compromisos he contraído con vuestro reino? ¿Qué deberes tengo para con Inglaterra? Si intento romper mis cadenas y oponer la fuerza a la fuerza y sublevar en mi favor todos los Estados de Europa, uso del derecho sagrado que da la opresión, y puedo emplear en mi defensa cuanto se tiene por justo y leal en una guerra legítima. Mi conciencia y mi altivez me prohíben tan sólo el asesinato, y los complots secretos y homicidas. Un asesinato mancharía mi fama, me deshonoraría; me deshonoraría, repito, pero no me sujetaría al fallo de la justicia, porque entre Inglaterra y yo, no se trata ya de justicia, sino de violencia.

BURLEIGH.—No invoquéis señora el derecho del más fuerte; nunca fue favorable a los presos.

MARÍA.—Soy débil, ella poderosa... Pues bien, sea; puede, si quiere, emplear la fuerza, matarme, sacrificarme a su seguridad, pero confíese al menos que usa de la fuerza, no de la justicia; no pida prestada la espada de la ley para deshacerse de su enemiga; y no revista con apariencias de santidad, la fuerza bruta y la opresión sangrienta y no engañe al mundo con semejante farsa. Puede matarme, pero no juzgarme. Cese en su intento de cubrir el crimen con el sagrado velo de la virtud, y atrévase, por fin, a mostrarse tal como es. (*Vase.*)

ESCENA VIII

BURLEIGH. PAULETO

BURLEIGH.—Nos desafía, y nos desafiará, caballero Pauleto, en las mismas gradas del cadalso. Nadie podrá vencer nunca la altivez de su ánimo. ¿Le ha sorprendido la sentencia? ¿La habéis visto palidecer siquiera ni verter una sola lágrima? No invoca nuestra piedad, no; conoce que la Reina se halla perpleja y vacilante, y nuestro temor engendra su audacia.

PAULETO.—Lord tesorero, esta vana arrogancia cesará cuando cese también toda apariencia de injusticia. Si se me permite decirlo, hay algo irregular en este proceso. Debisteis traer a su presencia a Bashington, a Tishburn, y a los dos secretarios.

BURLEIGH.—(*Con viveza.*) No, no, caballero Pauleto; no podíamos aventurar este paso. Ejerce excesivo imperio sobre los ánimos, y es grande el poder de sus lágrimas femeniles. En su presencia, su secretario Kurl no hubiera tenido valor para pronunciar una palabra de la cual dependía su vida; se hubiera retractado tímidamente; hubiera retirado su declaración.

PAULETO.—Así los enemigos de Inglaterra conmovieron al mundo con odiosos rumores, y la pompa solemne de este proceso pasará por insolente crimen.

BURLEIGH.—Esto es lo que teme nuestra Reina. ¡Oh!.. ¿Cómo no murió al poner el pie en el suelo de Inglaterra, esta mujer, origen de tantos males?

PAULETO.—Sólo puedo responder a esto: así hubiese sido.

BURLEIGH.—¿Cómo no sucumbió en esta cárcel, víctima de alguna enfermedad!

PAULETO.— ¡Cuántas desventuras hubiera ahorrado a nuestro país!

BURLEIGH.—Y sin embargo, si hubiese fallecido por natural accidente, se nos hubiera llamado asesinos.

PAULETO.—¿Verdad!.. No hay medio de impedir que piense la gente lo que se le ocurra.

BURLEIGH.—Mas como el hecho no podría probarse, excitaría menos rumor.

PAULETO. ¿Qué importan los rumores? No es el escándalo que acompaña a la reprobación, sino su justicia o injusticia, ofende al ánimo honrado.

BURLEIGH.—¿Ah! ni la misma justicia se libra de la censura. La opinión se va siempre con los desgraciados; la envidia persigue la prosperidad victoriosa. La espada de la justicia que honra al hombre, parece odiosa en manos de una mujer; el mundo no cree en su equidad, cuando es también mujer la víctima. En vano los jueces hemos sentenciado conforme con lo que dicta la conciencia; si la Reina tiene el derecho de indulto, será conveniente usar de él. El pueblo no sufrirá que la Reina diese libre curso al rigor de las leyes.

PAULETO.—Por tanto...

BURLEIGH.—(*Interrumpiéndole.*) Por tanto, ella vivirá y no debe vivir... ¡jamás! Esto es lo que causa la ansiedad de la Reina, y aleja el sueño de la cabecera de su lecho. Leo en sus ojos el combate que sostiene su alma; sus labios apenas se atreven a formular deseo alguno, pero su mirada expresiva parece decir con muda elocuencia: —¿No habrá entre mis servidores quien quiera evitarme esta dolorosa alternativa: o temblar perpetuamente en mi trono, o librar al hacha del verdugo la reina, mi parienta?

PAULETO.—¿Inevitable necesidad!

BURLEIGH.—No fuera inevitable, a juicio de la Reina, si contara con servidores más atentos.

PAULETO.—¿Más atentos!

BURLEIGH.—Que supieran interpretar una orden, tácita.

PAULETO.—¿Una orden tácita!

BURLEIGH.—Que cuando se fía a su custodia una serpiente venenosa, no conservasen como inapreciable y sagrado tesoro, al enemigo que se les confía.

PAULETO.—(*Con intención.*) El buen nombre, la reputación sin mancha de la Reina, es un tesoro precioso nunca bastante guardado, milord.

BURLEIGH.—Cuando se suspendió de su cargo a Shrewsbury, para confiarlo al caballero Pauleto, se creyó que...

PAULETO.—Supongo que se creyó, milord, que no podían deponerse más difíciles funciones en manos más puras. No hubiera aceptado ¡vive Dios! el cargo de carcelero, si no hubiese creído que debía confiarse al hombre más honrado de Inglaterra. Permitirme pensar que sólo a mi íntegra reputación lo debo.

BURLEIGH.—Primero se echa a volar el rumor de que languidece, luego que enferma y se agrava, y por fin sucumbe y muere en la memoria de los hombres y vuestra reputación queda intacta.

PAULETO.—Pero no mi conciencia.

BURLEIGH.—Si no queréis prestar vuestro brazo, no impediréis al menos que otro...

PAULETO.—(*Interrumpiéndole.*) Mientras los dioses protectores de mi hogar serán los suyos, ningún asesino pisará el umbral de su puerta. Su vida es tan sagrada para mí, como la vida de la Reina de Inglaterra. Vosotros sois sus jueces, juzgadla, pronunciad la sentencia de muerte, ordenad que venga aquí el carpintero con el hacha y la sierra para levantar el cadalso la puerta de este castillo sólo se abrirá al sheriff y al verdugo. Entre tanto, se halla confiada a mi custodia, y yo os juro que será custodiada de tal modo, que no podrá hacer ni recibir daño alguno. (*Vanse.*)

ACTO II

El palacio de Westminster.

ESCENA PRIMERA

El conde de KENT y Sir Guillermo DAVISON.

DAVISON.—¿Sois vos, Tnilord de Kent? ¿Ya de vuelta del torneo?... ¿Ha terminado la fiesta?

KENT.—¿Cómo no habéis asistido a la justa?

DAVISON.—Mis ocupaciones me lo han impedido.

KENT.—¡Qué bello espectáculo habéis perdido, milord! ... Ni pudo concebirse con más ingenio, ni dirigirse con más solemnidad. Se representaba el asedio de la casta fortaleza de la Hermosura por los Deseos. Defendían la fortaleza el lord mariscal, el gran juez, el senescal y otros diez caballeros de la Reina, y la atacaban los caballeros franceses. Primero, se adelantó un rey de armas que con un madrigal ha intimado la rendición; el canciller contesta de lo alto de las murallas y la artillería rompe el fuego; ¡qué lindos cañones! lanzaban ramilletes de flores y exquisitas y aromosas esencias, pero todo en vano; rechazado más de una vez el enemigo, los deseos se han visto forzados a retirarse.

DAVISON. Lo cual me parece, conde, funesto augurio para las negociaciones matrimoniales entabladas por Francia.

KENT.—¡Ca!, ¡ca! ¡Pura broma!... Creo, hablando seriamente, que la fortaleza acabará por rendirse.

DAVISON.—¿Lo creéis así? Por mi parte, creo seriamente que no será nunca.

KENT.—Francia ha cedido ya en los artículos más dificultosos; Monseñor se contenta con practicar su culto en una capilla privada, comprometiéndose a honrar y proteger públicamente la religión del reino. ¡Si hubieseis presenciado el júbilo del pueblo cuando supo la nueva! Porque su perpetuo temor consistía en que la Reina muriese sin descendencia, y subiera al trono la escocesa, y cayera otra vez el reino bajo el yugo del papado.

DAVISON.—Me parece que puede abandonarse semejante temor. El día que Isabel se dirija al altar, María se dirigirá al cadalso.

KENT.—¡La Reina!

ESCENA II

Dichos. ISABEL, dando el brazo a LEICESTER. El conde de L'AUBESPINE. BELLIEVRE. El conde de SHREWSBURY. Lord BURLEIGH, y otros caballeros franceses e ingleses.

ISABEL.—(A *l'Aubespine*.) Compadeczo, conde, a los nobles caballeros que llevados de su galantería, cruzaron el mar para venir aquí. Dejan la magnificencia de la corte de Saint-Germain, y a mí no me es dado ofrecerles, como a la reina madre, deslumbradores espectáculos. El único que puedo presentar con orgullo a los extranjeros es el de un pueblo honrado y feliz, que me bendice y se agolpa en torno de mi litera apenas salgo a la calle. El esplendor de las nobles damas que florecen en el jardín de la Belleza de la reina Catalina, eclipsaría mi persona y mi oscuro mérito.

L'AUBESPINE.—En la corte de Westminster sólo una mujer se ofrece a la mirada de los extranjeros, pero reúne en sí todas las seducciones y hechizos de su sexo.

BELLIEVRE.—La Reina de Inglaterra se dignará permitirnos que nos despedamos para llevar a monseñor, nuestro real dueño, la tan deseada noticia que ha de colmarle de júbilo. Ya la ardiente impaciencia de su corazón no le permitió seguir en París; en Amiens aguarda a los mensajeros de su dicha; todo se halla dispuesto hasta Calais, para que el sí pronunciado por vuestros labios llegue prontamente a su alma, ebria de amor.

ISABEL.—Conde de Bellievre, no me apremiéis más. No es este el momento, os repito, de encender las alegres antorchas de himeneo. Cubren el horizonte de esta comarca negros nubarrones, y me sentaría mejor el luto que el velo nupcial, porque un golpe deplorable amenaza mi corazón y mi familia.

BELLIEVRE.—Dadnos al menos una promesa, señora; se cumplirá en más felices días.

ISABEL.—Los reyes son esclavos de su condición, y no pueden ceder nunca a los propios impulsos. Yo hubiese deseado morir doncella y fundara mi gloria en escribir sobre mi tumba: “aquí yace la reina virgen”, pero mis vasallos no lo quieren así, y sueñan ya en los tiempos que sucederán a mi muerte. No basta la prosperidad que actualmente reina; he de sacrificarme a su felicidad futura; he de renunciar por mi pueblo a mi libertad, el don más precioso que poseo..., me fuerzan a tomar dueño. Con esto me prueba el pueblo que me tiene simplemente por una mujer, cuando yo creía haber reinado como un hombre, como un rey. Harto

sé que se desobedece a Dios, desobedeciendo a las órdenes de la naturaleza, y merecen elogio mis antecedentes por haber abierto los claustros y devuelto a los deberes de la vida a millares de personas, víctimas de mal comprendida piedad. Mas una reina que no disipa sus días en vana y ociosa contemplación, que ejerce sin tregua y sin flaqueza los más espinosos cargos, debiera eximirse de aquella ley natural, que somete la mitad de la raza humana a la otra mitad.

L'AUBESPINE.—Habéis hecho brillar todas las virtudes en el trono; sólo os falta dar a vuestro sexo, del cual sois la gloria, brillante ejemplo de sus propios deberes. No existe, en efecto, en la tierra hombre alguno que sea digno de obedecer el sacrificio de vuestra libertad; mas si la ilustre cuna, la elevación, la virtud heroica... la belleza varonil... son bastante para aspirar a este honor...

ISABEL.—Sin duda, señor embajador, que una alianza con un príncipe francés me honra... Confieso sin ambages, que si debiera un día tomar esposo, si me veo forrada a ceder a las instancias de mi pueblo, que temo sean más poderosas que mi voluntad, no conozco en Europa ningún príncipe a quien sacrifique con más gusto el don más precioso: la independencia. Contentáos con esta declaración.

BELLIEVRE.—Que es al propio tiempo la más bella esperanza, Pero al fin sólo una esperanza, y mi señor quisiera algo más.

ISABEL.—¿Qué desea? (*Se saca un anillo y lo contempla y reflexiona.*) ¿Una reina se halla, pues, en el mismo caso que la simple villana? El mismo signo expresa los mismos deberes y la misma servidumbre, así para una como para otra. Un anillo concluye una boda, y con anillos se forman las cadenas. Ofreced este presente a su alteza; no es todavía vínculo que me obligue, pero puede serlo con el tiempo y para siempre.

BELLIEVRE.—(*Se arrodilla y recibe la joya.*) De hinojos y en su nombre, gran señora, acepto este presente y os rindo homenaje besando la mano a mi princesa.

ISABEL.—(*Al conde Leicester, a quien ha contemplado con atención durante sus últimas palabras.*) Permitidme, milord. (*Le toma el cordón azul y lo cuelga al cuello de Bellièvre.*) . Llevad a Vuestra Alteza esta condecoración con la cual quedáis investido, conforme a la divisa de la orden *Honni soit qui mal y pense*. Acabe, sí, todo recelo entre ambas naciones, y una desde ahora la confianza las coronas de Francia e Inglaterra.

L'AUBESPINE.—Gran Reina, este es día de júbilo. Dios haga que se extienda al mundo entero y cese de gemir en esta isla el último desgraciado. La bondad brilla en vuestro semblante... Penetre un rayo de esta serena claridad hasta el calabozo de infortunada princesa, que pertenece igualmente a Inglaterra y a Francia.

ISABEL.—No terminéis, conde; no confundamos dos asuntos completamente distintos. Si Francia desea formalmente mi alianza, debe participar de mis inquietudes, y no apoyar a mis enemigos.

L'AUBESPINE.—Francia cometería una indignidad, aún a vuestro juicio, si al contraer semejante alianza, olvidase a esta mujer infortunada; unida a ella por el vínculo de la religión y viuda de su rey. El honor y la humanidad exigen...

ISABEL.—En este sentido, sé apreciar cómo se debe esta intercesión. Francia cumple un deber de amistad; séame permitido a mi vez obrar como soberana. (*Despide a los caballeros franceses que se retiran con respeto, acompañados de los lores.*)

ESCENA III

ISABEL. LEICESTER. BURLEIGH. TALBOT.

La reina se sienta.

BURLEIGH.—Gloriosa Reina; hoy coronáis los ardientes deseos de vuestro pueblo; hoy por primera vez nos regocijamos sin reserva, viendo en lontananza los días de bendición que váis a concedernos, porque se aclara el tempestuoso horizonte. Una sola inquietud aflige todavía a este país; existe una víctima cuyo sacrificio piden todos. Ceded a este deseo, y empiece hoy la eterna dicha de Inglaterra.

ISABEL.—¿Qué más desea mi pueblo? Hablad, milord.

BURLEIGH.—Pide la cabeza de la Estuardo. Si queréis consolidar el precioso bien de la libertad en Inglaterra, y la luz de la verdad a tan alto precio conquistada, fuerza es que María perezca. Fuerza es que perezca, para no temblar perpetuamente por vuestra preciosa vida. No ignoráis, señora, que no todos los ingleses profesan la misma religión, y que el culto idólatra de Roma cuenta aún en esta isla con muchos y secretos sectarios. Todos alimentan en su seno sentimientos hostiles, y vuelven sus ojos hacia la Estuardo, y mantienen relaciones con sus hermanos de Lorena, vuestros irreconciliables enemigos. Este furibundo partido os ha jurado guerra de exterminio, y combate con las pérfidas armas del infierno, forjadas en la casa del cardenal arzobispo de Reims, arsenal de la conjuración, escuela del regicidio, plantel de los emisarios entusiastas y resueltos que vemos llegar a nuestra isla, bajo toda suerte de disfraces. Últimamente hemos

visto el tercer asesino salido de aquel centro: abierta sima que arrojará aún perpetuamente a la superficie enemigos secretos. En el castillo de Fotheringhay se halla nuestra Ate,¹ la que provoca esta guerra incesante, la que incendia el reino con la tea del amor, la que con lisonjeras esperanzas atrae a la juventud a muerte cierta. Libertarla: he aquí el pretexto de tales conjuraciones; colocarla en el trono: he aquí el verdadero fin. Porque la casa de Lorena no reconoce vuestros sagrados derechos, y os tiene por usurpadora del trono, coronada por la fortuna. Ellos han persuadido a la insensata a titularse reina de Inglaterra, y la paz no será posible con esta mujer ni con esta raza. Debéis herir, o recibir el golpe. Su vida es vuestra muerte, y su muerte vuestra vida.

¹ Divinidad de la mitología griega, que personificaba el espíritu de perversión.

ISABEL.—Cumplís, milord, un penoso cargo. Conozco la pureza de vuestro celo y la sabiduría de tales consejos, pero esta sabiduría que reclama la muerte, la detesto en lo íntimo de mi corazón. Discurrid un medio menos riguroso. Milord Shrewsbury, decidnos vuestra opinión.

TALBOT.—Con justicia encomiáis, señora. el celo que anima el fiel corazón de Burleigh. Aunque no poseo su elocuencia, no es menor mi fidelidad. Dios quiera concederos largos años de vida para ser la alegría de vuestro pueblo, y prolongar la dicha de la paz en este reino. Nunca, desde que lo rige la monarquía, disfrutó de tantas venturas. Mas no sea nunca, por Dios, a costa de su gloria, o ciérrense para siempre los ojos de Talbot; antes de que llegue tamaño desastre.

ISABEL.—Dios nos libre de manchar nuestra gloria.

TALBOT.—Pues entonces discurrid otros medios para salvar al reino, porque la ejecución de María es una injusticia, porque no podéis juzgar a quien no es vuestro vasallo.

ISABEL.—En este caso yerran mi Consejo de Estado y mi Parlamento, yerran todos los tribunales del reino, cuando me reconocen semejante potestad.

TALBOT.—La pluralidad de votos no es prueba de justicia. Inglaterra no es el mundo, ni vuestro Parlamento representa a toda la humanidad. La Inglaterra de hoy no es la Inglaterra del porvenir, como tampoco la del pasado. El oleaje movible de las opiniones se embravece o se calma, al soplo de la pasión. No digáis que os fuerza la necesidad y os apremian las instancias de vuestro pueblo, porque en cuanto queráis, a cada instante, podréis convenceros de que vuestra voluntad es, libre. Ensayad. Declarad que os horroriza el derramamiento de sangre, que os anima el deseo de salvar la vida de vuestra hermana; manifestad a los que otra cosa os aconsejan sincera indignación, y bien pronto veréis cómo se desvanece semejante necesidad, y cómo lo justo se trueca en injusto. Sólo vos debéis juzgar, vos sola, sin que os sea dable apoyaros en tan frágil e insegura caña. Ceded espontáneamente a los impulsos de vuestra bondad. Dios no hizo severo el delicado corazón de la mujer, y cuando los fundadores de este reino le concedieron como al hombre la realeza, quisieron indicar claramente que la severidad no debía ser la primera virtud de nuestros reyes.

ISABEL.—El conde de Shewsbury es ardiente abogado de la enemiga de mi reino, y de mi persona... Prefiero los consejos consagrados a mis intereses.

TALBOT —¡Ah! ... No puede envidiársele un defensor... nadie acudirá a su defensa a trueque de exponerse a vuestra cólera. Permitid, pues, a un pobre anciano que, hallándose al borde del sepulcro, no puede dejarse seducir por ninguna esperanza terrena, permitidle salir a la defensa de una mujer desamparada. No se diga al menos que en vuestro Consejo de Estado sólo habló la pasión y el interés personal, y calló la misericordia. Vos misma no visteis jamás su rostro; ni un solo afecto en vuestro ánimo habla en favor de la extranjera. No he tomado la palabra para justificar sus delitos. Dicen que hizo degollar a su esposo; lo que hay de cierto es que se casó con el asesino. Gran crimen, en verdad, pero ocurrió en época de trastornos y calamidades, y en medio de las angustias de la guerra civil. Rodeada de vasallos exigentes, débil como era, se arrojó en brazos del más fuerte, del más resuelto. ¡Quién sabe por qué artificios la sedujo! La mujer es frágil.

ISABEL.—La mujer no es frágil. Hay en nuestro sexo almas fuertes; no quiero que en mi presencia se hable de la fragilidad de las mujeres.

TALBOT.—Vos habéis aprendido en la severa escuela de la desgracia, señora; la vida no se os ofreció en sus comienzos bajo halagüeño aspecto, y lejos de esperar una corona, visteis bajo vuestras plantas una tumba. En Woodstock y a la sombra de un calabozo, Dios, que protege nuestra patria, os preparaba por el dolor al cumplimiento de tan sublimes deberes, sin que la lisonja fuera a vuestro encuentro. Alejada de todo trato con el mundo, vuestra alma aprendió a meditar, a ensimismarse y a estimar los verdaderos dones de la vida. Mas Dios no salvó por igual manera a aquella infortunada: Apenas niña, vedla en la corte de Francia, morada de la ligereza y de los frívolos placeres. Allí, en la continua embriaguez de los espectáculos, no oyó jamás la voz austera de la verdad, y se la fascinó con la brillantez del vicio, y fue arrebatada por el torrente de la licencia. Había recibido del cielo el pasajero don de la belleza; con ella eclipsaba a las demás mujeres, y sus hechizos, no menos que su cuna...

ISABEL.—Volved en vos, milord de Shrewsbury; recordad que estamos celebrando solemne consejo. Muy grandes han de ser tales hechizos cuando de tal modo apasionan a un anciano. Milord Leicester, sólo vos guardáis silencio; lo que anima la elocuencia de milor Shrewsbury ¿pone tal vez un candado en vuestros labios?

LEICESTER.—¡Enmudezco de sorpresa, señora, viendo con qué vanos terrores ocupan vuestra atención! ¡cómo perturban la serenidad de vuestro Consejo de Estado, y preocupan formalmente a hombres graves, fábulas y murmuraciones del vulgo crédulo! Confieso que me admira que la desheredada reina de Escocia, la mujer que no ha sabido conservar su pequeño trono, juguete de sus ropios vasallos, arrojada de su reino, pueda de pronto poner espanto en vuestro corazón desde el fondo de su calabozo... ¡Por el cielo! ¿Qué puede hacerla temible a vuestros ojos? ¿Serán sus pretensiones a la corona? ¿Será la oposición de los Guisas a reconocer vuestros derechos? Pero, ¿por ventura la oposición de los Guisas puede anularlos, heredados como son y confirmados por el Parlamento? ¿No fue excluída tácitamente en la última voluntad de Enrique? La Inglaterra que goza felizmente de la nueva religión, ¿querrá arrojarse otra vez en brazos de una papista y abandonará su adorada Reina por la matadora de Darnley? ¿Qué pretenden estos hombres impacientes que mientras vivís os molestan hablándoos de vuestro heredero, y se empeñan en casaros con tal urgencia para salvar la Iglesia y el Estado? Sois joven y fuerte todavía, mientras cada día que pasa para ella la marchita y la empuja a la muerte!.. ¡Por el cielo! Harto tiempo hollaréis su tumba para que os sea preciso precipitarla en ella.

BURLEIGH.—Lord Leicester no fue siempre de esta opinión.

LEICESTER.—¡Verdad! Voté la pena capital en el Consejo, y allí otro fue mi lenguaje. Pero ahora no se trata de lo que es más justo, sino de lo que es más conveniente. ¿Debe temérsela, en el punto en que Francia, su único apoyo, la abandona, cuando váis a otorgar la mano al descendiente de sus reyes, y la esperanza de nueva progenie regocija a la patria? ¡Por qué matarla! Ha muerto ya; el desprecio es la verdadera muerte. Temed por el contrario que resucite con la compasión. Opino, pues, que se deje subsistir en toda su fuerza la sentencia pronunciada contra ella. Que viva, pero que viva bajo el hacha del verdugo, y si se levanta en su defensa un solo brazo, caiga inmediatamente su cabeza.

ISABEL.—(*Se levanta.*) Milores; he oído vuestras opiniones, y os agradezco semejante celo. Con la ayuda de Dios, que ilumina a los reyes, examinaré las razones alegadas y elegiré el partido que me parezca más prudente.

ESCENA IV

Dichos. PAULETO. MORTIMER.

ISABEL.—Ved a sir Amias Pauleto. Sir Pauleto, ¿qué venís a anunciarme?

PAULETO.—Gloriosa Reina; mi sobrino, recién llegado de largo viaje, se rinde a vuestras plantas y os ofrece sus servicios. Recibidlo con bondad, y caiga sobre él un rayo de vuestro favor.

MORTIMER—(*Hincando la rodilla.*) Dios conceda largos años de vida a mi augusta soberana, y coronen su frente la gloria y la felicidad.

ISABEL.—Alzad y sed bienvenido a Inglaterra. Habéis viajado mucho, sir Mortimer, habéis visitado Francia y Roma, deteniéndoos en Reims. Decidme algo de lo que traman nuestros enemigos.

MORTIMER—¡Dios los confunda! ... Así se volvieran contra sus propios corazones, los dardos que intentan lanzar contra mi Reina.

ISABEL.—Visteis a Morgan y al muy intrigante obispo de Ross?

MORTIMER.—He conocido en Reims a cuantos escoceses desterrados se ocupan en conspirar contra este país. Me he insinuado en sus corazones a fin de descubrir alguno de los proyectos que les ocupan.

PAULETO.—Le confiaron algunas cartas misteriosas y cifradas para la Reina de Escocia, y nos las ha entregado con toda fidelidad.

ISABEL.—Decidnos en qué consisten sus últimos planes.

MORTIMER.—Les ha desconcertado el abandono de Francia y la estrecha alianza que acaba de contraer con Inglaterra, y vuelven los ojos a España

ISABEL.—Esto es lo que escribe Walsingham.

MORTIMER.—Cuando iba a salir de Reims, se había recibido una bula de excomunió n lanzada contra vos por el Papa Sixto V. Llegará con el primer navío que arribe a nuestras playas.

LEICESTER.—Semejantes armas no asustan ya a Inglaterra.

BURLEIGH.—Pero son terribles en manos de un fanático.

ISABEL.—(*Contemplando a MORTIMER con mirada penetrante.*) Os acusan de haber frecuentado las escuelas de Reims y abjurado vuestras creencias.

MORTIMER.—Confieso que lo fingí, con el deseo de serviros.

ISABEL.—(A PAULETO *que saca un papel.*) ¿Qué es esto?

PAULETO.—Una carta que os dirige la Reina de Escocia.

BURLEIGH.—(*Cogiéndole el brazo.*) Dadme esta carta.

PAULETO.—(*Entregando la carta a la Reina.*) Perdonadme, lord tesorero; me ordenó entregarla a la Reina en persona. Aunque me tiene por su enemigo, soy tan sólo el enemigo de sus faltas, y cuanto se acuerda con mi deber lo hago gustoso por ella. (*La Reina ha tomado la carta, y mientras la lee, MORTIMER y LEICESTER se hablan en voz baja.*)

BURLEIGH.—(A PAULETO.) ¿Qué traerá esta carta? ¡Fútiles lamentos que debiéramos evitar al sensible corazón de la Reina!

PAULETO.—N me ocultó su contenido. Solicita el favor de ver a la Reina.

BURLEIGH.—(*Con viveza.*) ¡Esto nunca!

TALBOT. ¿Y por qué no?... la súplica no es injusta.

BURLEIGH.—No merece el honor de contemplar el augusto semblante de nuestra soberana, la que preparó el regicidio sedienta de su sangre... Y todo vasallo leal debe abstenerse de darle tan malo y pérfido consejo.

TALBOT.—Si la Reina le concede este favor, ¿pondréis freno al generoso impulso de su clemencia?

BURLEIGH.—Está sentenciada; oprime su cuello el hacha del verdugo. Visitar a quien se halla destinada al cadalso, es acto indigno de Su Majestad; si la Reina se acerca a ella, la sentencia no podrá ejecutarse, porque la presencia real lleva consigo el indulto.

ISABEL.—(*Enjugando sus lágrimas después de haber leído la carta.*) ¿Qué es el hombre? ¿Qué es la di-cha en este mundo?... ¿A qué extremo llegó esta Reina, la que empezó su carrera rodeada de tan halagüeñas esperanzas, la que fue llamada al más antiguo trono de la cristiandad, la que esperó ceñir su frente con tres coronas?... ¿Cuán diferente su lenguaje del que usaba cuando abrazó el escudo de Inglaterra y recibía de la lisonja el título de Reina de las islas Británicas! Dispensadme, milores. Invade mi alma la tristeza, se desgarran de dolor, cuando considero la movilidad de las cosas terrenas..., cuando siento pasar junto a mí las terribles manifestaciones del destino humano!

TALBOT.—¡Oh, Reina! Dios conmueve vuestro corazón; obedeced a esta inspiración divina; harto cruelmente ha expiado ya sus crueles delitos; tended la mano a quien tan bajo cayó, y descended como ángel de luz a las tinieblas de su calabozo.

BURLEIGH.—¡Firmeza, señora! No permitáis que perturbe vuestro ánimo laudable conmiseración; no os despojéis por vuestra propia mano de la libertad de obrar según convenga. No os es posible indultarla, ni salvarla; evitad, pues, el odioso cargo de que os permitisteis el cruel y sarcástico placer de apacentar vuestras miradas con el aspecto de la víctima.

LEICESTER.—Permanezcamos dentro de nuestros límites, milores, la Reina es discreta, y no necesita de nuestros consejos para elegir el mejor partido. Fuera de que la entrevista de las dos reinas no tiene nada de común con el curso regular de la justicia. Pues las leyes de Inglaterra, y no la voluntad de nuestra soberana, han condenado a María, digno será de la magnánima Isabel obedecer a sus nobles impulsos, mientras la ley guarda su riguroso imperio.

ISABEL.—Retiraos, milores; hallaremos modo de conciliar la clemencia con los deberes que impone la necesidad... Entre tanto, retiraos. (*Se van los lores; llama a Mortimer.*) Sir Mortimer, una palabra.

ESCENA V

ISABEL. MORTIMER.

ISABEL.—(*Después de haberle observado con penetrante mirada.*) Habéis dado pruebas de osada resolución, y de imperio sobre el propio ánimo, poco común a vuestra edad. Quien sabe practicar tan pronto el difícil arte del disimulo, contrae grandes méritos antes de tiempo y abrevia los años de aprendizaje. Os pronostico que estáis destinado a brillante carrera..., por fortuna, yo misma puedo hacer bueno mi pronostico.

MORTIMER.—Gran Reina, cuanto puedo, y cuanto sé, está a vuestro servicio.

ISABEL.—Aprendisteis a conocer a los enemigos de Inglaterra, cuyo odio contra mí es implacable, cuyos sanguinarios proyectos no tendrán fin. Verdad que el Todopoderoso me ha protegido hasta ahora, pero la corona vacilará en mis sienes mientras viva aquella que sirve de pretexto a su fanático celo y fomenta sus esperanzas.

MORTIMER.—Mandad, señora, y dejará de existir.

ISABEL.—¡Ah! sir; creí alcanzado mi propósito, y me hallo como el primer día. Mi intento era dejar obrar a las leyes, y conservar mi mano pura de sangre. Se ha pronunciado la sentencia; ¿y qué he adelantado con ello, si es fuerza que se ejecute, Mortimer, y yo debo dar la orden de la ejecución? Así recae

siempre sobre mí la odiosidad del acto. Me veo forzada a consentirlo, ti no puedo salvar las apariencias. ¡No conozco más aflictiva situación!

MORTIMER. ¿Y qué os importa tan penosa apariencia en una causa justa?

ISABEL.—No conocéis el mundo, caballero; todos nos juzgan por la apariencia y nadie por la realidad. Como no me es dado convencer a nadie de mis derechos, me veo obligada a obrar de modo que mi participación en su muerte quede envuelta para siempre en las sombras de la duda. En los asuntos de esta naturaleza, que se ofrecen bajo doble aspecto, la oscuridad es el único refugio; y lo peor, confesar algo, porque mientras nada se cede, nada se ha perdido.

MORTIMER.—(*Con mirada penetrante.*) Así, lo mejor sería...

ISABEL.—(*Con viveza.*) Sin duda, esto sería lo mejor. ¡Ah! Mi ángel bueno inspira vuestros labios. Proseguid, acabad, caro Mortimer. Sois reflexivo y penetráis en el fondo de las cosas; ¡cuánto os diferenciáis de vuestro tío!

MORTIMER.—(*Sorprendido.*) ¿Revelasteis tal deseo al caballero Pauleto?

ISABEL.—Y siento haberlo hecho.

MORTIMER.—Excusad a este anciano, que se haya vuelto escrupuloso con los años. Un golpe arriesgado como éste, requiere el valor y osadía juveniles.

ISABEL. ¿Puedo contar con vos?

MORTIMER.—Os prestaré mi brazo; salvad como podáis la reputación.

ISABEL.—¡Ah, Mortimer! Si me despertarais una mañana diciéndome: María Estuardo, vuestra mortal enemiga, ha muerto esta noche...

MORTIMER.—Contad conmigo.

ISABEL.—¡Ah! ¡cuándo podré dormir tranquilamente!

MORTIMER.—En la próxima luna cesarán vuestros temores.

ISABEL.—Adiós, sir Mortimer: No os preocupéis por que se cubra mi gratitud con el velo de la noche. El silencio es el dios de los dichosos... los lazos más fuertes y tiernos, los que envuelve el misterio... (*Se va.*)

ESCENA VI

MORTIMER.

MORTIMER.—Anda, falsa e hipócrita mujer; te engaño, como tú al mundo. Es justo, es bello hacer traición a un ser como tú... ¡Pues qué! ¿tengo yo cara de asesino? ¿Has visto en mi frente la aptitud para el crimen? Fíate de mi brazo, y retira el tuyo, y ofrece al mundo el piadoso y falso aspecto de la clemencia. Mientras confías en secreto con el auxilio de un asesinato, vamos ganando tiempo para libertarla. ¡Pretendes elevarme!... me muestras de lejos preciosa recompensa: ¡ni aunque consistiera en ti y en tus propios favores!... No me seduce la ambición de vana gloria... ¡Ah! sólo junto a ella se encuentra el encanto de la existencia... en torno suyo se agrupan sin cesar, formando alegres coros, los dioses de la gracia y de la dicha juvenil; en su seno mora el paraíso, y tú sólo puedes darme fríos placeres... Nunca conociste tú la mayor felicidad, el mayor encanto de la vida, la ventura del alma que fascinada y fascinando, se entrega a otra en un momento de olvido!... Nunca poseíste la verdadera corona de tu sexo; jamás colmaste de ventura a un hombre con tu amor... Me será preciso aguardar a ese lord, para darle la carta... ¡Odiosa comisión! No me es nada simpático este palaciego... yo solo, quiero libertarla; para mí el peligro... la gloria... y la recompensa. (*Cuando se dispone a salir, encuentra a PAULETO.*)

ESCENA VII

MORTIMER PAULETO.

PAULETO.—¿Qué te ha dicho la Reina?

MORTIMER.—Nada, sir Pauleto, nada importante...

PAULETO.—(*Mirándole, severo.*) Oye, Mortimer; te hallas en resbaladizo y engañoso terreno. El favor real atrae; la juventud suele ser ávida de honores...; ¡Cuidado con dejarte llevar de la ambición!

MORTIMER.—¡Si vos mismo me habéis traído a la corte!

PAULETO.—Ya me arrepiento de ello. No fue en la corte donde adquirió nuestra casa su gloria. ¡Sé fuerte, sobrino mío; no vayas a comprar caro el favor! ... ¡Cuidado con ofender la conciencia!

MORTIMER.—¿Qué ocurrencias tenéis... vaya un temor...

PAULETO.—Por alto que sea el puesto que la Reina te prometa, no fíes en sus lisonjeras palabras, y piensa

que ha de desconocerte cuando hayas obedecido... Querrá conservar su nombre puro de toda mancha, y vengará el asesinato por ella ordenado.

MORTIMER. ¿El asesinato, decís?

PAULETO.—Basta de disimulo; sé lo que te ha indicado la reina, creída de que tu ambiciosa juventud sería más complaciente que mi inflexible ancianidad... ¿Le has prometido?... ¿le has ...

MORTIMER.—¡Tío!

PAULETO.—Si lo hiciste te maldigo, te rechazo! (*Entra LEICESTER.*)

LEICESTER.—¡Sir Pauleto! permitidme decir dos palabras a vuestro sobrino. La Reina se halla muy dispuesta en su favor y quiere confiarle enteramente la guardia de María Estuardo... descansa en su fidelidad...

PAULETO.—Fía en... Bien.

LEICESTER.—¿Qué decís, caballero Pauleto?

PAULETO.—La Reina fía en él, y yo, milord, fío en mí y abro mucho los ojos. (*Se va.*)

ESCENA VIII

LEICESTER, MORTIMER.

LEICESTER.—(*Sorprendido.*) ¿Qué idea preocupa a vuestro tío?

MORTIMER.—No lo sé. La inesperada confianza que me acuerda la Reina...

LEICESTER.—(*Fijando en él su mirada.*) ¿Merecéis, caballero, que se fíen de vos?

MORTIMER.—Os haré la misma pregunta, milord Leicester.

LEICESTER.—¿Tenéis algo que decirme en secreto...

MORTIMER.—Aseguradme que puedo atreverme a ello.

LEICESTER. ¿Y quién me responde a su vez de vos? Suplico que no os ofendáis por mi recelo, porque os veo presentar dos caras en la corte. Una de ellas es necesariamente falsa, ¿pero cuál es la verdadera?

MORTIMER.—Lo mismo he notado en vos, conde Leicester.

LEICESTER.—¿Cuál de ambos ha de ser el primero en dar pruebas de confianza?

MORTIMER.—Quien arriesgue menos en ello.

LEICESTER.—Entonces sois vos.

MORTIMER.—No, vos. El testimonio de un lord poderoso y respetable puede perderme, y en cambio el mío sería impotente contra vuestra condición y favor.

LEICESTER.—Os engañáis, sir Mortimer; soy poderoso para todo, mas por lo que dice al asunto delicado que debo confiar a vuestra buena fe, soy el hombre menos influyente de la corte y una miserable declaración podría perderme.

MORTIMER.—Puesto que el omnipotente lord Leicester se humilla en mi presencia hasta el punto de hacerme semejante confesión, será preciso que yo me atreva a más, dándole un ejemplo de grandeza de alma.

LEICESTER.—Confiad en mí, y yo os imitaré.

MORTIMER.—(*Presentando la carta.*) He aquí lo que os envía la Reina de Escocia.

LEICESTER.—(*Asustado, toma la carta con precipitación.*) Hablad bajo, sir; ¡qué veo! ... ¡Oh! ¡Dios! su retrato. (*Lo besa y contempla con muda admiración.*)

MORTIMER.—(*Que durante este rato le ha observado.*) Ahora, milord, fío en vos.

LEICESTER.—(*Después de leída la carta.*) Sir Mortimer, ¿conocéis el contenido de esta carta?

MORTIMER.—No sé nada.

LEICESTER.—¡Sin duda ella os confió...

MORTIMER.—Nada me ha confiado; me ha dicho que vos me explicaríais este enigma. Porque es un enigma para mí, que el conde Leicester, el favorito de Isabel, el enemigo declarado y juez de María, sea precisamente el hombre de quien la Reina espera la libertad. Debe, sin embargo, ser así, porque harto claro expresan vuestros ojos lo que sentís por ella.

LEICESTER.—Explicadme antes cómo ha sido que os interesarais de tal modo por su suerte, y cómo habéis ganado su confianza.

MORTIMER.—Muy sencillo, milord. Abjuré mi religión en Roma, y estoy en relaciones con los Guisas. A una carta del arzobispo de Reims, debo el estar bien quisto con la Reina de Escocia.

LEICESTER.—No ignoro que habéis mudado de religión y ésta es la causa de mi confianza. Dadme la mano y excusadme mis recelos. Toda precaución es poca por mi parte, porque Walsingham y Burleigh me odian, y sé que me observan y me tienden lazos; podíais haber sido vos instrumento suyo, para atraerme a ellos.

MORTIMER.—¡Con cuánta cautela se ve obligado a andar en esta corte tan poderoso señor! ... ¡Conde, os compadezco!

LEICESTER.—Me arrojo con júbilo en brazos de un amigo fiel, para libertarme de prolongada opresión. Os sorprende, sir, mi rápida mudanza con respecto a María, pero sabed que en realidad no la he odiado nunca, y sólo el imperio de las circunstancias me ha convertido en adversario suyo. Muchos años ha, como no ignoráis sin duda, debía casarse conmigo antes de dar la mano a Darnley, y cuando el esplendor de su grandeza la rodeaba todavía. Rechacé entonces con frialdad semejante ventura, y hoy que se halla encarcelada y al borde del sepulcro, hoy quisiera alcanzar su amor, aún a riesgo de mi vida.

MORTIMER.—¡Generoso proceder!

LEICESTER.—En el decurso del tiempo las cosas han cambiado. Mi ambición me hizo insensible a la juventud y a la belleza. Casarme con María entonces, era dicha hartamente pequeña para mí; esperaba poseer la Reina de Inglaterra.

MORTIMER.—Se sabe que os prefería a los demás.

LEICESTER.—Parecía así, Mortimer, y ahora después de diez años de sujeción... de haberla galanteado sin descanso... ¡Ah! ¡Mortimer... mi corazón se explota, fuerza es que me alivie de prolongado fastidio!... ¡Si se supiera lo que son las cadenas que me envidian! ... Después de haber sacrificado diez interminables años de amarguras al ídolo de su vanidad, después de soportar con la resignación del esclavo sus caprichos de sultana, y de haberme convertido en su juguete, tolerando sus menores extravagancias, ora acariciado con ternura, ora rechazado con orgullosa gazmoñería, así atormentado por su favor, como por su severidad, custodiado como un prisionero por la inquieta mirada de los celos, tratado como un niño, insultado como un lacayo... ¡Oh! ¡No hay palabras que expresen, que pinten semejante infierno!

MORTIMER.—Os compadezco, conde.

LEICESTER.—Y cuando llego al término de mis afanes me escapa la recompensa y viene otro a arrebatarme el fruto de tan cara constancia. Un esposo joven, a quien adornan brillantes cualidades, me despoja de los derechos que poseía tanto tiempo ha. Me veo obligado a descender de este teatro, donde brillé y ocupé el primer puesto, porque no es sólo su mano, sino su favor lo que éste recién venido va a quitarme; él es galante, y ella es mujer.

MORTIMER.—Hijo de Catalina, en buena escuela aprendió el arte de la adulación.

LEICESTER.—Veo, pues, fallidas todas mis esperanzas. En el naufragio de mi dicha, busco una tabla de salvación, y convierto los ojos hacia mis primeras y bellas ilusiones. De nuevo se presenta a mi memoria la imagen de María, en todo el esplendor de sus hechizos; de nuevo recobran su imperio la juventud y la hermosura. No es ya la fría ambición, sino mi corazón quien compara y siente qué gran tesoro ha perdido. La veo hundida en el abismo de la desgracia, y por mi culpa; nace en mi alma la esperanza de libertarla, de salvarla. Pude entonces darle a conocer, por medio de fiel emisario, el cambio de mi corazón, y en esta carta que me habéis traído, me asegura que me perdona, y que si la salvo, será mía en recompensa.

MORTIMER.—Nada habéis hecho por libertarla. Permitís que la condenen a muerte; vos mismo votasteis por la pena capital. Ha sido necesario un milagro, ha sido necesario que la luz de la verdad iluminara al sobrino de su carcelero, y que Dios le preparase inesperado libertador desde el Vaticano; de otro modo carecía de medio alguno para llegar hasta vos.

LEICESTER.—¡Ah! sir Mortimer... ¡Cuán me ha hecho padecer todo esto! últimamente fue trasladada del castillo de Talbot a Fotheringhay, y confiada a la severa confianza de vuestro tío, con lo que me fue vedada toda comunicación con ella, debí continuar persiguiéndola a los ojos del mundo. Mas no creais que hubiese podido dejarla morir. No; esperé y espero todavía impedir esta catástrofe hasta que se ofrezca modo de libertarla.

MORTIMER.—Se ha hallado ya Leicester; vuestra noble confianza merece que corresponda a ella; quiero libertarla, y a esto he venido; todo está preparado y vuestro poderoso auxilio nos asegura éxito feliz.

LEICESTER.—¡Qué decís!... ¡Me asustáis!... ¡Cómo! ¡queráis!

MORTIMER.—Arrancarla por la fuerza de la prisión. Cuento con algunos auxiliares; todo está preparado.

LEICESTER.—¡Tenéis cómplices y confidentes! ¡Desdichado de mí. . . ¡En qué arriesgado proyecto me habéis metido! ... ¿Saben también ellos mis secretos?

MORTIMER.—Tranquilizaos; para nada figuráis en el complot, que se habría ejecutado ya, si ella no hubiese querido deberos su salvación.

LEICESTER.—¡Así podéis asegurarme con certeza que no se ha pronunciado mi nombre en vuestra conjuración!

MORTIMER.—Os lo aseguro. Mas, ¿Por qué tales inquietudes, cuando oís una noticia favorable a vuestros designios?... ¡Queréis libertar a María y poseerla, halláis de pronto auxiliares inesperados, se presenta un medio pronto, como caído del cielo, y manifestáis más embarazo que júbilo!

LEICESTER.—Nada puede tentarse por la fuerza; es empresa muy peligrosa.

MORTIMER.—También lo es la tardanza.

LEICESTER.—Os repito, caballero, que no cabe intentarlo.

MORTIMER.—(*Con amargura.*) No por vos que queréis poseerla, pero nosotros, que sólo aspiramos a libertarla, no vacilamos tanto.

LEICESTER.—Joven, obráis con harta ligereza tratándose de un asunto espinoso y erizada de peligros.

MORTIMER.—Y vos obráis con harta prudencia tratándose de una cuestión de honra.

LEICESTER.—Veo los lazos que nos rodean.

MORTIMER.—Me siento con valor bastante para romperlos todos.

LEICESTER—Este valor es temeridad, es locura.

MORTIMER.—Vuestra prudencia, milord, no se parece en nada a la valentía.

LEICESTER. ¿Tanto es vuestro deseo de acabar como Babington?

MORTIMER.—¿Tanta es vuestra repugnancia a imitar la grandeza de alma de Norfolk?

LEICESTER.—Norfolk no llevó a María al altar.

MORTIMER.—Pero demostró que era digno de ello.

LEICESTER.—Perdiéndonos, no la salvamos.

MORTIMER.—Ni pensando en la propia conservación tampoco.

LEICESTER.—¿Si no queréis reflexionar! ... ¡Si no queréis oír! . . . Con vuestra ciega impetuosidad destruís la obra que se hallaba en vías de éxito.

MORTIMER. ¿Qué obra? ... ¿La que habéis comenzado?... ¿Qué habéis hecho para libertarla? Si fuese yo un miserable capaz de asesinarla como me ordenó la Reina, y como en ese instante espera que lo haré, decidme ¿qué precaución habéis tomado para salvar su vida?

LEICESTER.—(*Sorprendido.*) ¿La Reina os dio esta orden sangrienta?

MORTIMER.—¡Se ha engañado conmigo, como se engañó María con vos!

LEICESTER. ¿Y prometisteis?... Habéis...

MORTIMER.—Para que no comprara otro brazo, ofrecí el mío.

LEICESTER.—Habéis obrado perfectamente: esto nos deja a nuestras anchas; como la Reina fía en vuestra promesa, la sentencia de muerte no se ejecutará y entre tanto ganamos tiempo.

MORTIMER.—(*Impaciente.*) No; perdemos tiempo.

LEICESTER.—Puesto que fía en vos, mayor será su empeño en mostrarse clemente a los ojos del mundo. Tal vez podré persuadirla a que visite a su rival y este paso le atará las manos, porque como dice muy bien Burleigh, la sentencia no podrá ejecutarse desde el momento en que la Reina la haya visto. Sí; quiero intentarlo... lo dispondré todo a ese fin.

MORTIMER. ¿Y qué obtendréis con esto? Si ve que se ha engañado con respecto a mí, si María, continúa viviendo, las cosas volverán al mismo estado de antes. Lo mejor que pueda sucederle, es que sea condenada a perpetua cautividad... y será preciso acabar con un arranque de osadía. ¿Por qué no empezar desde luego por aquí? Tenéis en vuestras manos el poder; podéis congrega un ejército, aunque fuera tan sólo armando a la nobleza de vuestros dominios. María por su parte cuenta con buen número de amigos secretos. Las nobles casas de Howard y de Percy, no obstante de haber muerto sus jefes, son ricas en héroes, y aguardan sólo que un lord poderoso les dé el ejemplo. Basta ya de disimulos; obremos con franqueza. Defended como caballero a vuestra amada, y combatid noblemente por ella. Seréis dueño de la Reina de Inglaterra cuando queráis. Atraedla a uno de vuestros castillos donde os siguió alguna vez, y allí portaos como hombre, hablad como dueño. ¡Retenedla en vuestro poder hasta que haya devuelto la libertad a María Estuardo!

LEICESTER.—Me sorprendéis y me asustáis al propio tiempo... ¿A dónde os conduce vuestro delirio?... ¿Conocéis este país? ¿Sabéis lo que ocurre en la corte?... ¿Sabéis con qué estrechas ligaduras ha encadenado los ánimos el imperio de esta mujer? En vano buscaréis el heroico ardor que animaba en otro tiempo esta comarca. Bajo el yugo de Isabel, el valor se trocó en abatimiento, y la energía yace comprimida. Seguid mis consejos; no emprendáis nada sin reflexión... Siento pasos. Salid.

MORTIMER.—María aguarda. y vuelvo a ella con fútiles consuelos,

LEICESTER.—Llevalle la seguridad de mi eterno amor.

MORTIMER.—¡Llevádsela vos! Me ofrecí a ser el instrumento de su libertad, no el emisario de sus amores. (*Se va.*)

ESCENA IX

ISABEL. LEICESTER.

ISABEL.—¿Quién acaba de dejaros?... He oído hablar.

LEICESTER.—(*Volviéndose rápidamente al oír a la Reina, perturbado.*) ¡Sir Mortimer!

ISABEL.—¿Qué os pasa, milord?. . ¡Estais muy conmovido!

LEICESTER.—(*Serenándose.*) Vuestro aspecto... Nunca me habíais parecido tan encantadora. Estoy des

lumbrado por vuestra belleza. ¡Ah!...

ISABEL.—¿Por qué suspiráis?

LEICESTER. ¿Acaso no tengo motivos para suspirar?... La contemplación de tales hechizos renueva en mí el inefable dolor de la pérdida que me amenaza.

ISABEL.—¿Qué perdéis?

LEICESTER.—Pierdo vuestro corazón; os pierdo a vos, ¡tan digna de ser amada! Muy pronto os sentiréis feliz en brazos de joven y entusista esposo que reinará como dueño absoluto en vuestro corazón. Es de sangre real, y yo no lo soy; mas desafío al mundo entero, a ver si es posible hallar en la tierra quien sienta por vos más profunda adoración que yo. El duque de Anjou no os ha visto nunca, y sólo puede amar vuestra gloria y esplendor... Pero yo, yo te amo a ti ... y aunque fueras humilde pastora y yo el más poderoso príncipe del orbe, descendería a ti para deponer mi corona a tus plantas.

ISABEL.—Compadéceme, Dudley, y no me reconvengas... No me atrevo apenas a interrogar mi corazón... ¡Cuán diversamente hubiese elegido! ... ¡Ah, cómo envidio a las demás mujeres la facultad de elevar hasta ellas al hombre que aman! No soy tan feliz que pueda ceñir con mi corona la frente de aquel a quien amo más que nada en el mundo. La Estuardo, sí, pudo otorgar su mano, cediendo a la propia inclinación; todo se le permitió; y apuré la copa de los placeres.

LEICESTER.—Ahora apura la del dolor.

ISABEL.—Para nada tuvo en cuenta el qué dirán. Su vida fue grata; nunca se impuso el yugo, al cual me he sujetado, También yo hubiese podido gozar de la vida, y respirar libremente, y a ello preferí los austeros deberes de la realeza. Y no obstante obtuvo con su conducta el favor de los hombres, porque no aspiró a más que a ser mujer, y jóvenes y viejos le rinden homenaje. Así son ellos; siempre ávidos de placer. Vuelan anhelantes tras alegres y frívolos pasatiempos y en nada estiman cuanto es digno de estimación. ¿No parecía remozado el mismo Talbot cuando se le ocurrió hablarnos de los atractivos de esta mujer?

LEICESTER.—Excusadle; fue su carcelero, y la artificiosa María lo sedujo con sus lisonjeras palabras.

ISABEL. ¿Será verdad que sea tan hermosa? Tanto he oído celebrar su rostro que desearía saber a qué atenerme. Los retratos suelen adular, y las descripciones son mentirosas; sólo me fío de mis propios ojos. ¿Por qué me miráis de un modo tan singular?

LEICESTER.—Os imagino al lado de María. Confieso que sería para mí un placer si pudiésemos lograr secretamente veros en presencia de María; pues por primera vez triunfaríais por completo de ella. Quisiera contemplar su humillación, cuando por sus propios ojos (*porque la envidia tiene la mirada penetrante*) se convenciera de vuestra superioridad así en la nobleza de vuestra fisonomía como en las demás cualidades.

ISABEL.—¡Pera ella es más joven!

LEICESTER.—¡Más joven! No se diría al verla. Sus padecimientos, en verdad, la han envejecido antes de tiempo. Lo que amargaría más su pena, sería veros desposada. Se desvanecieron a su espalda las dulces ilusiones de la vida, y en cambio os viera caminando hacia la felicidad, desposada con un príncipe de Francia. ¡Qué golpe para ella, que se envanecía de su alianza con esta nación, y confía aún en su apoyo!

ISABEL.—(*Con cierto descuido.*) Muchos me instan para que la vea.

LEICESTER.—(*Con viveza.*) Ella lo pide como una gracia, concedédselo como un castigo; preferiría ser conducida por vos al cadalso, a verse eclipsada por vuestros hechizos.... así descargaréis sobre ella el golpe mortal con que quiso heriros. Cuando contemple vuestra belleza, custodiada por el honor, ilustre por la virtud, por una reputación sin mancha, que despreció para entregarse a sus locos amores; cuando la vea realzada por el esplendor de la corona, ornada con el velo nupcial, entonces sonará la hora de su ruina. Sí; al contemplaron, pareceme que nunca como hoy, os hallasteis en estado de alcanzar el premio de la victoria. Yo mismo, en el punto en que entrabais, quedé como fascinado por luminosa aparición. ¡Pues bien! ahora, ahora mismo, tal como estáis, mostraos a ella..., no podréis hallar más favorable momento.

ISABEL. ¿Ahora?... no, ahora no, Leicester. Conviene antes que lo medite, y que Burleigh...

LEICESTER.—(*Con viveza.*) ¡Burleigh!... Sólo se ocupa en lo conveniente al reino. ¡Pero vos, como mujer, tenéis también algún derecho! Este delicado asunto es de vuestra incumbencia y no de la del hombre de Estado. Y por otra parte los mismos intereses de la política exigen que la veáis, y que os reconciliéis con la opinión por medio de un acto de generosidad. Después ya os desharéis de ella como os plazca.

ISABEL.—No es decoroso que vea a una parienta mía bajo el peso de la humillación y la necesidad. Dicen que en torno suyo no brilla el menor resto de su antiguo poder real, y el aspecto de tantas privaciones sería para mí un reproche.

LEICESTER.—No será indispensable que entréis en sus habitaciones. Escuchad mi consejo. La casualidad nos sirve a maravilla. Hoy se celebra una gran partida de caza que nos conducirá a Fotheringhay. María puede hallarse en el parque, y vos entraréis en él como por acaso, porque es preciso que nada parezca preparado con anticipación, y si os repugna hablarle, no le hablaréis.

ISABEL.—Si cometo una locura, la culpa será vuestra y no mía, Leicester. Hoy no quiero negaros nada, porque sois entre todos mis vasallos a quien he afligido más. (*Le mira con ternura.*) Aunque sea tan sólo un

capricho vuestro, prueba es de afecto, conceder espontáneamente lo que no aprobamos, (LEICESTER *Cae de rodillas. Telón.*)

ACTO III

Un parque en primer término; árboles en el fondo; horizonte lejano.

ESCENA PRIMERA

MARÍA (sale corriendo a través de los árboles). ANA KENNEDY (la sigue lentamente).

ANA.—Se diría que volais, no puedo seguiros... Aguardad.

MARÍA.—¡Oh! déjame disfrutar de mi reciente libertad, deja que vuelva a ser niña, y sólo tú también conmigo. Déjame probar la ligereza de mis pies sobre el césped. ¿Salí de mi oscuro calabozo? ¡No estoy ya encerrada en aquella triste tumba! ... ¡Ah! ... que mi sediento pecho aspire el aire con toda la fuerza de mis pulmones, el aire del cielo...

ANA.—¡Oh! ¡mi querida señora! Vuestro calabozo sólo se ha ensanchado un poco; no véis las paredes que nos circuyen gracias al frondoso follaje de estos árboles.

MARÍA.—¡Ah! sí, demos gracias al cariñoso follaje de estos árboles que me ocultan mi cárcel... Quiero creer que soy libre y feliz; ¿por qué arrebatarme esta dulce ilusión? ¿No tiende el cielo su manto sobre mi cabeza? Vuelan a través del espacio las miradas... libremente..., sin hallar obstáculo alguno. Allá a lo lejos, donde se elevan las cenicientas y nebulosas montañas, allí, empiezan las fronteras de mi reino, y estas nubes que el viento empuja hacia el sur, van a buscar el lejano Océano y Francia! ¡Oh! nubes veloces, naves aéreas, ¡quién pudiera viajar y bogar por el espacio con vosotras! ¡Id a saludar tiernamente en mi nombre la patria de mi juventud! ¡Cautiva, entre cadenas, no dispongo de otros mensajeros por desdicha mía! ¡vosotras viajáis libremente por los aires, a través del espacio! ¡vosotras no estáis sometidas a la Reina!

ANA.—¡Ah! señora, estáis loca. Esta libertad por tanto tiempo no gozada, os hace perder el tino.

MARÍA.—¡Allá va un pescador con su barca! ¡Pensar que podría salvarme rápidamente en ella, y llevarme, a una playa amiga! ¡El pobre hombre sólo saca de ella módico producto y yo le cargaría de tesoros... En toda su vida no aprovechará el día con tan excelente resultado...; en sus redes pescaría la fortuna si quisiera arrebatarme en el salvador esquiife!

ANA.—¡Inútiles de esos!... ¿No veis que espían de lejos nuestros pasos, y una orden siniestra, inicua, aleja de nosotros toda criatura compasiva?

MARÍA.—No, querida Ana; créeme, no en vano se ha abierto la puerta de mi prisión. Esta ligera gracia anuncia mayor felicidad... No; no me engaño... la debo al poderoso auxilio de lord Leicester. Poco a poco irán ensanchando mi cárcel y me acostumbrarán gradualmente a la libertad, hasta que llegue a presencia de quien ha de romper para siempre mis cadenas.

ANA.—¡Ah!... no puedo explicarme esta contradicción. Ayer vinieron a anunciaros la muerte, hoy os conceden de súbito la libertad; he oído decir que se solía quitar las cadenas a los que reclamaban la eterna.

MARÍA. ¿Oyes el son de la trompa de caza?... ¿Oyes cómo resuena el bravo toque de llamada a través de los bosques y los campos? ¡Quién pudiera lanzarse sobre fogoso caballo, y unirse a la alegre comitiva! Estos sones no me son desconocidos... ¡cuán dulces y tristes recuerdos me sugieren! ... ¡Cuántas veces alegraron mi oído con el tumulto de la caza, resonando entre los matorrales de los highlands!

ESCENA II

Dichos. PAULETO.

PAULETO.—¿Qué tal, señora? ¿me porto? ¿Estáis contenta de mí?

MARÍA.—¡Cómo, caballero! ¿a vos debo este favor; a vos?

PAULETO. ¿Por qué no a mí? He estado en la corte y entregué vuestra carta.

MARÍA.—¿Verdad, la entregasteis?... ¿Tal hicisteis?... ¿Y disfruto ahora de semejante libertad a consecuencia de mi carta?

PAULETO.—Y no es ésta la única; vais a participar de otra mayor.

MARÍA.—¿Otra mayor... sir Pauleto? ¿qué queréis decirme?

PAULETO. ¿Habéis oído la bocina de caza?...

MARÍA.—(*Retrocede presintiendo qué va a decir.*) ¡Me asustáis!

PAULETO.—La Reina está cazando en el parque.

MARÍA.—¡Cómo!

PAULETO.—Dentro de breves instantes se hallará en vuestra presencia.

ANA.—(*Acude a socorrer a MARÍA, que tiembla y desmaya.*) ¿Qué tenéis, señora?... Palidecéis...

PAULETO. ¿Habré cometido un error? ¿No era ésta vuestra súplica? Ha sido atendida antes de lo que presumíais. Preparad ahora vuestros discursos, vos, dotada de ordinario de fácil palabra; este es el momento de hablar.

MARÍA.—¡Ah! ¡por qué no saberlo antes! ¡No me siento dispuesta a la entrevista; no, ahora no! ... La solicité como un gran favor, y ahora me parece terrible, espantosa. Ven, querida Ana; acompáñame a mi habitación, donde me serene y me recoja.

PAULETO.—Aguardad, debéis esperarla aquí. Bien, bien..., comprendo que os cause inquietud comparecer ante vuestro juez.

ESCENA III

Dichos. TALBOT.

MARÍA.—¡No es esto, Dios mío!... ¡me preocupa otra cosa! ... ¡Ah! noble Talbot, llegáis como ángel del cielo... No puedo verla, evitadme su odiosa presencia.

TALBOT.—Serenaos, señora; apelad a todo vuestro valor porque este es el momento decisivo.

MARÍA.—Mucho tiempo hace que lo aguardo, y me dispongo para él. Años ha que me repito y grabo en mi memoria una a una las frases que quisiera emplear para tocar su corazón y conmoverle, y de repente todo lo olvidé, todo se desvaneció. Ya no me anima otro sentimiento que el de mis profundos pesares..., arde en ira mi alma..., huyen mis buenos propósitos... me ciñen las furias del infierno sacudiendo en torno mío su cabellera de víboras.

TALBOT.—Refrenad está indómita agitación... venced la amargura de vuestra alma. ¡Si el odio se encuentra con el odio, nada bueno puede esperarse! Por mucho que os repugne interiormente, ceded al imperio de las circunstancias: Isabel tiene en sus manos el poder... humillaos!

MARÍA.—¿Delante de ella?... Jamás.

TALBOT.—Será forzoso, sin embargo ... Hablad con respeto, con resignación. Apelad a su generosidad, y no desafiéis sus iras; no discutáis vuestros derechos, que no es este el momento oportuno.

MARÍA.—¡Ah!... Mi súplica será mi perdición; sólo para desdicha mía la han atendido. No hubiéramos debido vernos nunca, jamás; no puede resultar nada bueno de semejante entrevista. Antes se juntará el fuego con el agua, y el cordero acariciará al tigre. Me ha ultrajado con harta crueldad; he sufrido demasiado por ella... No cabe reconciliación entre ambas.

TALBOT.—Limitaos a verla. He observado que vuestras cartas la han conmovido mucho, hasta el punto de arrasar en lágrimas sus ojos. No; no le falta corazón; tened mayor confianza en ella. La he precedido para advertiros y animaros.

MARÍA.—(*Tomándole la mano.*) ¡Ah! Talbot, siempre habéis sido mi amigo. ¡Por qué no me dejaron bajo vuestra guardia bienhechora! Me han tratado con mucha rudeza, Talbot.

TALBOT.—Olvidadlo todo en estos instantes, y pensad tan sólo en recibirla con sumisión.

MARÍA. ¿La acompaña Burleigh, mi ángel malo?

TALBOT.—Sólo la acompaña lord Leicester.

MARÍA.—¿Lord Leicester?

TALBOT.—No temáis nada de su parte, pues no quiere perderos; a él se debe que la Reina haya consentido en veros.

MARÍA.—¡Ah!... ya lo presumía.

TALBOT. ¿Qué decís?

PAULETO.—¡La Reina! (*Todos se hacen a un lado, excepto MARÍA, que se apoya en su nodriza.*)

ESCENA IV

Dichos ISABEL. El conde de LEICESTER. Séquito.

ISABEL.—(*A LEICESTER.*) ¿Cómo se llama este sitio?

LEICESTER.—El castillo de Fotheringhay.

LEICESTER.—El castillo de Fotheringhay.

ISABEL.—(A TALBOT.) Ordenad que mi comitiva regrese a Londres. El gentío se agolpa a mi paso, y ansiamos descansar en este tranquilo parque. (TALBOT ordena a la comitiva que se aleje. ISABEL clava la mirada en MARÍA, y continúa hablando con PAULETO.) Mi buen pueblo me ama demasiado. Las manifestaciones de su júbilo no conocen medida, y rayan en idolatría: así se honra a los dioses, no a los mortales.

MARÍA. (Que durante estas palobras, ha seguido apoyada sin fuerza en brazos de su nodriza, alza la frente, y su mirada choca con la de ISABEL. MARÍA se estremece de espanto y vuelve a echarse en brazos de ANA.) ¡Dios mío! ¡su cara dice que no tiene corazón!

ISABEL.—¿Quién es esta mujer? (Silencio general.)

LEICESTER.—Reina, os halláis en Fotheringhay.

ISABEL.—(Afecta sorprenderse y dirige a LEICESTER una mirada sombría.) ¿Quién me ha traído aquí, lord Leicester?

LEICESTER.—Esto es hecho, señora, y pues que el cielo guió hacia aquí vuestros pasos, dejad que triunfe la piedad y la grandeza de alma.

TALBOT.—Dejaos vencer, señora, y volved los ojos a la infortunada que sucumbe a vuestra presencia. (MARÍA recoge sus fuerzas, e intenta aproximarse a ISABEL, pero se detiene; su cara revela la violenta agitación de su ánimo.)

ISABEL.—¿Cómo, milores! ¿Quién me habló de la sumisión de esta mujer? Tengo delante de mí a una orgullosa, a quien la desgracia no ha podido abatir.

MARÍA.—Sea; quiero someterme a este nuevo dolor. Lejos de mí, el impotente orgullo de un alma elevada; voy a olvidar lo que soy, y cuanto he sufrido, para prosternarme a los pies de la que fue causa de mi oprobio. (Dirigiéndose a la Reina.) El cielo ha pronunciado en vuestro favor, hermana mía, y la victoria ha coronado vuestra dichosa frente. Adoro la Divinidad que así os hizo grande. (Se arrodilla delante de ella.) Pero sed generosa para conmigo, hermana mía; no me dejéis hundida en la humillación; tendedme vuestra real mano para realzarme de mi profunda caída.

ISABEL.—(Retrocediendo.) Este es vuestro lugar, lady María; y doy gracias a Dios por su bondad, cuando ha permitido que me viera como vos, a las plantas de mi rival.

MARÍA.—(Con creciente emoción.) Pensad en las vicisitudes de las cosas humanas. Existe un Dios que castiga la arrogancia; honrad y temed a la terrible Divinidad, que me arroja a vuestros pies, por respeto a los testigos de esta escena, ajenos a ella; honraos a vos, honrándome a mí; no ofendáis, no profanáis la sangre de los Tudores, que corre por vuestras venas, como por las mías. ¡Ah!, no seáis por Dios inaccesible y dura como la escarpada roca a la que en vano el náufrago se esfuerza en asirse. Todo mi ser, mi vida, mi suerte, dependen de mis palabras y del poder de mi llanto; ¡abrid mi corazón para que pueda yo conmover el vuestro! Si me dirigís tan glacial mirada, el corazón trémulo de espanto se cierra, se detiene el torrente de mis lágrimas y el terror hiela en el seno mis súplicas.

ISABEL.—(Con ademán frío y severo.) ¿Qué tenéis que decirme, lady Estuardo, puesto que habéis pretendido hablar conmigo? Olvidé que soy una reina cruelmente ultrajada para cumplir con el piadoso deber de hermana, y ofreceréis el consuelo de verme. Cedo con ello a un impulso de generosidad, exponiéndome a justa censuras por haber descendido hasta ese punto... porque hartó sabéis que quisisteis matarme.

MARÍA.—¿Cómo empezar, cómo usar de tal modo de la prudencia, que logre conmover vuestro corazón, sin ofenderle en lo más mínimo! ¡Oh, tú, Señor, comunica toda fuerza persuasiva a mis palabras, y arráncales todo aguijón. Me es imposible hablar en mi propio favor, sin acusaros gravemente, y no lo deseo. Vuestro modo de proceder para conmigo no fue ciertamente justo, porque soy reina al par que vos, y me habéis detenido prisionera; llegué aquí suplicante, y vos despreciando en mí las sagradas leyes de la hospitalidad y el derecho de gentes, me encerrasteis entre los muros de un calabozo; habéis alejado de mí, con crueldad, mis amigos y mis criados, y sujetádome a indignas privaciones. He sido forzada a comparecer ante un tribunal indigno...; pero, en fin, no hablemos más de semejantes crueldades. Cuántas sufrí, húndanse en eterno olvido. Mirad; quiero atribuirlo todo al destino; ni vos sois ya culpable, ni yo tampoco. Un genio infernal surgió del fondo del abismo para inflamar en nuestros corazones el odio ardiente que nos dividió desde los primeros años, y que ha crecido con nosotras. Algunos malvados atizaron la miserable llama; algunos fanáticos pusieron el puñal y la espada en manos cuyo socorro nadie reclamó. Tal es el destino fatal de los reyes; sus odios desgarran el mundo; sus enemistades desencadenan sobre él, el tropel de las furias. Ahora, no existe ya entre nosotras ningún intermediario. (Se acerca a ella confiada y habla con acento cariñoso.) Henos, por fin, una enfrente de otra; hablad, hermana mía, decidme en qué falté, porque ansío daros satisfacción. ¡Ay de mí! ¡Cómo no consentisteis en recibirme, cuando con tal instancia os lo pedía! Las cosas no hubieran llegado a tal extremo, ni ahora nos encontraríamos en tan siniestro y triste sitio.

ISABEL.—Mi buena estrella me preservó entonces de avivar la serpiente en mi propio seno. No acuséis a la suerte, mas sí a la perversidad de vuestra alma y a la ambición de vuestra familia. No había estallado

aún ninguna enemistad entre ambas, cuando ya vuestro tío, el prelado arrogante y ambicioso que atenta contra todas las coronas, os inspiró propósitos de guerra, y os persuadió locamente a empuñar las armas, a usurpar mi corona, y a empeñar conmigo un duelo a muerte. ¿Qué enemigos no suscitó contra mí? La voz de los sacerdotes, la espada de los pueblos, las temibles armas del fanatismo religioso; aquí mismo, en medio de mi pacífico reino, vino a atizar el fuego de la discordia; mas Dios está conmigo, y el orgulloso sacerdote no ha triunfado; el golpe fatal amenazaba mi cabeza, y cae la vuestra.

MARÍA.—Me hallo en manos de Dios; espero que no abusaréis hasta tal punto de vuestro poder.

ISABEL. ¿Y quién podría impedírmelo? Vuestro tío enseñó con su ejemplo a los reyes el modo de hacer la paz con sus enemigos. La noche de San Bartolomé, me servirá de lección. ¿Qué me han de importar los vínculos de la sangre y el derecho de gentes, si la Iglesia rompe todo vínculo, y consagra el regicidio y el perjurio? No haré más que practicar lo que enseñan vuestros sacerdotes. Decidme ¿quién saldría fiador de vuestra conducta, si cediendo a la generosidad rompiera tales cadenas? ¿Existe por ventura un castillo donde asegurarme de vuestra fidelidad, que las llaves de Pedro no puedan abrir? ¡Sólo en la fuerza reside mi seguridad! ¡No quiero alianza alguna con la raza de las serpientes!

MARÍA.—¡Oh... qué triste, qué cruel sospecha! Me habéis tenido siempre por enemiga, por extranjera, cuando si me hubieseis declarado vuestra sucesora respetando los derechos de mi cuna, por gratitud y amor hubierais hallado en mí una fiel amiga, una fiel parienta.

ISABEL.—Lady Estuardo, vuestra amistad está en otra parte; vuestra familia es el papismo, y vuestros hermanos los frailes. ¡Qué os declarase mi sucesora! ¡Pérfido lazo! ... Para que aún durante mi reinado alucinarais a mi pueblo, y como Armida, prendierais en vuestras redes seductoras la juventud del reino, convirtiendo todas las moradas hacia el nuevo sol...

MARÍA.—Reinad en paz; renuncio a toda pretensión a la corona. ¡Desdichada de mí! ¡Siento paralizados los impulsos de mi ánimo y la grandeza no guarda ya atractivos para mí! Habéis alcanzado vuestro propósito; ya no soy más que la sombra de María. Rota la altivez de mi alma con las injurias de la cárcel, me habéis reducido al último extremo, aniquilado en la flor de mis años. Ahora, acabad, hermana; pronunciad la palabra que os ha traído aquí, porque no puedo creer que aquí os conduzca el intento de insultar cruelmente a vuestra víctima. Pronunciad esta palabra; decid, por fin: sois libre, María; habéis probado mi rigor, aprended ahora a honrar mi generosidad. Decidlo, y recibiré mi libertad y mi vida como presente de vuestra mano. Una palabra, y no os alejáis, hermana, todo. ¡Ah! no me forcéis a aguardarla por mucho tiempo. ¡Ay de vos si no se pone fin a todo con esta palabra, y no nos alejáis, hermana, como divinidad gloriosa y bienhechora! Ni por esta rica y poderosa comarca, ni por toda la tierra que ciñe el Océano, quisiera parecer a vuestros ojos como vos pareceréis.. a los míos.

ISABEL.—¡Por fin, os dáis por vencida! ¿Se acabaron vuestras conjuraciones? ¿No queda ya un solo asesino en marcha?... ¿Se acabaron los aventureros, dispuestos a ejecutar por vos una acción caballeresca? Sí; con los nuevos cuidados que preocupan al mundo, lady María, ya no seduciréis a nadie..., nadie ha de aspirar al título de cuartido marido, porque así matáis a los amantes como a los maridos.

MARÍA.—(*Estallando de cólera.*) ¡Hermana! ¡hermana...! ¡Oh, Dios mío! ...dadme prudencia.

ISABEL.—(*Contemplándola largo rato con orgulloso desprecio.*) Lord Leicester, ¿éstos son los hechizos que ningún hombre contempla impunemente, ni hubo mujer que osara arrostrar su comparación? En verdad que semejante nombradía fue adquirida a bien bajo precio. Está visto que para ser bella a los ojos de todos, basta ser de todos.

MARÍA.—¡Ah... esto es demasiado!

ISABEL.—(*Con risa burlona.*) Mostradnos vuestro verdadero rostro, porque hasta ahora sólo hemos visto la máscara.

MARÍA.—(*Inflamada de cólera; con noble dignidad.*) He cometido faltas; la juventud, la flaqueza humana, el poder, lleváronme fuera de camino; pero nunca me oculté en la sombra; con real franqueza he desdeñado siempre toda falsa apariencia. Cuantos delitos cometí, aún los más graves, los sabe el mundo, y puedo decir que valgo más que mi reputación... En cambio ¡ay de vos, si alguien os arrancara de los hombros el manto de honor con que encubre la hipocresía los frenéticos ardores de vuestra secreta concupiscencia! ... No habréis heredado ciertamente de vuestra madre el honor... ¡Ya sabemos por qué virtud subió Ana Bolena al cadalso!

TALBOT.—(*Interponiéndose entre ambas.*) ¡Oh! ¡Dios! ¡A este punto habían de llegar las cosas! ¿Esta es sumisión, esta es moderación, lady María?

MARÍA.—¡Moderación! ¡He soportado cuanto puede soportar el alma humana! ¡Basta de resignación!... Retorna al cielo, dolorosa paciencia, y tú, ira por tanto tiempo comprimida, rompe tus cadenas, sal de tu guarida...; tú que diste al basilisco irritado miradas que matan, pon en mis labios el dardo venenoso.

TALBOT.—¡Oh!... está fuera de sí; perdonad a su arrebatado su cruel irritación. (ISABEL, muda de rabia, lanza a MARÍA coléricas miradas.)

LEICESTER.—(*Vivamente agitado trata de llevarse a ISABEL.*) No escuchéis su furor; alejaos de este lado fatal.

MARÍA.—¡El trono de Inglaterra está profanado por una bastarda! ¡El noble pueblo de Inglaterra es engañado por una bellaca, por una comedianta! Si la justicia hubiese triunfado de la suerte, os veríamos hundida en el polvo a mi presencia, porque yo... yo... soy vuestra reina. (ISABEL *se aleja rápidamente: los lores la siguen vivamente perturbados.*)

ESCENA V

MARÍA. ANA KENNEDY.

ANA. ¡Ah! ¿qué habéis hecho? Se va enfurecida; adiós nuestras esperanzas, todo se ha perdido para siempre.

MARÍA.—(*Todavía fuera de sí.*) Se va enfurecida, y con la muerte en el alma. (*Arrojándose en brazos de ANA.*) ¡Ah! ¡qué bien me siento, Ana! ¡Después de tantos años de abyección y de dolor, un instante de venganza y de triunfo! ¡Me he aliviado de un peso enorme... ! ¡Hundí el puñal, en el seno de mi enemiga!

ANA.—¡Desdichada! ¡Qué delirio os agita! Habéis ofendido a esta implacable mujer que tiene el rayo en sus manos, que es soberana. La ultrajasteis a los ojos de su amante.

MARÍA.—La he humillado a los ojos de Leicester. Estaba allí... testigo de mi triunfo... Cuando la he precipitado de su altura, estaba allí... su presencia me infundía valor.

ESCENA VI

Dichos. MORTIMER.

ANA.—¡Ah! sir Mortimer, ¡qué resultado!

MORTIMER.—Todo lo oí. (*Hace una seña a la nodriza, para que se coloque de centinela y se acerca a MARÍA. Su aspecto revela el estado violento y apasionado de su alma.*) La habéis vencido; la habéis aplastado en el polvo; vos erais la reina, ella la culpable! ... Vuestro valor me enajena... ¡os adoro!... en aquel momento aparecisteis a mis ojos como divinidad esplendente, poderosa.

MARÍA. ¿Habéis hablado a lord Leicester, y entregádole mi carta y mi retrato? ¡Ah! respondedme, sir Mortimer.

MORTIMER.—(*Contemplándola con ardientes miradas.*) ¡Ah! ¡Cuánto os embellecía aquella noble cólera! ... ¡cómo brillaban a mis ojos vuestros atractivos!... ¡Sois la mujer más hermosa del mundo!

MARÍA.—Os ruego que calméis mi impaciencia, ¿qué ha dicho, milord? Decidme, ¿qué puedo esperar? MORTIMER. ¿Quién, él?... Es un cobarde, un miserable. No esperéis nada de él, despreciable, olvidadle.

MARÍA.—¿Qué decís?

MORTIMER. ¿Él libertaros?... ¿él poseeros? ¡que se atreva! será preciso que se bata conmigo a muerte.

MARÍA. ¿No le habéis entregado la carta? Entonces todo concluyó.

MORTIMER.—¡Cobarde, ama la vida, y quien quiera libertaros y obtener vuestros favores, ha de abrazar la muerte con valor!

MARÍA. ¿Nada quiere hacer por mí?

MORTIMER.—Ni una sola palabra me dio; ¿qué puede hacer? ¿Para qué le necesitamos?... ¡Yo os libertaré; yo sólo!

MARÍA.—¡Ay de mí! ¿Y qué podéis vos?

MORTIMER.—No os engañéis suponiendo hallaros en la misma situación que ayer... ; según salió de aquí la Reina, y terminó la entrevista, todo se ha perdido, y es inútil recurrir a otras peticiones de indulto. Ahora es tiempo de obrar; la audacia debe decidir; fuerza es arriesgarlo todo para salvarlo todo, y libertaros antes que amanezca.

MARÍA. ¿Qué decís ¿Esta noche? ¿Y cómo es posible?

MORTIMER.—Oíd lo que he resuelto. He reunido a mis compañeros en una capilla secreta, donde un sacerdote nos ha confesado y absuelto de cuantas faltas hayamos cometido y podamos cometer. Hemos recibido los últimos sacramentos y estamos pronto para el postrer viaje.

MARÍA.—¡Oh!... ¡qué terrible preparativo!

MORTIMER.—Esta noche subimos al castillo... tengo yo las llaves, degollamos los centinelas, os arrancamos de esta prisión, y para que ne quede un solo testigo que pueda revelar esta escena, fuerza es matar a todo viviente.

MARÍA. ¿Y Drury y Pauleto, mis carceleros?... Antes verterán su última gota de sangre.

MORTIMER.—Serán los primeros en caer a mis golpes.

MARÍA. ¡Cómo!... ¡Vuestro tío, vuestro segundo padre!

MORTIMER—Morirá a mis manos; le degollaré.

MARÍA.—¡Ah! ... ¡crimen sangriento!

MORTIMER.—Antes he sido absuelto de todos mis crímenes; puedo y quiero hacerlo.

MARÍA.—¡Horrible! ¡horrible!

MORTIMER.—Aunque deba matar a puñaladas a la misma Reina, lo he jurado por la hostia.

MARÍA.—No, Mortimer; antes que vea correr tanta sangre por mi causa...

MORTIMER.—¿Y qué significa para mí la vida de todos los hombres, comparada con vos y vuestro amor? Rómpanse las cadenas que sujetan al mundo, y suméjase en las olas de un nuevo diluvio cuanto existe... Ya no respeto nada. Antes que yo renuncie a vos se acabará el universo.

MARÍA.—(*Retrocediendo.*) ¡Cielos! ¡Qué lenguaje, sir Mortimer; qué miradas!... me espantan, me perturban...

MORTIMER.—(*Con los ojos extraviados y víctima del delirio.*) La vida no es más que un instante, y la muerte también no es más que un instante... Arrástrenme a Tyburn y atenaceen mis carnes con tenazas encendidas. (*Se adelanta hacia ella con las brazos abiertos.*) Con que mis brazos te ciñan... a ti... a quien amo con ardor...

MARÍA.—(*Retirándose.*) Déteneos, insensato...

MORTIMER.—Sobre tu seno, sobre esta boca que exhala el amor...

MARÍA.—En nombre del cielo, sir Mortimer, permitid que me aleje.

MORTIMER.—¡Insensato quien no detiene en abrazo eterno la dicha que Dios, puso en su camino! Quiero salvarte, aunque me costara mil vidas que fuesen; te salvaré... lo quiero... pero como hay Dios... juro que quiero también que seas mía.

MARÍA. ¡Oh! ¡No habrá un Dios, un ángel que me proteja!... ¡Suerte espantosa!... ¡Cómo me arrojas de un terror a otro terror! ¡Sólo habré nacido para excitar la violencia! ¡el odio y el amor se conjuran para infundirme espanto!

MORTIMER—Sí, te amo con pasión, del modo que ellos te odian. ¡Quieren cortarte la cabeza, y destrozarte con el hacha tu cuello, que deslumbra con su blancura! ¡Ah! consagra al dios de la vida y el júbilo, los dones que te será forzoso sacrificar a cruentos odios..., con tus encantos, que destinan a la muerte, embelesa a quien te ama. Encadena a tu esclavo con tus bellas trenzas, tu sedosa cabellera que pertenece ya a las regiones sombrías de la muerte!

MARÍA.—¡Oh!... ¡qué palabras me veo condenada a oír! ¡Sir Mortimer, si una reina no es sagrada para vos, debieran serlo, al menos, mis desgracias y mis dolores!

MORTIMER.—Tu corona cayó de tus sienes, y nada te resta de tu pasada majestad... Intenta proferir una orden, y verás como no acude a obedecerla un solo libertador, un solo amigo... Si ya no posees más que tu rostro lastimero, y el divino poder de la belleza; si por ella lo arriesgo todo, y me siento capaz de todo; si por ella me precipito al encuentro del hacha del verdugo...

MARÍA.—¡Oh!... ¿Quién me libertará de su furor?

MORTIMER.—¡Tan audaz servicio merece osada recompensa! ¿Por qué el valiente vierte su sangre? ¡La vida es el don más precioso, y es un insensato quien la prodiga sin motivo!... Antes quiero descansar en tu ardiente seno. (*La estrecha con fuerza entre sus brazos.*)

MARÍA.—¡Ah! ¿será preciso que pida socorro contra el hombre que pretende libertarme?

MORTIMER.—No eres insensible; el mundo no te acusa de frío rigor... La ardiente súplica del amor puede conmoverte, pues hiciste feliz a Riccio, y supo arrebatarte Botwell.

MARÍA.—¡Temerario!

MORTIMER.—No fue más que tu tirano, y temblabas ante él, cuando le amabas. Si sólo el terror puede subyugarte, por todas las furias del averno...

MARÍA.—Dejadme... deliráis...

MORTIMER.—Temblarás también ante mí.

ANA.—(*Acudiendo.*) Alguien se acerca... alguien llega. Invade el jardín muchedumbre de hombres armados.

MORTIMER.—(*Desenvainando su espada.*) Yo te protegeré.

MARÍA.—¡Oh! Ana, libérame de sus manos... Desdichada, de mí, ¿dónde hallar un refugio? ¿A qué santo pediré socorro? Aquí, la violencia; allá, la muerte. (*Sale corriendo. ANA la sigue.*)

ESCENA VII

MORTIMER. PAULETO. DRURY, fuera de sí, seguidos de algunos hombres armados.

PAULETO.—Cerrad las puertas, alzad el puente.

MORTIMER. ¿Qué hay, tío?

PAULETO. ¿Dónde está esta mujer criminal?... Encerradla en el más oscuro calabozo.
MORTIMER—¿Qué hay?... ¿qué ha sucedido?..
PAULETO.—¡La Reina!... ¡oh! malditas manos... ¡diabólica audacia!
MORTIMER—La Reina... ¿qué Reina?
PAULETO.—La de Inglaterra; ha sido asesinada en las calles de Londres... (*Entra precipitadamente en el castillo.*)

ESCENA VIII

MORTIMER. Luego OKELLY.

MORTIMER.—¡Deliro!... alguien ha gritado a mi oído: ¡la Reina ha sido asesinada!... No; no; es un sueño. Mi ardor febril ofrece a mis sentidos como realidad, lo que preocupa mi mente ... ¿Quién llega?... Okelly... ¿cómo asustado?

OKELLY.—(*Acudiendo con Precipitación.*) ¡Huid, Mortimer, huid; todo se ha perdido!

MORTIMER. ¿Qué se ha perdido?

OKELLY.—No queráis saber más, y pensad sólo en huir presto...

MORTIMER. ¿Qué ocurre pues?

OKELLY.—Sauvage desatentado descargó el golpe...

MORTIMER.—¡Cierto!

OKELLY.—¡Cierto! ¡cierto! ... salvaos.

MORTIMER—Muerta, y María sube al trono de Inglaterra.

OKELLY.—¡Muerta! ... ¿quién ha dicho esto?

MORTIMER.—¡Vos mismo!

OKELLY.—Vive, y vos y yo estamos destinados a morir...

MORTIMER. ¿Vive?

OKELLY.—El golpe fue dado en falso; el puñal rasgó el manto de la Reina, y Talbot desarmó al homicida.

MORTIMER. ¿Y vive?

OKELLY.—Vive, para perdernos a todos... Venid; las tropas rodean el parque...

MORTIMER. ¿Quién ha ejecutado esta tentativa?

OKELLY.—Ese barnabita de Tolón, que sin duda habéis observado pensativo en la capilla cuando el sacerdote pronunció el anatema papal contra la Reina. Ha querido valerse del medio más pronto y expedito para libertar con un arranque de osadía a la Iglesia de Dios, y ganar la corona del martirio. Sólo al confesor confió su designio, y lo ha ejecutado en las calles de Londres.

MORTIMER—(*Después de un momento de silencio.*) ¡Desdichada! ¡Suerte cruel e implacable la persigue! Ahora sí, ahora, fuerza es que mueras; tu ángel mismo apresura tu perdición.

OKELLY. ¿Decidme hacia dónde os fugáis? Yo voy a ocultarme en las selvas del Norte.

MORTIMER.—Partid, y que Dios proteja vuestra fuga. Yo me quedo; probaré aún si puedo libertarla, y si no, moriré sobre su féretro. (*Vanse en opuesta dirección.*)

ACTO IV

Una antecámara.

ESCENA PRIMERA

El conde de L'AUBESPINE. KENT. LEICESTER

L'AUBESPINE. ¿Cómo se encuentra Su Majestad?... ¡Héme aún desconcertado de espanto, milores! ¿Cómo ha ocurrido esto, en medio de un pueblo fiel?...

LEICESTER.—El asesino no pertenece a esta nación... es vasallo de vuestro rey... un francés...

L'AUBESPINE.—Un insensato, seguramente.

KENT. Un papista, conde L'Aubespine...

ESCENA II

Dichos. BURLEIGH (entra conversando con DAVISON).

BURLEIGH.—Que extiendan al instante la orden de la ejecución y tráiganla sellada; en cuanto esté pronta, la presentaremos a la firma de la Reina. Id; no hay tiempo que perder.

DAVISON. —Así lo haremos. (*Vase.*)

L'AUBESPINE.—(*Yendo al encuentro de BURLEIGH.*) Milord, con sinceridad tomo parte en el legítimo júbilo de la isla. ¡Bendigamos a Dios que quiso preservar la vida de la Reina, del puñal del asesino!

BURLEIGH.—Bendigámosle, sí, por haber confundido la maldad de los enemigos de Inglaterra.

L'AUBESPINE.—¡Castigue Dios al autor del infame atentado!

BURLEIGH: Al autor y a su indigno instigador.

L'AUBESPINE.—(*A KENT.*) Milord mariscal, ¿tendréis la bondad de introducirme en la cámara de la Reina, a fin de darle humildemente el parabién en nombre del Rey mi señor?

BURLEIGH.—No os molestéis, conde de l'Aubespine.

L'AUBESPINE.—(*Manifestando vivo celo.*) Conozco mis deberes, milord.

BURLEIGH.—Obraríais perfectamente abandonando esta isla.

L'AUBESPINE.—(*Retrocede sorprendido.*) ¡Cómo! ¿Qué significa esto?

BURLEIGH.—Vuestro carácter sagrado de embajador os protege hoy, Pero no es protegerá mañana.

L'AUBESPINE. ¿Y cuál es mi crimen?

BURLEIGH.—Si lo indico, ya no podrá ser perdonado.

L'AUBESPINE.—Espero, milord que el derecho de los embajadores...

BURLEIGH.—No excusa la alta traición.

LEICESTER.—KENT—¿De qué se trata, pues?

L'AUBESPINE.—No olvidéis, milord...

BURLEIGH.—Se ha hallado en los bolsillos del reo un pasaporte firmado de vuestro puño...

KENT—¿Es posible?

L'AUBESPINE.—Yo firmo muchos pasaportes, y no puedo leer en el corazón de cada cual...

BURLEIGH.—El reo se ha confesado en vuestro palacio...

L'AUBESPINE.—Mi palacio se halla abierto...

BURLEIGH.—A todos los enemigos de Inglaterra.

L'AUBESPINE.—Pido que se abra una información...

BURLEIGH.—Temed sus consecuencias.

L'AUBESPINE. Se ultraja a mi soberano en mi persona, y romperá la alianza que acaba de contraer.

BURLEIGH.—La Reina la ha roto por su parte. Nunca Inglaterra se unirá con Francia. Milord de Kent, vos os encargaréis de conducir en salvo al conde hasta el mar. El pueblo enfurecido invadió su palacio, y se ha hallado en él un arsenal completo de armas, de forma que amenaza con despedazarle, si sale en público; ponedle oculo hasta que se apacigüe la cólera del pueblo... Respondéis de su vida.

L'AUBESPINE.—Parto; abandono este reino donde se pisotean las derechos de los pueblos, y se burlan los tratados; pero mi señor tomará cruenta venganza...

BURLEIGH.—¡Que venga por ella! (*KENT y L'AUBESPINE se van.*)

ESCENA III

LEICESTER. BURLEIGH.

LEICESTER.—Así vos mismo rompéis los lazos que formó vuestro celo sin ajena excitación. Inglaterra no tendrá que agradeceros semejante paso, milord, y podáis ahorraros tal molestia.

BURLEIGH.—Mi intención fue laudable, pero Dios ha dispuesto las cosas de otro modo. ¡Feliz quien no ha de arrepentirse de mayor delito!

LEICESTER.—Se reconoce a Cecil por su tenebroso aspecto cuando sigue la pista a un crimen de Estado... He aquí, milord, una bella ocasión. Se ha cometido un atroz delito, cuyos autores envuelve el misterio, y van a ser perseguidos ante el tribunal. Allí se pesarán las miradas y las frases; hasta las intenciones. Heos convertido en el hombre importante por excelencia, en el Atlas del Estado, en cuyos hombros descansa Inglaterra entera.

BURLEIGH.—Reconozco en vos a mi maestro, milord. Mi elocuencia no alcanzó ciertamente, en ocasión alguna, victoria semejante a la que habéis obtenido...

LEICESTER—¿A qué os referís, milord?

BURLEIGH.—¿No fuisteis vos quien, a pesar mío, condujo a la Reina al castillo de Fotheringhay?

LEICESTER—¿A pesar vuestra?... ¿Cuándo temí obrar a las claras delante de vos?

BURLEIGH.—Llevasteis a la Reina a Fotheringhay; no, mal digo; la Reina fue quien se mostró asaz complaciente, acompañándoos a vos al castillo.

LEICESTER. ¿Qué queréis decir con esto, milord?

BURLEIGH.—¡Y qué noble papel habéis hecho representar a la Reina! ¡Qué glorioso triunfo habéis dispuesto para ella que se dejó dirigir por vos sin recelo alguno!... ¡Ah, bondadosa princesa!... ¡Y con qué desvergüenza se han mofado de ti! He aquí por qué sacasteis a relucir súbitamente en el Consejo la grandeza de alma y la dulzura, pintando a la Estuardo como débil y despreciable enemiga, tanto que no valía la pena de mancharse con su sangre. ¡Hábil plan diestramente concebido! Por desgracia, tan agudo era el dardo, que la punta se embotó.

LEICESTER.—¡Miserable!... Seguidme inmediatamente; vayamos a la presencia de la Reina, y me daréis allí satisfacción cumplida.

BURLEIGH.—Allí me encontraréis, y cuidado, milord, de que vuestra elocuencia no os abandone en aquel preciso instante. (*Vese.*)

ESCENA IV

LEICESTER. Luego MORTIMER.

LEICESTER.—Estoy descubierto: me han conocido. ¿Cómo este desdichado pudo dar con la pista? Si tiene pruebas soy perdido; si llegan a noticia de la Reina mis relaciones con María, pareceré delincuente a sus ojos, y se atribuirán mis consejos, mis desdichados esfuerzos para llevarla a Fotheringhay, a la más refinada astucia, a la traición... Ella se considerará vilmente burlada por mí y vendida por rival odiosa. ¡Oh, nunca, nunca ha de perdonármelo!... Todo ha de parecerle concertado con antipicación; hasta el sesgo desagradable que tomó la entrevista, y el triunfo de la rival, y su risa burlona. ¡La misma mano homicida que la suerte inesperada y terrible interpuso entre todo esto, yo la habré armado!... No veo salvación posible en parte alguna... ¡Ah! ¿quién llega?

MORTIMER.—(*Llega vivamente turbado y mirando en torno suyo.*) ¡Sois vos, conde Leicester!... ¿Estamos solos?

LEICESTER.—¡Desdichado!... salid... ¿Qué buscáis aquí?

MORTIMER.—Siguen nuestros pasos, los vuestros también... ¡Mucho cuidado!

LEICESTER.—Retiraos, retiraos.

MORTIMER.—Han averiguado que se celebró una reunión secreta en el palacio del conde L'Aubespine.

LEICESTER.—¿Qué me importa?

MORTIMER.—Que el autor del atentado concurrió a ella.

LEICESTER.—¡Esto es cuenta vuestra! ¿Cómo os atrevéis a entrometerme en vuestros crímenes?... ¡Defended vos mismo vuestras malas acciones!

MORTIMER.—¡Dignaos escucharme tan sólo!

LEICESTER.—(*Encolerizado.*) ¡Id al diablo! ¿Por qué os cogéis a mis talones como el espíritu malo? ¡Lejos de mí! Yo no os conozco; yo no tengo nada de común con los asesinos.

MORTIMER.—¿No queréis oírme?... Vengo para avisaros que también han descubierto vuestras gestiones.

LEICESTER.—¡Ah!

MORTIMER.—El gran tesorero se presentó en Fotheringhay, muy poco después del desgraciado suceso, y registrado minuciosamente el cuarto de la Reina, han encontrado...

LEICESTER. ¿Qué?...

MORTIMER.—Una carta de la Reina, empezada y dirigida a vos...

LEICESTER.—¡Desdichada!

MORTIMER.—En ella os intima el cumplimiento de vuestra palabra, renueva su promesa de matrimonio, y os recuerda el regalo del retrato...

LEICESTER.—¡Muerte y condenación!

MORTIMER.—¡Lord Burleigh posee la carta!

LEICESTER.—¡Estoy perdido! (*Se pasea arriba y abajo desesperado, mientras MORTIMER sigue hablándole.*)

MORTIMER.—Aprovechando la ocasión. Advertid a la Reina; salvadla y salvaos. Jurad que sois inocente; inventad algunas excusas; alejad la peor desgracia que ocurrir pudiera. Yo mismo ya no puedo nada, dispersos como están mis amigos y la conjuración disuelta. Mientras vuelo a Escocia en busca de nuevos auxiliares, a vos toca ahora probar cuánto puede vuestro renombre y osado talante.

LEICESTER.—(*Se detiene como herido de súbito pensamiento.*) Es lo que voy a hacer. (*Se dirige a la puerta, la abre y llama.*) Aquí, guardias. (*Al oficial que entra con algunos hombres armados.*) Prended a este reo de Estado y aseguradlo bien... Acaba de descubrirse un infame complot y voy en persona a anunciarlo a la Reina. (*Se va.*)

MORTIMER.—(*Estupefacto de sorpresa de pronto, se serena luego, y lanza a LEICESTER una mirada de profundo desprecio.*) ¡Ah! pícaro! ... ¡No importa! ... lo tengo merecido... ¿Quién me mandó fiarme de este miserable?... ¡Me pisotea... mi caída debe ser su salvación! ¡Sálvate, sí; no he de desplegar los labios... no quiero despeñarte conmigo; no quiero ligarme contigo ni aún para ir a la muerte!... ¡Si la vida es el bien de los malvados! (*Al oficial que se adelanta para cogerle.*)— ¿Qué quieres, vil esclavo de la tiranía?... Me río de ti; soy libre. (*Saca un puñal.*)

OFICIAL.—¡Armado! ... arracadle su puñal. (*Los soldados le rodean; él se defiende.*)

MORTIMER.—Por fin en mi postrer instante soy libre y hablaré con libertad. Sed malditos, aniquilados para siempre, vosotros los que hacéis traición a Dios y a vuestra legítima soberana, huyendo de María en este mundo como de la que está en el cielo, para venderos a una bastarda.

OFICIAL.—Oís ¡qué blasfemias!... cogedle..

MORTIMER.—¡Oh! ¡amada mía, no he podido libertarte, pero te doy un ejemplo de valor! ... ¡Divina María, ruega por mí, y llámame hacia ti en el cielo! (*Se da una puñalada y cae en brazos de los guardias.*)

ESCENA V

Una habitación de la Reina.

ISABEL, con una carta en la mano. BURLEIGH.

ISABEL.—¡Conducirme allí... ¡Burlarme de este modo... ¡Traidor! ... Llevarme con aire de triunfo a la presencia de su amada. ¡Oh! nunca, Burleigh, se vio burlada de ese modo mujer alguna.

BURLEIGH. Aún no he comprendido con qué autoridad, con qué medios logró sorprender la prudencia de mi soberana.

ISABEL.—¡Oh!.. ¡la vergüenza me mata! ¡Cómo se habrá reído de mi flaqueza! Pensé verla humillada, y fui víctima de sus ultrajes.

BURLEIGH.—¡Ahora reconoceréis la sinceridad de mis consejos.

ISABEL.—¡Ah! Cruel castigo me toca por no haberlos seguido; pero ¿cómo no creerle? ¿Cómo maliciar un lazo en los más tiernos juramentos de amor?... ¿De quién me fiaré si él me hace traición?... Él, a quien hice grande entre los grandes...; que siempre tuve junto a mi corazón... que autoricé a obrar en esta corte, como señor, como rey! ...

BURLEIGH.—Y al propio tiempo os engaña por una reina ilegítima.

ISABEL.—¡Ha de pagármela con su sangre... Decidme; ¿la sentencia está ya extendida?

BURLEIGH.—Está pronta, conforme ordenasteis.

ISABEL.—¡Fuerza es que muera! Véala él perecer, y perezca él después de ella. Le destierro de mi corazón... Cesó el amor que le tenía, y ocupa su lugar la venganza... Sea su caída, monumento de mi severidad... tan profunda y vergonzosa como grande fue la elevación. Que lo conduzcan a la Torre... le nombraré jueces para que le apliquen las leyes con todo su rigor...

BURLEIGH.—Va a comparecer delante de vos, con el intento de justificarse.

ISABEL. ¿Y cómo podrá, si esta carta le condena y su delito es claro como el día?

BURLEIGH.—Pero sois buena y clemente; su aspecto, el influjo de su presencia...

ISABEL.—No quiero verle; no, jamás, nunca más... ¡Habéis ordenado que lo despidan cuando venga?

BURLEIGH.—Está ordenado.

UN PAJE.—(*Entrando.*) Milord Leicester.

ISABEL.—¡El indigno! ... No quiero verle... Decidle que no quiero verle.

PAJE.—No me atrevo a decírselo... no me querrá creer.

ISABEL.—¡Tan alto le puse, que mis servidores le temen más que a mí!

BURLEIGH.—(*Al paje.*) La Reina le prohíbe pasar. (*El paje se retira perplejo.*)

ISABEL.—(*Pausa.*) Si no obstante lo ocurrido, fuere posible... si pudiese justificarse... Decidme; ¿será esto un lazo que me tienda María, para separarme de mi más fiel amigo?... ¡Oh! es mujer malvada y artera. Tal vez sólo escribió esta carta para infiltrar en mi corazón envenenada sospecha, y hundir en el infortunio al hombre que odia.

BURLEIGH.—Pero, señora.... observad...

ESCENA VI

Dichos. LEICESTER.

LEICESTER.—(*Abre la puerta con fuerza y entra con arrogancia.*) ¿Dónde está el impertinente que me prohíbe ver a la Reina?

ISABEL.—¡Ah! ¡temerario!

LEICESTER.—¿Cómo rechazarme! Cuando está visible para un Burleigh, también lo estará para mí.

BURLEIGH.—¿Osáis, milord, entrar aquí por fuerza, a pesar de la orden en contrario?

LEICESTER. ¿Y osáis vos, milord, tomar aquí la palabra?... ¡Qué me importa la orden en contrario! Nadie puede en esta corte, ni permitir, ni prohibir la entrada a lord Leicester. (*Acercándose con humildad a ISABEL.*) Quiero oír de los labios de mi soberana...

ISABEL.—(*Sin mirarle.*) ¡Salid de mi presencia, hombre indigno!

LEICESTER.—En tan duras frases, ni reconozco a mi bondadosa Reina, pero milord, mi enemigo... Apelo a mi Isabel; prestasteis oído a sus palabras y reclamo el mismo derecho.

ISABEL.—Hablad, infame... aumentad vuestro crimen negándolo.

LEICESTER.—Ordenad primero a este importuno que se retire... Salid, milord, porque debo hablar a la Reina sin testigos. Salid.

ISABEL.—(*A BURLEIGH.*) Quedaos; os lo mando.

LEICESTER. ¿Debe interponerse un tercero entre vos y yo?... Tengo que hablar a mi adorada Reina, y reclamo los derechos de mi condición, derechos sagrados que invoco para que milord se retire.

ISABEL.—¡En verdad que sienta bien en vuestros labios este altivo lenguaje!

LEICESTER.—Sí; este es el lenguaje que me corresponde; porque soy el feliz mortal a quien acordasteis el feliz privilegio de vuestro favor, con lo que me elevasteis por encima de milord, por encima de todos. Vuestro corazón me concedió tan gloriosa jerarquía, y cuanto debo al amor ¡vive el cielo! que sabré guardarlo a costa de mi vida... Que salga; me basta un instante para ser comprendido.

ISABEL.—En vano esperáis engañarme con habilidosas frases.

LEICESTER.—Un retórico como milord puede engañaros, pero yo me dirijo a vuestro corazón, y sólo ante él quiero justificar mis actos que me atreví a realizar confiando en vuestra indulgencia, único tribunal que yo reconozco.

ISABEL.—¡Insólente!... Esto es precisamente lo que os condena... Enseñadle la carta, milord.

BURLEIGH.—Hela aquí.

LEICESTER.—(*Mira la Carta sin perturbarse.*) Letra de lady Estuardo.

ISABEL.—Leed y humillaos.

LEICESTER.—(*Tranquilamente, desaués de haberla leído.*) Las apariencias deponen contra mí, pero me atrevo a esperar que no seré juzgado por las apariencias.

ISABEL.—¿Podréis negarme que habéis mantenido relaciones secretas con María Estuardo, y recibido su retrato? ¿Podréis negarme que prometisteis libertarla?

LEICESTER.—Si me sintiera culpable, fácil me sería recusar el testimonio de una enemiga, pero mi conciencia está tranquila y confiese que no ha escrito más que la verdad.

ISABEL.—¡Pues entonces, desdichado!

BURLEIGH.—Su propia boca le condena.

ISABEL.—¡Retiraos de mi vista, traidor! ... Que sea conducido a la Torre...

LEICESTER.—No soy traidor; mi yerro consiste en haberos callado mis gestiones, mas fue leal la intención; sólo he obrado así para penetrar a vuestra enemiga y perderla.

ISABEL.—¡Miserable efugio!

BURLEIGH.—¿Cómo, milord... ¡Creéis...

LEICESTER.—Me empeñé en un juego asaz peligroso, lo conozco, pero sólo el conde de Leicester en esta corte podía arriesgarse a cometer semejante acción. Todos saben cuánto detesto a María Estuardo. El lugar que ocupo y la confianza con que me honra la Reina, no permiten dudar de mi fidelidad. El hombre que habéis ennoblecido entre todos con vuestro favor, bien podía aventurarse por peligroso camino para cumplir sus deberes.

BURLEIGH.—Mas si vuestro designio era bueno, ¿por qué guardabais silencio?

LEICESTER.—Milord, vos tenéis por costumbre perorar antes de obrar; sois el pregonero de los propios actos; es vuestro sistema; el mío por el contrario, consiste en obrar primero y hablar después.

BURLEIGH.—Ahora habláis así porque os véis forzado a ello.

LEICESTER.—(*Le mira de arriba abajo con orgullo y menosprecio.*) Os envanecéis de haber dirigido grande y maravillosa empresa, de haber salvado a la Reina, de haber desenmascarado la traición. Todo lo sabéis; nada puede escapar a vuestra mirada penetrante. ¡Pobre fanfarrón! A despecho de tal sagacidad, María Estuardo sería hoy libre, si yo no lo hubiese impedido.

BURLEIGH.—¡Vos hubierais...

LEICESTER.—Yo, milord; la Reina fío en sir Mortimer y le franqueó su corazón, hasta el punto de darle una orden sangrienta contra María, en vista de que Pauleto rehusó con horror comisión semejante. Decid, ¿no es así? (*La Reina y BURLEIGH se miran sorprendidos.*)

BURLEIGH.—¿Cómo habéis llegado a saber?...

LEICESTER. ¿No es así? Pues bien, milord, ¿cómo con vuestra vigilancia no habéis conocido que el tal Mortimer os engañaba, que era un papista desaforado, instrumento de los Guisas, hechura de María Estuardo, fanático audaz y resuelto, venido a Londres para libertarla y degollar a la Reina?

ISABEL.—(Con la mayor sorpresa.) ¡Mortimer!

LEICESTER.—Por su conducto, María mantuvo relaciones conmigo y así aprendí a conocerle. María debía ser arrancada de su calabozo hoy mismo; Mortimer acaba de revelármelo. Mandé prenderle. Víctima de su desesperación al verse descubierto y fracasada la empresa, se ha suicidado.

ISABEL.—¡Oh... he sido torpemente engañada! ... ¡ese Mortimer!...

BURLEIGH. ¿Y esto ha ocurrido ahora, después de haber salido yo?

LEICESTER.—Por lo que a mí atañe, siento que así haya puesto fin a su existencia, porque si viviera, su testimonio me disculparía por completo. Por esto quería entregarle a la justicia; un juicio riguroso, formal, atestiguaría y consagraría mi inocencia a los ojos del mundo.

BURLEIGH. ¿Decís que se mató?... ¿él a sí mismo o vos a él?

LEICESTER.—¡Indigna sospecha... Puede interrogarse a los guardias a quienes lo entregué. (Se dirige a la puerta y llama; entra el oficial de Guardias.) Referid a Su Majestad lo ocurrido con Mortimer.

OFICIAL.—Estaba de guardia en la antecámara, cuando milord, abriendo súbitamente la puerta, me ha ordenado prender al caballero Mortimer, como reo de Estado. Le hemos visto entonces enfurecerse, sacar un puñal, vomitar imprecaciones contra la Reina, y antes de que pudiéramos detenerle, se ha partido el corazón de una puñalada y ha caído al suelo.

LEICESTER.—Pefectamente; podéis retiraros; la Reina está ya enterada.

ISABEL.—¡ Oh... qué abismo de horror!

LEICESTER.—Y ahora, decidme, ¿quién os ha salvado, señora? ¿Será lord Burleigh? ¿Conocía él los peligros que os rodeaban? ¿Ha sido él quien los ha conjurado?... Vuestro fiel Leicester fue vuestro ángel bueno.

BURLEIGH.—Conde, el tal Mortimer ha muerto en ocasión bien oportuna para vos.

ISABEL.—No sé qué deba decir. Os creo y no os creo a la vez; pienso que sois culpable y que no lo sois. ¡Odiosa mujer que me causa tantos tormentos!

LEICESTER.—Es preciso que muera. ¡Yo mismo, ahora, reclamo su muerte! Os aconsejé que no se ejecutara la sentencia, hasta que se armara otro brazo en defensa suya, y como esto ha sucedido ya, hay razón a mi juicio para pedir que se ejecute el fallo sin tardanza.

BURLEIGH. ¿Vos lo aconsejáis, vos?

LEICESTER.—Aunque me pesa llegar a tal extremo, me convenzo y reconozco ahora que la seguridad de la Reina exige tal sacrificio. Propongo, pues, que se dé inmediatamente la orden de la ejecución.

BURLEIGH.—(A la Reina.) Puesto que milord profesa con tal firmeza y sinceridad esta opinión, propongo que le sea confiada la ejecución de la sentencia.

LEICESTER. ¿A mí?

BURLEIGH.—A vos. El mejor modo de acallar las sospechas que pesan aún sobre vos; consiste en que vos mismo hagáis cortar la cabeza a la que os acusan de haber amado.

ISABEL.—(Mirando fijamente a LEICESTER.) El consejo de milord es bueno. Sea como dice y no se hable más.

LEICESTER.—El alto lugar que ocupó debiera eximirme de tan triste comisión que, bajo todos conceptos, convendría más a un Burleigh. Quien se halla tan próximo a la Reina, no debiera ser instrumento de desgracia.... Sin embargo, para mostráros mi celo, y satisfacer a mi soberana, abduco los fueros de mi dignidad y acepto tan odioso cargo.

ISABEL.—Lord Burleigh lo compartirá con vos. (A BURLEIGH.) Cuidad de que la orden esté preparada inmediatamente. (BURLEIGH se va. Grandes rumores fuera.)

ESCENA VII

Dichos. El conde de KENT.

ISABEL.— ¿Qué ¿Qué hay, milord Kent? ¿Por qué se amotina la ciudad?... ¿Qué pasa?

KENT.—Reina, el pueblo asedia el palacio, y demanda con insistencia permiso para veros.

ISABEL. ¿Qué me quiere mi pueblo?

KENT.—Cunde la consternación en Londres y se teme que vuestra vida se halla amenazada; que os rodean asesinatos enviados por el Papa, que los católicos se conjuran para arrancar por la fuerza a María de su calabozo y proclamarla reina. Esto cree el pueblo y está enfurecido. Sólo podría apaciguarse decapitando hoy mismo a María Estuardo.

ISABEL.—¿Cómo! ¿Quieren forzar mi voluntad?

KENT.—Están decididos a no retirarse antes de que hayáis firmado la sentencia.

ESCENA VIII

BURLEIGH y DAVISON con un papel en la mano. Dichos.

ISABEL.—¿Qué traéis, Davison?

DAVISON.—(*Acercándose gravemente.*) Reina, habéis ordenado.

ISABEL.—¿Qué es? (*Va a tomar el escrito, se estremece y retrocede.*) ¡Cielos!

BURLEIGH.—Obedecer a la voz del pueblo, es obedecer a la ley de Dios.

ISABEL.—(*Perpleja y en lucha consigo misma.*) ¡Oh! milord, ¿quién podrá asegurarme que suene fuera la voz de todo mi pueblo, la voz del mundo? ¡Ah! si accedo ahora a las súplicas de la multitud, temo oír mañana otra voz hartamente diversa. Cuantos me compelen con violencia a semejante acción, la censurarán vivamente cuando esté ejecutada.

ESCENA IX

Dichos. TALBOT.

TALBOT.—(*Entra vivamente agitado.*) Quieren obligaros a tomar una resolución precipitada, ¡ah, Reina! No os dejéis conmovier; mostrad firmeza. (*Advierte la presencia de DAVISON con la sentencia en la mano.*) ¿Se tomó ya?... ¿es cierto?... Observo en esta mano un aciago escrito. Retárdese al menos por este instante su presentación a la Reina.

ISABEL.—Noble Talbot, violentan mi voluntad.

TALBOT. ¿Y quién puede violentarla? Vos sois soberana, y trátase ahora de mostrar vuestro poder. Imponed silencio a las groseras voces que osan forzar la voluntad real y dirigir vuestro juicio. Ofuscado, atemorizado el pueblo; vos vivamente irritada, víctima de la humana flaqueza, no podéis pronunciar ahora la sentencia de muerte.

BURLEIGH.—Se pronunció tiempo ha; no se trata ya de la sentencia, sino de su ejecución.

KENT.—(*Volviendo.*) Crece el tumulto: ya no es posible contener al pueblo.

ISABEL.—(A TALBOT.) ¿Véis cómo me estrechan?

TALBOT.—Pido tan sólo un plazo. Este rasgo de pluma va a decidir del reposo y la dicha de vuestra vida entera. Después de haber reflexionado sobre él largos años, ¿un breve instante de conmoción será bastante a arrastraros a él? Concededme breve plazo. Recoged y aguardad un instante más sereno.

BURLEIGH.—(*Con viveza.*) Aguardad, vacilad, diferid la ejecución hasta que arda en llamas el reino, y vuestra enemiga haya ejecutado por fin el regicidio. Por tres veces Dios desvió el puñal; hoy ha rozado vuestro manto; aguardar todavía un nuevo milagro, es tentar, a la Providencia.

TALBOT.—El Dios que os protegió por milagro cuatro veces, y comunicó al débil brazo de un anciano la fuerza bastante para desarmar a un furioso, el Dios que tal hizo, merece que confiemos en él. No intento hacer oír la voz de la justicia, inoportuno fuera; ruge la tempestad y no sería escuchada. Pero atended a esta observación; teméis a María viva; muerta, decapitada, no viva debéis temerla. Diosa de discordia, genio vengador, saldrá de la tumba a recorrer el reino, y a arrebatáros el corazón de vuestros vasallos. Hoy la odia el inglés porque la teme; muerta, volará a vengarla. Ya no será para él la enemiga de sus creencias, sino la nieta de sus reyes, la víctima de la rivalidad y el odio. Bien pronto conoceréis este cambio. Recorred las calles de Londres después de la ejecución cruel, mostraos al pueblo que ayer se agolpaba en torno vuestro, ebrio de júbilo, y hallaréis otra Inglaterra, veréis otro pueblo. Ya no coronará vuestras sienas la sublime justicia con que inspirasteis universal, cariño. El miedo, horrible compañero de la tiranía, os precederá y despoblará las calles a vuestro paso. ¡Habréis cometido una acción irreparable! ¿Qué cabeza estará segura, cuando la cabeza sagrada de María ruede en el cadalso?

ISABEL.—¡Ay de mí, Talbot!... Hoy me salvasteis la vida, desviando de mi pecho el puñal asesino. ¿Por qué lo detuvisteis? Terminada la lucha, libre de dudas, pura sin mancha de delito, dormiría por fin tranquila en el sepulcro. Cedo en verdad a la fatiga del vivir y del gobernar. Si es fuerza que una de ambas reinas sucumba para que viva la otra, y hartamente comprendo que no puede ser de otro modo, ¿por qué no he de ser o quien ceda su lugar? Mi pueblo puede elegir; le devuelvo su soberanía. Dios es testigo que no he vivido para mí, sino por su bien; mas si espera de la seductora, de la joven reina María Estuardo días más venturosos, con gusto descenderé del trono, y volveré a la apacible soledad de Woodstock, donde se deslizó mi juventud modesta, donde lejos de las grandezas del mundo, hallaba en mí toda mi grandeza. No;

¡no he nacido para ser soberana! Un rey debe estar dotado de corazón entero, y el mio es débil. Goberné largo tiempo la isla con fortuna, porque sólo me tocaba sembrar beneficios; hoy, por primera vez; me veo obligada a un acto de rigor, y siento mi impotencia.

BURLEIGH.—¡Por el cielo!... Haría traición a mi patria, si al oír de los mismos labios de mi soberana semejantes frases, tan impropias de un rey, guardase silencio por más tiempo. Decís que amáis a vuestro pueblo más que a vos misma; probádnoslo, pues; no busquéis para vos el descanso, librándole a él a las revoluciones. Recordad el poder de la Iglesia. ¿Tornarán con María las antiguas supersticiones y el reinado de los frailes? ¿Vendrá el legado de Roma a cerrar nuestros templos, y a destronar a nuestros reyes?... Os declaro responsable de la salvación de vuestros vasallos; según el partido que toméis en este instante, se salvan o se pierden. No es este el momento de mostrar femenino misericordia; atender al bienestar del pueblo, es el deber primero de mi reina. Si Talbot os salvó la vida, yo pretendo hacer más, yo pretendo salvar a Inglaterra.

ISABEL.—Dejadme libre. En tan grave asunto no cabe pedir consuelo y dictamen a los hombres, sino al supremo juez a quien lo someto; haré lo que El me inspire. Salid, milores. (A DAVISON.) Quedaos junto a la puerta. *(Los lores se retiran. TALBOT permanece un instante delante de la Reina, contemplándola con expresivo ademán, y después se aleja lentamente dando muestras de profunda aflicción.)*

ESCENA X

ISABEL, Sola.

ISABEL.—¡Oh tiránica voluntad del pueblo! ¡Oh vergonzosa esclavitud! ¡Cuán fatigada me siento de adular a este ídolo, que desprecio íntimamente! ¡Cuándo me veré libre en mi trono!... ¡Verme forzada a respetar la Opinión, a mendigar las alabanzas de la muchedumbre, y a obrar conforme a los deseos de este populacho que sólo gusta de bufonadas! ¡Ah!... no es realmente soberano quien apetece los aplausos del mundo; reina, sí, quien no ha de sujetar sus actos a las sanciones de la opinión pública. Con el ejercicio constante de la justicia, detestando la arbitrariedad, yo misma até mis manos, y no puedo ejecutar mi primera e inevitable violencia; me condena mi propio ejemplo. Si hubiese ejercido la tiranía como la reina española que me precedió en el trono, pudiera hoy verter la sangre real sin exponerme a la reprobación de nadie, y sin embargo, no fui justa por propio impulso, mas rendida a la necesidad omnipotente, reina de los reyes. Rodeada de enemigos, sólo el favor del pueblo me sostiene en mi trono, que me disputan y se esfuerzan en arrebatarle todas las potencias de Europa. El Papa, irreconciliable, me fulmina su anatema; me hace traición la Francia con hipócritas muestras de fraternidad...; el español apareja contra mí sus escuadras, declarándome abiertamente la guerra, guerra de exterminio. Heme así débil mujer, en lucha con el mundo entero. Heme obligada a ocultar con grandes virtudes lo incierto de mis derechos; la mancha con que mi padre me afrentó en la cuna. ¡Inútiles esfuerzos! El odio de mis adversarios los burla, y presenta a mis ojos a la Estuardo como eterno fantasma amenazante... ¡Ah! no; fuerza es ya que cesen mis temores, que ruede su cabeza; quiero disfrutar de paz. ¡Furia de mi existencia, genio del mal, arrojado contra mí por la mano del destino! donde quiera que germina una esperanza para mí, donde quiera que se me ofrece una alegría, se hiergue de súbito a mi paso esta víbora infernal; me arrebató a mi amante, me priva de mi esposo; todo dolor que viene a herir mi corazón, lleva el nombre de María Estuardo... Borrémosla de la lista de los vivos, y héteme libre, como el aire en la montaña. *(Breve pausa.)* ¡Con qué ironía me miraba! ... ¡como si esperara aterrarme con la vista!... ¡Infeliz!... Poseo armas mejores..., mortíferas... ¡eres muerta! *(Se dirige con rapidez a la mesa, y coge la pluma.)*... ¡Que soy bastarda! ¡Desdichada! ¡si lo soy porque vives tú, porque tú respiras; si toda duda sobre mi real estirpe será aniquilada, cuando te haya aniquilado a ti!... Seré para el inglés, fruto de legítimo matrimonio, desde el instante en que no quepa otra elección. *(Firma con mano rápida y segura; después deja caer la pluma y retrocede con ademán de terror. Pausa. Toca la campanilla.)*

ESCENA XI

ISABEL. DAVISON.

ISABEL.¿Dónde están los otros lores?

DAVISON.—Han salido a calmar el motín, que se ha apaciguado realmente con sólo presentarse el conde de Shrewsbury. “Es él, es él... han gritado cien personas a la vez; él salvó a la Reina de Inglaterra; escuchadle; es el hombre más digno de Inglaterra.” Entonces el noble Talbot ha comenzado a echarles en

cara con suaves palabras sus tentativas de violencia, y como hablase con enérgico y persuasivo lenguaje, se ha calmado la gente, y ha desocupado tranquilamente la plaza.

ISABEL.—¡Ah!... ¡voluble pueblo que cede al menor soplo!... ¡Desdichado de aquel que se apoya en esta caña!... Está bien, Davison, Podéis retiraros. (DAVISON *va a retirarse.*) ¿Y este escrito? tomadle de nuevo; lo confío a vuestras manos.

DAVISON.—(*Mira con espanto el Papel.*) —¡Reina!... ¡vuestra firma!... ¿habéis decidido ya?

ISABEL.—Debía firmar y lo hice. Una hoja de papel nada decide todavía; una firma no mata.

DAVISON.—Vuestro nombre, señora, al pie de este escrito lo decide todo; mata, es dardo veloz, es un rayo. Este escrito ordena a los comisarios, a los ejecutores; que vayan inmediatamente al castillo de Fotheringhay, y lean a la Reina de Escocia la sentencia de muerte, y la conduzcan al suplicio mañana con el alba. En él no se consigna demora alguna, y en cuanto entregue el papel, ella dejará de existir.

ISABEL.—Así es, Davison. Dios depone en vuestras manos grave e importantísimo asunto: rogadle que os ilumine. Os dejo, y os abandono a vuestro deber. (*Hace que se va.*)

DAVISON.—(*Cortándole el paso.*) Señora; no me abandonéis antes de haberme manifestado vuestra voluntad... ¿Acaso necesito otro dictamen que el de ejecutar literalmente las órdenes de mi Reina?... Me entregáis ésta; ¿será para que la haga ejecutar inmediatamente?

ISABEL.—Obraréis según os aconseje la prudencia.

DAVISON.—(*Con espanto.*) No según mi prudencia... ¡Dios me libre de ello! En el obedecer consiste toda mi prudencia, y vuestro servidor nada tiene que decidir en este caso; la más leve equivocación sería un regicidio, una desgracia terrible, irreparable. Permitidme pues, que en tan grave asunto, me limite a ser ciego instrumento, sin voluntad propia. Decidme claro vuestro propósito: ¿qué uso debo hacer de esta orden terrible?

ISABEL.—Su nombre lo indica.

DAVISON.—Queréis por tanto, que se ejecute inmediatamente.

ISABEL.—(Vacilando.) Yo no digo eso; tiemblo sólo de pensarlo.

DAVISON. ¿Querréis, pues, que la guarde todavía?

ISABEL.—(*Con viveza.*) A vuestro riesgo. Sois responsable de las consecuencias...

DAVISON.—¿Yo? ¡Dios mío! Hablad, señora, ¿qué queréis?

ISABEL.—(*Con impaciencia.*)... No quiero ocuparme más en este desdichado asunto, y de ahora para siempre, que me dejen tranquila.

DAVISON.—Os bastará una sola palabra. ¡Oh! hablad, decidid, ¿qué debo hacer del escrito?

ISABEL.—Ya os lo dije; no me molestéis más.

DAVISON. ¿Me lo habéis dicho?... No; nada me habéis dicho... ¡Oh! Dignaos recordar...

ISABEL.—(*Dando con el pie en el suelo.*) ¡Es insoportable!

DAVISON.—Sed indulgente conmigo. Hace pocos meses que desempeño el cargo y no conozco el lenguaje de la corte y de los reyes. Fui educado franca y sencillamente. Ejercitad conmigo vuestra paciencia, y no me rehuséis la palabra que debe informarme... dignaos enseñar a vuestro servidor sus deberes. (*Se acerca a ella con suplicante ademán, y ella le vuelve la espalda; DAVISON manifiesta su desesperación y añade con acento firme.*) Tomad este papel, que quema mis manos como fuego voraz. No me elijáis para serviros en tan terrible contingencia.

ISABEL.—Cumplid con vuestro deber. (Vase.)

ESCENA XII

DAVISON, solo. Luego BURLEIGH.

DAVISON.—¡Se va y me deja sin consejo y lleno de dudas, armado de este terrible papel! ¿Qué voy a hacer? ¿Guardarlo? ¿Entregarlo? (A BURLEIGH *que entra.*) ¡Ah! por dicha, por dicha heos aquí, milord; a vos debo el puesto que ocupo; sacadme de él. Lo acepté ignorante de mis obligaciones. Dejadme volver a la oscuridad de donde me sacasteis, porque el cargo no me conviene.

BURLEIGH. ¿Qué ocurre, pues, sir Davison? Serenaos. ¿Dónde está la sentencia?... ¿os ha mandado llamar la Reina?

DAVISON.—Acaba de dejarme encolerizada. ¡Oh! ... aconsejarme, auxiliadme, libértadme de la infernal angustia de la duda... He aquí la sentencia; está firmada.

BURLEIGH.—(*Con viveza.*) ¿Está firmada?... ¡Oh!... dadme... dadme.

DAVISON.—No me atrevo.

BURLEIGH.—¡Cómo!

DAVISON.—La Reina no me ha explicado claramente su voluntad.

BURLEIGH.—¡Claramente! ... ¡Si ha firmado! ... dadme.

DAVISON.—¿Debo o no debo proceder a la ejecución?... ¡Dios mío! ¿Sé por ventura lo que se ha de hacer?

BURLEIGH.—(*Instándole.*) Debéis mandar que se ejecute la orden inmediatamente. Dadme; estáis perdido, si, lo diferís.

DAVISON.—Perdido; si me apresuro...

BURLEIGH.—Estáis loco... no estáis en vos... Dadme. (*Arranca de sus manos el papel, y vase corriendo.*)

DAVISON.—(*Siguiéndole.*) ... ¿Qué hacéis? Aguardad... Me perdéis...

ACTO V

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

ANA KENNEDY, vestida de riguroso luto, llorosa y profundamente agitada, se ocupa en sellar algunas cartas y papeles. Con frecuencia el dolor la obliga a interrumpir su tarea y se pone a rezar. PAULETO y DRURY, vestidos también de negro, se adelantan seguidos de algunos criados que traen vasos de oro y de plata, cuadros y otros efectos preciosos, y van colocándolos en el fondo de la escena. PAULETO entrega a la nodriza un cofrecillo y un papel, y le indica por señas que es la lista de los objetos traídos. La vista de tales riquezas renueva el dolor de la nodriza. Los demás se alejan en silencio. Entra MELVIL.

ANA.—(*Exclama al verla.*) Melvil, sois vos; vuelvo a veros.

MELVIL.—Sí, querida Kennedy, volvemos a vemos.

ANA.—Tras larga y dolorosa separación.

MELVIL.—¡En qué triste y deplorable ocasión nos reunimos!

ANA.—¡Dios mío!... venís...

MELVIL.—A dar el último adiós a la Reina.

ANA.—Por fin, hoy, en el día de su muerte, le han concedido el favor de ver de nuevo a sus servidores. ¡Oh, caro Melvil! ... ¡No os pregunto qué habéis pasado, ni he de deciros tampoco cuánto hemos sufrido desde que os separaron de nosotras! ¡Ay de mí! ¡Ya llegará el momento!... ¡Oh, Melvil... Melvil!... ¿valía la pena de vivir para ver la aurora de este día?

MELVIL. No nos enternezcamos mutuamente. Lloraré cuanto dure mi vida..., ni he de sonreír nunca más, ni he de quitarme este luto; será eterno mi dolor, pero hoy quiero tener firmeza. Prometedme que moderaréis también el vuestro, y mientras los demás se entregarán sin consuelo a la desesperación, nosotros con noble y varonil presencia de ánimo la acompañaremos y prestaremos apoyo en el camino de la muerte.

ANA.—Os engañáis, Melvil, si pensáis que la Reina necesita nuestro auxilio para dirigirse a la muerte con entereza. Ella será quien nos dé ejemplo de noble serenidad. Nada temáis; María Estuardo va a morir como reina y como heroína.

MELVIL. ¿Recibió con serenidad el anuncio de su muerte? Han dicho que no lo esperaba.

ANA.—No; no lo esperaba. Otros eran los temores que la conmovían. María no temblaba a la idea de la ejecución, sino al aspecto de su libertador. Nos habían prometido la libertad. Mortimer nos anunció que esta misma noche vendría a arrancarnos de aquí, y vacilando entre el temor y la esperanza, dudosa de si confiaría a aquel joven audaz su honor y su real persona, así ha aguardado la Reina hasta el alba. Entonces ha resonado el tumulto en el castillo, y hemos oído con espanto repetidos martillazos. Creídas de que llegaban los libertadores, sonreímos a la esperanza, y el irresistible amor a la vida se apodera de nosotras... la puerta se abre... y sin Pauleto nos anuncia que los artesanos levantan el patíbulo bajo nuestros pies. (*Vuelve el rostro poseída de violenta pena.*)

MELVIL.—¡Justo Dios!... ¡Oh!... decidme, ¿cómo ha soportado María tan terrible decepción?

ANA.—(*Después de una breve pausa, durante la cual se ha esforzado en serenarse.*) No nos desprendemos de los brazos de la vida poco a poco; de una sola vez, y en un instante, pasamos de lo terreno a lo eterno: Dios concedió en tal instante a mi señora la fuerza necesaria para rechazar con ánimo resuelto las esperanzas de la tierra, y lanzarse con fe ardiente hacia el cielo. No se ha rebajado con la menor queja, con el menor signo de terror. Sólo ha llorado al saber la vergonzosa traición de lord Leicester, y la desdichada suerte del valeroso joven que se sacrificó por ella, viendo sobre todo el profundo pesar del anciano caballero a quien arrebató la última esperanza. Por el dolor ajeno, no por la propia suerte, ha llorado.

MELVIL.—¿Dónde está ahora?... ¿Podéis conducirme junto a ella?

ANA.—Ha pasado el resto de la noche rezando, despidiéndose por cartas de sus amigos, y redactando su testamento de propio puño. Ahora descansa; este último sueño la reanimará.

MELVIL.—¿Quién está con ella?

ANA.—Su médico Burgoyn y sus camareras.

ESCENA II

Dichos MARGARITA KURL.

ANA.—¿Qué traéis? ¿Está la señora despierta?

MARGARITA.—(*Enjugando sus lágrimas.*) Está ya vestida y os llama.

ANA.—Voy. (*A MELVIL que intenta acompañarla.*) No me sigáis; primero quiero prepararla para recibirlos. (*Vase.*)

MARGARITA.—¡Melvil! ... el antiguo mayordomo de la casa.

MELVIL.—Sí; yo soy.

MARGARITA.—La casa no necesita Ya quien la gobierne... Sin duda llegáis de Londres, Melvil; ¿podrías darme noticias de mi marido?

MELVIL.—Pronto será puesto en libertad, según dicen, en cuanto...

MARGARITA.—En cuanto la Reina deje de existir... ¡Ah!... el indigno... el infame traidor; él es el verdadero asesino de nuestra ama; dicen que la condenaron de resultas de su declaración.

MELVIL.—¡Verdad!

MARGARITA.—¡Ah! ¡Maldita sea su alma hasta en los infiernos!... Ha declarado en falso.

MELVIL.—Milady Kurl, pensad lo que decís.

MARGARITA.—Sí; quiero jurarlo ante el tribunal, quiero repetírselo a él mismo; quiero decirlo al mundo entero; María muere inocente.

MELVIL.—¡Oh! ¡Dios lo quiera!

ESCENA III

Dichos. BURGOYN. Luego ANA.

BURGOYN.—(*Viendo a MELVIL.*) ¡Oh! Melvil.

MELVIL.—(*Abrazándole.*) ¡Burgoyn!

BURGOYN.—(*A MARGARITA.*) Un vaso de vino para la Reina... ¡pronto! (*MARGARITA se va.*)

MELVIL.—Qué, ¿no se siente bien?

BURGOYN.—No, al contrario muy fuerte; la engaña su heroico valor y cree que no necesita alimento. Y sin embargo, se le prepara todavía rudo combate, y no convendría que sus enemigos atribuyeran al temor de morir, la palidez que extenderá sobre el semblante la debilidad del cuerpo.

MELVIL.—(*A ANA que entra de nuevo en escena.*) ¿No desea verme?

ANA.—Ella misma saldrá aquí. Parece que miráis en torno con sorpresa y me preguntáis con la mirada qué significa este aparato de pompa en la mansión de la muerte. ¡Oh! sir Melvil; hemos sufrido privaciones en vida, y ahora llega con la muerte lo superfluo.

ESCENA IV

Dichos. Otras dos SIRVIENTAS de MARÍA, de luto; prorrumpen en llanto a la vista de MELVIL.

MELVIL.—¿Qué espectáculo!... ¿Qué reunión! ¡Gertrudis! ¡Rosa munda!

LA 2.^a SIRVIENTA.—Ha mandado que nos retiráramos. Quiere departir con Dios por última vez. (*Otras dos mujeres entran, vestidas también de luto, y dan muestras de dolor.*)

ESCENA V

Dichos. MARGARITA KURL, trayendo una copa de oro llena de vino, la pone sobre una mesa, y pálida y temblando se apoya en un sillón.

MELVIL.—¿Qué tenéis?... ¿Por qué este terror?

MARGARITA.—¡Ah! ¡Dios mío!

BURGOYN.—¿Qué tenéis?

MARGARITA.—¡Lo que acabo de ver!... ¡Dios mío!

MELVIL.—Volved en vos... decidnos... ¿qué?

MARGARITA.—Subía con esta copa la gran escalera que conduce a la sala de abajo, cuando se ha abierto la puerta... y he visto... he visto... ¡Dios mío!

MELVIL.—¿Qué habéis visto?... Serenaos.

MARGARITA.—Los muros revestidos de negro; un tablado sobre el pavimento y cubierto también de negro; el pilón negro, un almohadón, y junto a él el hacha recientemente afilada. La sala está llena de gente que se agolpa junto a estos instrumentos de muerte, y que ávida de sangre, aguarda a la víctima.

LAS MUJERES.—Dios se apiade de nuestra querida ama.

MELVIL.—Serenaos; ella se acerca.

ESCENA VI

Dichos. MARÍA, vestida de blanco y engalanada con un *Agnus Dei* a guisa de collar; el rosario colgando de la cintura, y un crucifijo en la mano; ciñe su frente, una corona y flota a su espalda largo velo negro.

Apenas se adelanta, los criados se ponen en fila a ambos lados, y MELVIL cae involuntariamente de hinojos. Todos dan muestras de dolor.

MARÍA.—(*Con serena dignidad y mirando en torno suyo.*) ¿Por qué gemir?... ¿Por qué llorar? ¡Deberais alegraros conmigo de ver llegado el término de mis dolores, caídas mis cadenas, abierto mi calabozo, y gozosa el alma pronta a lanzarse con alas de ángel hacia la eterna libertad! ¡Sólo cuando gemía bajo el poder de mi enemiga orgullosa, y soportaba los indignos ultrajes que me infirió una reina, sólo entonces era tiempo de llorar por mí! Pero hoy, la bienhechora muerte se acerca como grave amigo, y cubre mi vergüenza con sus negras alas. El último instante de su vida, redime y ennoblece al hombre. Nueva vez me siento reina; nueva vez me siento digna. (*Adelanta algunos Pasos.*) ¡Cómo!... ¿Aquí Melvil? No permanecéis así, caballero; alzad; sois venido a presenciar el triunfo de vuestra reina, y no su muerte. Es para mí dicha inesperada que mi memoria no pertenezca aún por entero a los enemigos, y me asista en la hora de la muerte un amigo que profesa mis creencias. Decidme, noble caballero, ¿qué os ocurrió en esta tierra enemiga e inhospitalaria, desde el día en que os arrancaron de mi lado?... ¡Cuántas veces afligió mi corazón la inquietud que sentía por vuestra suerte!

MELVIL.—No probé otro dolor que el de veros en semejante estado sin poder serviros.

MARÍA. ¿Qué ha sido de Didier, mi anciano servidor? Duerme sin duda de mucho tiempo acá el eterno sueño, porque era de edad muy avanzada.

MELVIL.—Dios no le acordó tal gracia; vive para enterrar vuestra juventud.

MARÍA.—¡Ah! ¡Que no pueda, antes de morir, estrechar entre mis brazos uno de los queridos seres de mi familia! Pero está escrito que muera entre extraños y vea tan sólo lágrimas en torno mío. —Melvil depongo en vuestro corazón fiel, mis últimos votos por los míos. Bendigo al rey cristianísimo, mi cuñado, y a la real familia de Francia; bendigo a mi tío el cardenal, y a Enrique de Guisa, mi noble primo; bendigo al Papa, el sagrado vicario de Jesucristo, que me bendice a su vez, y al Rey Católico que se ofreció generosamente para salvarme y vengarme. Todos figuran en mi testamento y recibirán algunos dones de mi cariño, que por pobres que sean, no despreciarán seguramente. (*Se dirige a sus servidores.*) Os he recomendado a mi hermano el rey de Francia; cuidará de vosotros, y os dará una nueva patria. Si queréis respetar mi último deseo, no os quedéis en Inglaterra; no le sea dado al inglés apacentar su orgullo con vuestro infortunio, ni ver en el fango a los que me sirvieron en vida. Sobre esta imagen del Crucificado, prometedme que abandonaréis esta desdichada isla en cuanto deje de existir.

MELVIL.—(*Tocando el crucifijo.*) Os lo juro en nombre de los presentes.

MARÍA.—Lo último que poseía yo, pobre y despojada de todo, lo último de que puedo disponer libremente, lo he repartido entre vosotros, y espero que será respetada mi última voluntad. Cuanto llevo, dirigiéndome al suplicio, os pertenece también. Permitidme que me adorne por última vez con las galas de la tierra, al emprender el camino del cielo. (*A sus mujeres.*) Alicia, Gertrudis, Rosamunda, os destino mis perlas, mis vestidos, porque las alhajas placen aún a vuestra juventud. Tú, Margarita, tú tienes más que otra alguna derecho a mi generosidad, porque eres la que dejo en la mayor desgracia. Por mi testamento se verá que no quise vengar en ti el crimen de tu esposo. A ti, fiel Ana, a quien no pueden seducir ya ni el oro, ni el brillo de las joyas, a ti dedico mi recuerdo, que será tu más precioso tesoro. Toma este pañuelo; lo he bordado para ti en las horas de dolor, y está empapado en mis ardientes lágrimas. Con él me vendarás los ojos cuando llegue el instante: quiero recibir de mi Ana este último servicio.

ANA.—¡Ah, Melvil, no puedo soportar esto!

MARÍA.—Venid todos, venid y recibid mi último adiós (*Les tiende la mano; todos caen a sus plantas sollozando.*) Adiós, Margarita; adiós, Alicia. Os doy las gracias, Burgoyne, por vuestros servicios. Gertrudis, tus labios queman. ¡Ah, he sido muy odiada, pero también muy amada! Que un noble esposo te haga feliz,, Gertrudis mía, porque tu corazón ardiente necesita amor. Berta, tú elegiste el mejor partido; ¡serás la casta esposa del cielo! ... Apresúrate a cumplir tus votos; ya veis, por vuestra Reina, ¡cuán engañosos los bienes de este mundo!... Basta, no más, adiós... adiós; adiós para siempre. (*Se aparta de ellos rápidamente; todos se retiran a excepción de MELVIL.*)

ESCENA VII ²

MARÍA. MELVIL.

MARÍA.—He arreglado ya todas las cosas terrenas, y espero salir de este mundo libre de deudas para con los hombres. Sólo una cosa, Melvil, oprime mi alma, y la impide volar con júbilo y libertad.

² Esta escena ha sido considerada inconveniente e irrepresentable por todos los comentadores de Schiller. Atenúa además el efecto de las anteriores, y es absolutamente superflua, exceptuando el pasaje en que María se declara inocente del crimen que le imputaron. Dada la solemnidad del acto, esta declaración acaba de realzarla del todo y hace más conmovedora su muerte. Por lo demás, como en el libro no tiene los mismos inconvenientes que en el teatro, no hemos creído necesario, suprimirla.

MELVIL.—Decídmela; aliviad vuestro corazón, confiando tales inquietudes a un fiel amigo.

MARÍA.—Vedme al borde de la eternidad, pronta a comparecer ante el juez supremo, y no me he reconciliado todavía con el Santo entre los santos. Me han negado la asistencia de un sacerdote de mi Iglesia, y yo no quiero recibir el pan del cielo de manos de un falso presbítero. Quiero morir en el seno de mi Iglesia, la única que puede darnos la salvación.

MELVIL.—Serenaos, señora; el cielo tiene en cuenta tan piadosos y sinceros deseos, aun cuando no puedan realizarse. El poder de la tiranía sólo ata las manos, mas el alma religiosa se lanza libremente hacia Dios; la letra mata, el espíritu vivifica.

MARÍA.—¡Ah! Melvil; el corazón no se basta a sí mismo; la fe reclama una prenda material para tomar posesión de los bienes del cielo. Por esto, Dios se hizo hombre, y dio forma visible en el misterio a los invisibles dones celestiales. La Iglesia, la santa y sublime iglesia establece el lazo de unión entre el cielo y nosotros, y es llamada católica y universal porque en ella la creencia de todos fortifica la creencia de cada uno. Cuando millares de fieles adoran y rezan, la llama se eleva de la hoguera, y el alma, desplegando sus alas, vuela al cielo. ¡Oh!... ¡Felices los que se congregan para rogar en común en la casa del Señor!... Ornado al altar, resplandeciente de luces, suena la campana, se esparce el incienso; el celebrante, revestido de su inmaculada túnica, toma el cáliz, lo bendice, proclama el sublime milagro de la transubstanciación, y el pueblo; persuadido y fervoroso, se prosterna ante un Dios presente. ¡Ay de mí! Sólo yo, excluida de esta comunidad, no veo llegar hasta mi calabozo la bendición del cielo!

MELVIL.—Llega, sí, hasta vos; está cerca de vos. Confiad en el Todopoderoso. Florece la seca vara en manos del creyente, y Dios, que hizo brotar agua de las peñas, puede preparar un altar en vuestro calabozo y convertir en celestial bebida el común brebaje que contiene esta copa. (*Toma la copa de encima de la mesa.*)

MARÍA.—Melvil, ¿os habré comprendido? Sí; os comprendo. No hay aquí sacerdote, ni sagrada mesa, ni este es templo, pero Jesús ha dicho: “Cuando dos se reúnan en mi nombre, me hallaré entre ellos.” ¿Qué hace del sacerdote el órgano del Señor, si no es la pureza del corazón y la intachable conducta?... Así, aunque no fuisteis ordenado, sois para mí un sacerdote, mensajero de Dios que viene a traerme la paz. Quiero confesarme con vos, por última vez, y recibir la absolución por vuestra mano.

MELVIL.—Si tan grande es vuestro fervor, ¡oh! Reina, sabed que Dios puede hacer un milagro para daros consuelo. Decís que no hay aquí ni sacerdote, ni altar, ni hostia; pues os engaños; hay aquí un sacerdote, y el cuerpo de Jesucristo. (*A estas palabras se descubre y nuestra una hostia en una cajita de oro.*) He sido ordenado para oír vuestra última confesión, y anunciaros la paz en el camino de la muerte, y traer os esta hostia consagrada por el mismo Padre Santo.

MARÍA.—Así me fue reservada en el dintel de la muerte una dicha divina. Como ser inmortal descendido en nube de oro, como el ángel que abriendo las cerradas puertas libertó al apóstol de sus cadenas y de su prisión, sin que espadas ni cerrojos lo impidieran, así viene a sorprenderme en mi cárcel divino mensajero, cuando me engañaron mis libertadores de la tierra. Vos que fuisteis un día mi servidor, sed ahora servidor e instrumento del Altísimo; si ayer hincasteis ante mí la rodilla, hoy me inclino yo a vuestra presencia. (*Cae de hinojos a los pies de MELVIL.*)

MELVIL.—(Después de haber hecho la señal de la cruz.) En nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Reina María, ¿interrogasteis vuestro corazón? ¿juráis y prometéis decir verdad ante el Dios de la verdad?

MARÍA.—Mi corazón está abierto para vos y para Él.

MELVIL.—Hablad; ¿de qué pecados os acusa la conciencia desde la última vez que os reconciaisteis con Dios?

MARÍA.—Mi corazón se ha henchido de odio y de envidia, y en mi seno se agitaban pensamientos de venganza. Yo, humilde pecadora, esperé el perdón de Dios, y no podía perdonar a mi rival.

MELVIL. ¿Os arrepentís de vuestra falta, y estáis gravemente resuelta a dejar el mundo sin rencores

MARÍA.—Sí; tan cierto como que espero el perdón de Dios.

MELVIL. ¿De qué otro pecado os acusa la conciencia?

MARÍA.—¡Ah! no sólo con el odio, sino también con amor culpable ofendí la divina bondad. Mi vano corazón fue arrebatado hacia un hombre que me hizo traición y me abandonó.

MELVIL.—¿Os arrepentís de esta falta, y alejose el alma de este vano ídolo para retornar a Dios?

MARÍA.—He debido combatir cruelmente mi pasión, pero el último vínculo terreno se ha roto ya.

MELVIL. ¿De qué más os acusa la conciencia?

MARÍA.—¡Ah!... Un sangriento crimen, confesado mucho tiempo ha, vuelve a atormentarme con nueva fuerza y nuevos terrores en este momento, y se interpone como siniestro fantasma entre el cielo y yo. Permití que degollaran a mi esposo, y concedí mi mano al asesino. Expié mi crimen con los más rigurosos castigos que la Iglesia impone, pero la serpiente que se agita en mi seno, no se adormece.

MELVIL. ¿No os acusáis de alguna otra falta todavía no Confesada, ni expiada?

MARÍA.—Sabéis cuanto grava mi conciencia.

MELVIL.—Pensad en el Dios omnipotente que se halla junto a vos, Pensad en el castigo con que la Iglesia amenaza a los que se confiesan mal. Falta es ésta que merece la condenación eterna, porque es pecar contra el Espíritu Santo.

MARÍA.—Niégume Dios la victoria en este último combate, si de intento callé la menor cosa.

MELVIL.—¿Cómo!... ¿ocultareis a vuestro Dios el crimen por el cual os castigan los hombres?... ¿Nada me decís de la parte que tomasteis en la alta traición de Babington y de Parry? Sufrió por ella la muerte temporal, ¿y querréis condenar también a la muerte eterna?

MARÍA.—Me hallo pronta a entrar en la eternidad; tras breve instante compareceré ante mi Juez; y sin embargo, repito que mi confesión es completa.

MELVIL.—Pensadlo bien; reflexionad que el corazón nos engaña, y quizá, deseando interiormente el crimen, evitasteis, con artificiosa doblez, la palabra que debía haceros culpable a vuestros ojos... pensad que ningún artificio escapa a la mirada de fuego de Aquél que lee en vuestra alma.

MARÍA.—Rogué a los príncipes que me libertaran de indignas cadenas, pero jamás, ni de obra, ni con el pensamiento, atenté a la vida de mi enemiga.

MELVIL. ¿Así será falso el testimonio de vuestros secretarios?

MARÍA.—Declaro la verdad... júzuelos Dios por su testimonio.

MELVIL.—¿Así, subís al patíbulo persuadida de vuestra inocencia?

MARÍA.—Dios me concede la gracia de expiar con mi inmerecida muerte las sangrientas faltas que cometí.

MELVIL.—(*Bendiciéndola.*) Id; expiadlas muriendo. Resignada víctima, caed sobre el ara. Sangriento castigo puede redimir de sangriento crimen. Fuisteis sólo culpable, cediendo a femenil flaqueza, y los bienaventurados se despojan de ellas con la transfiguración. Os absuelvo pues, en virtud de mis poderes, de todos vuestros pecados, y sea como creisteis. (*Le administra la sagrada forma.*) Recibid el cuerpo sacrificado por vos. (*Toma el cáliz, lo consagra en silencio, y después lo ofrece a MARÍA, quien vacila y lo rechaza.*) Bebed esta sangre vertida por vos, bebedla; el Papa os concede esta gracia; podéis en el supremo instante gozar de este sublime privilegio de los reyes. (*MARÍA toma el cáliz.*) Del modo que en vuestros padecimientos terrenos vivisteis misteriosamente unida a Dios, así en el reino de la bienaventuranza seréis ángel de luz, unido para siempre al Altísimo. (*Coloca el cáliz encima de la mesa. Rumores fuera. Se cubre y se dirige a la puerta. MARÍA permanece arrodillada con profundo recogimiento.*) Debéis sostener todavía último y rudo combate. ¿Os sentís con bastante fortaleza para doninar toda emoción de odio y de cólera?

MARÍA.—No temo reincidencia alguna; sacrificué a mi Dios mi amor y mi odio.

MELVIL.—Preparaos, pues, a recibir a los lores Burleigh y Leicester Ya están aquí.

ESCENA VIII

Dichos. BURLEIGH. LEICESTER. PAULETO. LEICESTER permanece retirado sin levantar los ojos.

BURLEIGH, que observa su actitud, se adelanta entre él y la Reina.

BURLEIGH.—Lady Estuardo, vengo a recibir vuestras últimas órdenes.

MARÍA.—Gracias, milord.

BURLEIGH.—La Reina quiere que nada se os rehuse en justicia.

MARÍA.—Mi testamento encierra mis últimos deseos. Lo entregué al caballero Pauleto; pido que sea ejecutado con toda fidelidad.

PAULETO.—Descuidad por lo que a eso atañe.

MARÍA. Pido que se permita a mis criados retirarse con libertad a Escocia, o Francia, o donde ellos quieran.

BURLEIGH.—Se hará como lo deseáis.

MARÍA.—Y puesto que mi cuerpo no descansará en tierra sagrada, permitid al menos que este mi fiel servidor lleve mi corazón a mis deudos de Francia: ¡con ellos, ay de mí!... estuvo siempre.

BURLEIGH.—Se hará así. ¿Deseáis algo más?

MARÍA.—Saludad en nombre de su hermana a la Reina de Inglaterra; decidle que le perdono mi muerte de todo corazón, y que deploro mi arrebató de ayer. ¡Dios la tenga en su guarda, y le conceda venturoso reinado!

BURLEIGH.—Decidme si, mejor aconsejada, desdeñáis todavía la asistencia del deán.

MARÍA.—Me he reconciliado con mi Dios... Sir Pauleto, os he causado involuntariamente dolor profundo, arrebatándoos el báculo de vuestra ancianidad. Espero que no conservaréis de mí odioso recuerdo.

PAULETO.—(*Dándole la mano.*) Dios sea con vos; id en paz.

ESCENA IX

Dichos. ANA KENNEDY y las demás sirvientas de la Reina entran con muestras de terror; detrás de ellas, el sherif empuñando una varilla blanca; a su espalda y fuera de la puerta algunos hombres armados.

MARÍA. ¿Qué tienes, Ana?... Sí; llegó el momento; el sherif viene para conducirnos a la muerte, y fuerza es separarnos... adiós, adiós... (*Sus sirvientas la abrazan con vivísimo dolor.* A MELVIL.) Vos, digno amigo, y mi fiel Kennedy, me acompañaréis en este trance supremo. Milord no me rehusará esta satisfacción.

BURLEIGH.—No está en mi poder.

MARÍA.—¡Cómo! ... ¿Podréis rehusarme tan leve favor? Respetad mi sexo. ¿Quien me prestaría este último servicio? No puede querer mi hermana la Reina que se ofenda mi sexo en mi persona, y que los hombres pongan en ella la grosera mano.

BURLEIGH.—No debe subir al cadalso con vos mujer alguna... Sus gritos... sus gemidos...

MARÍA.—No gemiré; respondo de la entereza de mi Kennedy... Sed bondadosa para conmigo, milord; ¡oh! no me separéis, en el postrer instante, de mi fiel nodriza, de la que hasta ahora me ha cuidado; me recibió en sus brazos al nacer, y me conducirá a morir.

PAULETO.—(*A BURLEIGH.*) Permitídselo.

BURLEIGH.—Sea.

MARÍA.—Ahora ya nada tengo que pedir en este mundo. (*Toma el crucifijo y lo besa.*) Salvador mío, Redentor mio, tú que extendiste los brazos sobre la cruz, extiéndelos hoy para recibirme. (*Va a salir, cuando sus miradas se encuentran con las de LEICESTER, quien turbado por las palabras de MARÍA ha osado contemplarla. Al ver a LEICESTER, MARÍA se estremece y se doblan sus rodillas; próxima a caer, LEICESTER la sostiene y la recibe en sus brazos. Ella le mira breve rato, solemnemente y en silencio, y LEICESTER no puede sostener aquella mirada; por fin ella dice:*) Cumplís vuestra palabra, conde de Leicester; me prometisteis el apoyo de vuestro brazo para salir de la prisión y me lo prestáis. (*Queda anonadado.* MARÍA *con acento más cariñoso.*) Sí, Leicester; y no sólo debíais darme la libertad, sino que debíais de encarecer para mí su valor inestimable. Apoyada en vuestro brazo, feliz con vuestro amor, hubiera empezado para mí una nueva existencia. Cuando voy a dejar este mundo, y a convertirme en celestial espíritu, al cual no seducirá humano deseo, bien puedo confesar sin rubor y sin vergüenza mi flaqueza que he dominado. Adiós, y si os fuere posible, sed dichoso. Osasteis aspirar a la mano de dos reinas; desdeñasteis, hicisteis traición a un corazón tierno y amante, para ganar otro, orgulloso; caed a las plantas de Isabel, y ruego a Dios que tal recompensa no se convierta en vuestro castigo. Adiós; nada me queda en este mundo. (*Se adelanta precedida del sherif y acompañada de MELVIL y de su nodriza.* BURLEIGH y PAULETO, *detrás. Los demás la siguen con los ojos hasta que sale, y después se alejan por las otras puertas.*)

ESCENA X

LEICESTER, solo.

LEICESTER.—¡Y vivo todavía! ¡y soporto la vida! ¡Cómo no se han derrumbado sobre mí estas pesadas bóvedas! ¡Cómo no se abre a mis pies el abismo, para tragar al más miserable de los miserables! ¡Oh! ¡Cuánto he perdido! ¡Qué perla he desdeñado! ¡De qué celestial ventura me privé! Se aleja; semejante a un ángel de luz, y me abandona en las garras de la desesperación de los réprobos. ¿Qué se hizo de mi entereza, de aquella entereza con que me prometí ahogar la voz de mi corazón y ver cómo rodaba su cabeza, sin pestañear siquiera? ¿Resucitó a su aspecto mi vergüenza, que creí extinguida? Acaso al morir prenderá mi alma en los lazos del amor... ¡Ah! ¡Condenado!... Inútil es que te entregues a femenil piedad; la dicha del amor no ha de hallarse jamás en tu camino: reviste tu pecho de férrea armadura y sea tu frente como la roca. Si no quieres perder el precio de tu deshonra, ve, ve hasta el fin; enmudezca tu compasión, séquense tus ojos como piedras... quiero verla caer... quiero ser testigo... *(Se dirige con paso firme hacia la puerta por donde salid MARÍA, y después se detiene en mitad del camino.)* ¡En vano!... ¡en vano!... ¡Horror infernal se apodera de mí!... ¡No puedo contemplar este atroz espectáculo... no puedo verla morir! Oigamos... ¿Qué?... Están ya abajo... bajo mis plantas se prepara la horrible ejecución... Oigo voces... Salgamos, salgamos de esta mansión del terror y la muerte. *(Intenta por otra puerta, pero la encuentra cerrada y vuelve.)* ¿Qué?... Un Dios me encadena a este suelo. ¿Me verá forzado a oír lo que me da horror de ver?... ¡La voz del deán... la exhorta... Ella le interrumpe... Oigamos... Ruega en alta voz y con firme acento... Todo calla; todo; oigo tan sólo gemidos... lloran las mujeres... La desnudan... retiran la silla... Se arrodilla sobre el almohadón... coloca su cabeza!... *(Pronuncia estas últimas palabras con angustia creciente, se detiene después, y de repente, víctima de violenta emoción cae sin sentido. En el mismo instante suena debajo rumor confuso de voces que dura largo rato.)*

ESCENA XI

El teatro representa la habitación de la Reina del acto cuarto. ISABEL, Sola.

ISABEL.—*(Sa adelanta por una puerta lateral; su andar y sus ademanes indican violenta agitación.)* ¡Nadie todavía! ¡Ninguna noticia! ¡No llegará la tarde... se ha detenido el sol en su carrera! No puedo soportar por más tiempo la tortura de la expectación; ¡se habrá o no se habrá consumado la obra! Ambas ideas me espantan, y no me atrevo a preguntar a nadie... Ni el conde de Leicester, ni Burleigh, a quienes designé para ejecutar la sentencia, han comparecido... ¿Habrán salido de Londres?... Si es así, la flecha fue lanzada, vuela, llega, hiere, ha herido, y aunque se tratara de todo mi reino, me es imposible detenerla... ¿Quién viene?

ESCENA XII

ISABEL. Un paje.

ISABEL.—¡Vuelves solo!... ¡Dónde están los lores!

PAJE.—Milord Leicester y el gran tesorero...

ISABEL.—*(Con viva impaciencia.)* ¡Dónde están!

PAJE.—No están en Londres.

ISABEL.—No están... ¡Dónde están pues!

PAJE.—Nadie ha podido decirlo... Con el alba... ambos lores han salido secreta y precipitadamente de la ciudad.

ISABEL.—*(Con vivo movimiento.)* Ya soy reina de Inglaterra. *(Se pasea vivamente agitada.)* Ve... llama... No... aguarda... ¡Muerta! ... Por fin me siento a mis anchas en la tierra... ¿Por qué temblar?... ¿Por qué esta angustia?... La tumba encierra todos mis temores... ¿Quién osará decir que yo ordené la ejecución?... No han de faltarme lágrimas para llorar a la que ha sucumbido. *(Al paje.)* ¿Estás aún aquí? Di a mi secretario Davison, que venga al instante... y que vayan por el conde Talbot... Hele aquí. *(El paje se va.)*

ESCENA XIII

ISABEL. TALBOT.

ISABEL.—Bienvenido, noble lord. ¿Qué nueva nos traéis? Sin duda algo grave os conduce aquí a hora tan avanzada.

TALBOT. Gran Reina, mi corazón, inquieto y cuidadoso por vuestra gloria, me ha llevado hoy a la Torre, prisión de Kurl y Nau, los secretarios de María; quise cerciorarme por última vez de la verdad de sus declaraciones. Perplejo, sobrecogido, el oficial de la Torre se negaba a mostrarme los presos, hasta que al fin cedió a mis amenazas. ¡Dios mío!... ¡qué espectáculo se ha presentado a mis ojos!... Con el cabello en desorden, y la vista extraviada, el escocés Kurl estaba tendido en el lecho, como atormentado por las furias. En cuanto me reconoce el desdichado, se arroja a mis plantas, se abraza a mis rodillas con gritos de dolor, se revuelca por el suelo víctima de la desesperación, rogándome, instándome a que le diga qué es de María Estuardo, porque el rumor de que ha sido condenada a la última pena ha llegado hasta los calabozos de la Torre. Apenas le he dicho la verdad y he añadido que debía la muerte a su declaración, se lanza enfurecido sobre su cómplice, lo derriba con fuerzas de energúmeno, y forcejea con intento de estrangularle. ¡Y cuánto nos ha costado arrancárselo de sus crispadas manos! Después ha vuelto contra sí mismo su propia rabia; descargaba sobre su pecho fuertes puñetazos, se maldecía, maldecía a su compañero, e invocaba los demonios del infierno. Su declaración es falsa; las malditas cartas escritas a Babington, cuya autenticidad afirmé bajo juramento, son apócrifas. Escribió algo diverso de lo que la Reina dictara, por instigación del miserable Nau. En esto, ha corrido a la ventana, y arrancado los postigos con desenfrenada violencia. A sus espantosos gritos ha acudido gente, y ha empezado a reclamar que era el secretario de María, el desalmado que la acusó falsamente, que era un impostor, un réprobo.

ISABEL.—Vos mismo decís que no estaba en sí; las palabras de un insensato, de un furioso, nada prueban.

TALBOT.—Pero su propio delirio es una prueba. ¡Oh! Reina; os conjuro a que ordenéis una nueva información, a que no obréis precipitadamente.

ISABEL.—Sí... ; consiento en ello, conde, ya que lo deseáis; mas no porque crea que mis pares hayan juzgado con ligereza. Se empezará de nuevo el sumario, para que os tranquilicéis, conde. Por fortuna, es tiempo todavía..., nuestro honor real no debe quedar empañado con la menor sombra de duda.

ESCENA XIV

Dichos. DAVISON.

ISABEL. ¿Dónde está, Davison, la sentencia que ayer dejé en vuestras manos?

DAVISON.—(*Con la mayor sorpresa.*) ¡La sentencia!...

ISABEL.—Que os dí a guardar...

DAVISON.—¡A guardar!

ISABEL.—El pueblo amotinado instaba a que firmase, y siendo necesario obedecerle, firmé, pero cediendo a la coacción..., os entregué la sentencia para ganar tiempo... Ahora, dádmela otra vez...

TALBOT.—Dádsela, sir Davison; las circunstancias han cambiado, y empezará de nuevo el proceso.

DAVISON. ¿De nuevo? ¡Misericordia!

ISABEL.—No reflexionéis por más tiempo... ¿dónde está la sentencia?

DAVISON.—(*Desesperado.*) ¡Soy perdido... soy muerto!

ISABEL.—(*Con viveza.*) Supongo que no habréis...

DAVISON.—Soy perdido; no tengo la sentencia.

ISABEL.—¡Qué! ... ¿Cómo?

TALBOT.—¡Cielos!

DAVISON.—Está en poder de Burleigh... desde ayer.

ISABEL. — ¡Desgraciado!... ¿Así obedecisteis mis órdenes? ¿No os mandé severamente que la guardaraís?

DAVISON.—No me disteis semejante orden, Reina...

ISABEL. ¿Te atreves a desmentirme, miserable?... ¿Cuándo te dije que entregaras la sentencia a Burleigh?

DAVISON.—No en términos explícitos... concretos... pero...

ISABEL.—¡Infame! Osaste interpretar mis palabras, introduciendo en ellas tu criminal pensamiento. ¡Ay de ti! si se sigue una catástrofe del acto verificado por tu propia voluntad, me lo pagarás con la vida. Ya veis, conde Talbot, cómo abusan de mi nombre.

TALBOT.—Veo... ¡Oh, Dios mío!

ISABEL.—¿Qué decís?

TALBOT.—Si Davison ha tomado por su cuenta semejante resolución, obrando a despecho de vuestras órdenes, debe comparecer ante el tribunal de los pares por haber entregado vuestro nombre a la execreción de la posteridad.

ESCENA XV

Dichos. BURLEIGH. Luego KENT.

BURLEIGH.—(*Hincando la rodilla ante la Reina.*) Viva mil años mi soberana, y Dios haga que todos los enemigos de Inglaterra perezcan como María. (TALBOT *oculta el rostro*. DAVISON *retuerce las manos con desesperación.*)

ISABEL.—Hablad, milord. ¿Habéis recibido de mí la orden de la ejecución?

BURLEIGH.—No, Reina; la he recibido de Davison.

ISABEL. ¿Davison os la entregó en mi nombre?

BURLEIGH.—Precisamente en nombre vuestro, no.

ISABEL. ¿Y la habéis cumplido sin conocer mi voluntad? La sentencia era justa ciertamente, y el mundo no puede censurarnos, pero no debíais impedir el uso de la clemencia. Os destierro de la corte por semejante hecho. (*A DAVISON.*) Severo castigo os aguarda por haber traspasado criminalmente los límites de vuestras atribuciones; abusasteis del sagrado depósito que se os confió. Condúzcanle a la Torre; quiero que sea perseguido como reo de Estado. Mi noble Talbot, sois de mis consejeros el único que he encontrado justo; sed desde ahora mi guía, mi amigo.

TALBOT.—No desterréis, señora, vuestros más fieles amigos, ni arrojéis a la cárcel a los que han obrado por vos, y ahora se callan por vos... En cuanto a mí, gran Reina, permitid que deponga en vuestras manos el sello que me fue confiado doce años ha.

ISABEL.—(*Sorprendida.*) No, Talbot, no me abandonaréis ahora, ahora...

TALBOT.—Perdonad. Soy demasiado viejo, y esta mano leal es harto inflexible para sellar vuestros nuevos actos.

ISABEL.—¡Qué!... ¿El hombre que me salvó la vida, querrá abandonarme?

TALBOT.—Poco hice, señora; no he podido salvar asimismo la parte más noble de vuestro ser... Vivid, reinad con fortuna. Vuestra rival ha muerto, y no tenéis ya nada que temer, ni nada que respetar. (*Se va.*)

ISABEL.—(*Al conde de KENT que entra.*) Que venga el conde de Leicéster.

KENT.—El conde ruega a la Reina que le excuse; acaba de embarcarse para Francia. (*La Reina se contiene y afecta serenidad. Cae el telón.*)